

DEPARTAMENTO DE LETRAS

MONOGRAFÍAS Y TESIS. — III

---

JULIO CAILLET-BOIS

LA NOVELA RURAL  
DE BENITO LYNCH

ALBERTINA SONOL

BIBLIOGRAFÍA DE  
BENITO LYNCH



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION  
LA PLATA

# UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

*Presidente*

Dr. DANILO VUCETICH

*Vicepresidente*

Dr. CONSTANTINO BRANDARIZ

*Guardasellos*

Dr. JOSÉ MÉNDEZ

*Secretario General y del  
Consejo Superior*

Dr. JULIO M. MARTÍN

*Consejo Superior*

DECANOS: Ing. Agr. Edgardo N. Camugli, Ing. Alberto R. Gray, Dr. Enrique M. Barba, Dr. Amílcar A. Mercader, Dr. Constantino Brandariz, Dr. Humberto Giovambattista, Dr. Federico E. B. Christmann, Dr. Simón Jansensón, Dr. Sebastián Guarrera y Dr. Reynaldo P. Cesco.  
DELEGADOS DE LOS PROFESORES: Ing. Agr. Italo M. Constantino, Ing. Juan Sábato, Prof. José M. Lunazzi, Dr. Raúl E. Dumm, Dr. Edilberto Fernández Ithurrat, Dr. José Méndez, Dr. Ricardo R. Rodríguez, Dr. Samsón Leiserson y Dr. Angel L. Cabrera. DELEGADOS DE LOS GRADUADOS: Ing. Agr. Luis G. Cornejo, Ing. Martín Conter, Prof. Juan M. Sadi, Dr. César Ves Losada, Dr. Vicente A. Antonini, Dr. Pedro J. Aymonino, Dr. Néstor O. Ladd, Contador Angel R. Mugetti y Dr. Constante P. Moneda. DELEGADO DE LOS ESTUDIANTES: Señores Oscar De Córdova, Eduardo Medrano, Jorge A. Crespi, Humberto Maxwell, Enzo Rocca, Roberto M. Catávolo, Hugo A. Crego, Heriberto Zardini, Roberto Carpinetti.

## FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION

*Decano*

Dr. ENRIQUE M. BARBA

*Vicedecano*

Ing. LUIS A. BONET

*Secretario*

Prof. HÉCTOR V. CODINO

*Consejo Académico*

CONSEJEROS TITULARES: Prof. Ing. Luis A. Bonet, Prof. Ricardo Nassif, Prof. Luis Ferré, Prof. Augusto Tapia, Prof. Clemente Hernando Balmori, Prof. Norberto Rodríguez Bustamante. CONSEJEROS REPRESENTANTES DE LOS GRADUADOS: Prof. Zulema Graells Herrera, Prof. Beatriz Chambón. CONSEJEROS ESTUDIANTILES: Alejandro Ferreiroa, Ural A. Pérez, Adolfo J. Tessari, Nilza Spinelli.

*Benito Lynch*  
*1960*

**LA NOVELA RURAL DE BENITO LYNCH**

**BIBLIOGRAFÍA DE BENITO LYNCH**

*H o m e n a j e*  
*de la Facultad de Humanidades y*  
*Ciencias de la Educación en el*  
*sesquicentenario de la Emancipación*  
*1810 - 25 de mayo - 1960*

DEPARTAMENTO DE LETRAS

MONOGRAFÍAS Y TESIS. — III

---

JULIO CAILLET-BOIS

LA NOVELA RURAL  
DE BENITO LYNCH

ALBERTINA SONOL

BIBLIOGRAFIA DE  
BENITO LYNCH



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION  
LA PLATA

## MONOGRAFIAS Y TESIS III

Queda hecho el depósito que  
previene la ley N° 11.723.

LA NOVELA RURAL DE BENITO LYNCH  
por  
JULIO CAILLET-BOIS



(21 de Julio 1880)

*Signos crueles presiden el universo de ficción que Benito Lynch (1885-1951) imaginó en sus novelas y cuentos, escritos entre 1909 y 1933 (1). No rigen allí otras leyes que los caprichos de la naturaleza o los designios de un destino inescrutable, ni hay treguas ni aliento en esa "lucha por la vida", en la que los débiles resultan sacrificados por los fuertes o los desaprensivos. Refleja, pues, la mecánica pesimista de la novela europea de la segunda mitad del siglo XIX, y quisiéramos analizarla en esta aplicación individual, describiéndola en sus apariencias, y arriesgando algunas explicaciones.*

*Nos referiremos especialmente en nuestras observaciones a los libros que el autor publicó, respetando su voluntad al dejar relegadas a las revistas o periódicos donde aparecieron gran cantidad de cuentos o novelas cortas, tal vez porque las consideraba sólo esbozos imperfectos (2).*

Fragmentos del presente estudio aparecieron en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, abril-junio 1958, págs. 206-214, y en la revista *Filología*, enero-agosto 1959, págs. 119-133.



## EL CAMPO ACTUAL, LIMITADO Y ADVERSO

### I. — EL CAMPO

Por excepción —en una novela, *Las mal llamadas*, y en unos pocos cuentos— la acción transcurre en la ciudad. Sus obras restantes evocan una imagen del campo que se repite con rasgos insistentes; no podemos dudar frente a ella: estamos frente al recuerdo de un fragmento central de la campaña bonaerense, tercamente aferrado a la memoria, del cual no desea salir el autor, como si sólo allí pudiera plantar con seguridad sus figuras. Es la comarca de la “campaña de Buenos Aires”, famosa en la literatura argentina, que se extiende a ambos márgenes del río Salado, y podemos amojonarla con facilidad: Dolores (*Los caranchos de “La Florida”*) al sur; y en la margen del norte, Cañuelas (*Raquela*), Monte (*El antojo de la patrona*), y Lobos (*El romance de un gaucho*); zona que se elige como ñestierro hacia el oeste es la de Saladillo y Bolívar (*El romance de un gaucho*)<sup>(3)</sup>. En una oportunidad —*La evasión*— Lynch lleva sus personajes a la Patagonia, y en otra —*El caso casa quiere*— a las sierras de Tandil y Balcarce, al lejano sur.

El que se nos descubre no es el campo abierto, que se puebla o se abandona a voluntad, porque pertenece al que lo ocupa (*Martín Fierro*, *Santos Vega*); ni tampoco, el itinerario de rumbo imprevisible (*Don Segundo Sombra*). Es una visión estática, cuadrículada, de llanura fragmentada en estancias pequeñas o grandes, con nombre y dueño conocidos, limitadas simbólicamente por

tensos alambrados de "siete hilos" que cada cual vigila celosa y agresivamente. Es un cuadro repentino, sin historia y sin futuro, recortado, con sus puntos cardinales propios, que no son los de la geografía urbana: "adentro" está la capital, decisiva aunque no se hable de ella; marchar "afuera" significa alejarse.

Para limitar aún más ese ambiente geográfico, se indican cuidadosamente la extensión y los linderos: "La estancia grande", en *El inglés de los güesos*, tiene "las diez mil hectáreas de campo bien cabales que encerraban los alambrados" (XV, 132): es la tierra apreciada utilitariamente como valor económico. En varias novelas se repiten los nombres de lugares, como indicándosele al lector que la acción continúa desarrollándose en la tierra conocida (4).

*En esa imagen del campo, la novela de Lynch traspone la sensación del que vive y muere en una situación que recibe hecha. Más allá de ese mundo cerrado y aparentemente firme que se contenta con sobrevivir, está el peligro imprevisible de la novedad buscando un resquicio para desmoronarlo todo.*

## 2. — LA POBLACION

Se ve hospitalaria, aunque modesta o sórdida, la población, "las casas" de los dueños y las de los peones. Al describirlas, se califica despectivamente la incuria o el abandono de la vivienda del paisano, sin árboles ni huertas; pero entre tanta mezquindad, se anota una y otra vez que a nadie se niega allí la entrada, y que no

se acostumbra preguntar al pasajero o "agregao" de dónde ni para qué viene, ni cuánto tiempo permanecerá.

No es la miseria sino la ruindad y la avaricia del rancho de Pacomio Ayala lo que desagrade a Lynch, que la asocia mentalmente con la del Viejo Vizcacha<sup>(5)</sup>. Tampoco es muy amable la visión de la estancia "El Cardón", de Eduardo Suárez, ni la de los hermanos Rozales: en ambas reinan la prodigalidad desenfrenada, el vicio, y lo que es peor, la holganza; la que Lynch condena en ellas es la vida gauchesca que la literatura anterior había deformado, y a ese orden de vida reprochable contrapone el de la estancia cuidadosamente vigilada: en "La Florida", en la del mayor Grumben (*Raquela*), en "La Colorada" (*El antojo de la patrona*), en muchas otras, y sobre todo en las estancias inglesas del sur, y en "El Mirador", de don Venero Aguirre, veía cumplida esa organización que el paisano desprecia o teme<sup>(6)</sup>.

*La población, cercada por el campo siempre peligroso, se ve como aislado refugio de vida, como cuartel para la batalla que hay que dar todos los días. En vano será idealizar esa realidad con criterios estéticos que no pueden usar los que viven esa existencia conflictiva. Unica vislumbre esperanzada: hay que reconocer que la ciudad no ha podido desterrar aún de allí hábitos generosos que viven enquistados, como reliquias destinadas a perderse.*

### 3. — EL PAISAJE

Más allá, la llanura pobre, apenas cultivada, inundada o sedienta, con pajonales impenetrables, cangrejales

traidores, sabandija brava, y tierras bajas, donde un día tras otro se pierden animales cuyo cuero, por lo menos, hay que salvar: es la tierra del trabajo, desolada y enemiga.

Los que viven en ella luchando sin descanso nada más que para conservar lo que tienen, logran dominarla a medias, sacudiendo la inercia. En una de sus primeras novelas, Lynch nos presenta a don Panchito, agrónomo graduado en Alemania, proyectando innovaciones progresistas que su primo Eduardito escucha con sorna, y la familia de Sandalio López, con admiración, sin entenderlas: no tendrá oportunidad de practicarlas. En la última, nos deja entrever alguna posibilidad de éxito en esas reformas, pero muy vacilante. Con esos ridículos peones españoles e italianos ¿será capaz don Venero Aguirre de desterrar los jagüeles para alzar molinos, como se ha propuesto, o tendrán razón los comentarios escépticos del capataz, el único criollo que le sirve? Aunque el beneficio material de los resultados salte a la vista, vale demasiado todo lo que debe sacrificarse para ello, parece pensar el paisano.

Muy contadas son las ocasiones en que el novelista se deja ganar por la serenidad del cuadro o de la hora (7). La noche, más que paz, significa silencio, desolación, desamparo (8); el atardecer, propicio a la melancolía, sugiere impresión apacible de tregua (9); en las horas de trabajo, dominan las visiones angustiosas de bochorno.

Siguiendo en orden cronológico las imágenes de la naturaleza, vemos que se atenuarán paulatinamente los ras-

gos, pero que se conservará el tono amargo, muy perceptible en las obras iniciales.

En *Los caranchos de "La Florida"* la naturaleza es inexorable, monótonamente hostil y trágica, con transiciones bruscas, para probar el total desequilibrio de las fuerzas naturales <sup>(10)</sup>, como un acorde que acompaña el conflicto central, pero demasiado enfático <sup>(11)</sup>.

La atmósfera incandescente se aplacará luego en *El inglés de los güesos*: es ahora un viento incesante y maligno como el destino, un viento "propiciador de catástrofes", que empieza a azotar a los personajes en cuanto promedia la novela <sup>(12)</sup>, y aunque algún toque aislado haga suponer que la naturaleza asiste con simpatía a la acción <sup>(13)</sup>, la intención fundamental es revelar la indiferencia, impasible o irónica, de los elementos <sup>(14)</sup>: como toque final y burlón, en vísperas del desenlace comienzan a advertirse las notas de complacido dibujo <sup>(15)</sup>.

Las obras siguientes nos descubren un uso menos sistemático de la descripción del paisaje, aunque acudan como antes al recuerdo del novelista visiones angustiosas de largas sequías <sup>(16)</sup>, vendavales tremendos que se ensañan con las habitaciones indefensas <sup>(17)</sup>, incendios que nadie podrá atajar <sup>(18)</sup>, y, sobre todo, reiteradas imágenes de animales enfermos o sedientos.

*Agrupadas, esas imágenes nos descubren al novelista, obsedido por una sensación de desamparo ante la adversidad, la violencia sañuda e inescrutable, la indiferencia o la burla sarcástica de las fuerzas que presiden el mundo natural.*

## NOTAS

(1) En ese cuarto de siglo aproximado, Benito Lynch sólo publicó nueve libros de ficción: novelas y cuentos largos, colecciones de cuentos más breves, y un cuento suelto (*Plata dorada*, 1909; *Los caranchos de "La Florida"*, 1916; *Raquela*, 1918; *La evasión*, 1918 [en la segunda edición de Barcelona, 1922, se añadieron otros cuatro relatos: *Por su madre*, *La vaca empantanada*, *El gallo que volvió de las trincheras* —1917— y *La cola del zorro* —1917]; *El pozo*, 1929; *Las mal calladas*, 1923 [de tema urbano]; *El inglés de los güesos*, 1924; *El antojo de la patrona y Palo verde*, 1925 [en la tercera edición de *Palo verde*, "Colección Austral", 1940, se incluyeron además tres cuentos de tema urbano: *Locura de honor* —1921—, *El paquetito*, y *El casao su casa quiere*]; *De los campos porteños*, 1931 [comprende trece cuentos: *La espina de junco* —1929—, *Un angelito gaucho* —1928—, *El potrillo roano* —1924—, *Un negocio en pieles* —1927—, *Tormenta* —1931—, *A la fuerza* —1929—, *Travesiando* —1929—, "Limay" —1929—, *La esquiladora* —1929—, *La Chuña* —1923—, *El sacrificio de Blas* —1922—, *Hombres y teros* —1927—, y *Caritas* —1928]; y *El romance de un gaucho*, 1933) y relegó al olvido, en las revistas y diarios donde aparecieron por primera vez, unos veintisiete cuentos, según bibliografía más precisa (Nicolás Cócaro, *Benito Lynch*, Buenos Aires, 1954), cifra que podría triplicarse, a juzgar por otra, que no indica fecha ni lugar de publicación, sino títulos (Belisario Fernández y Antonio T. Álvarez, *Benito Lynch (1885-1951). Nómina bibliográfica de sus obras*, en la revista *Bibliograma*, N<sup>o</sup> 10, págs. 9-10, Buenos Aires, septiembre-octubre de 1955). La bibliografía de la Sra. Albertina Sonol, que ofrecemos en este volumen, ha logrado corregir esas imprecisiones y nos da, individualizada en sus lugares de publicación, la cantidad de setenta y cuatro relatos y dos comedias, que podemos considerar definitiva.

(2) Se utilizan en las citas las siguientes ediciones: *Los caranchos de "La Florida"*, Madrid, 1936; *Raquela*, Buenos Aires, Anaconda, 1931; *La evasión*, Barcelona, 1922; *El inglés de los güesos*, Buenos Aires, 1937; *El antojo de la patrona y Palo verde*, Buenos Aires, Anaconda, s. a.; *Palo verde y otras novelas cortas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1940 (Colección Austral); *De los campos porteños*, Buenos Aires, Anaconda, 1931; y *El romance de un gaucho*, Buenos Aires, Anaconda, 1933.

(3) No estaba allí, sino en Nueve de Julio (A. Torres Ríoseco, *Grandes novelistas de la América Hispana*, Berkeley and Los Angeles, 1941) o en Bolívar (Nicolás Cócaro, *op. cit.*) la estancia paterna El Deseado, en la que el novelista vivió hasta los diez años.

(4) En *Los caranchos de "La Florida"* el lugar de la acción es una estancia así llamada —“cuatro leguas y pico de campo bastante bajo, cuya cabecera sudeste se internaba en los montes del Tordillo”—, después subdividida y situada en el partido de Dolores; allí, cerca de la “laguna de los Toros” (en el puesto de “La estaca”, que vuelve a aparecer en el cuento *Limay —De los campos porteños*, pág. 127—) vive Marcelina con su familia: con el mismo nombre se designa la laguna donde Mr. James busca huesos fósiles en *El inglés de los güesos*; en ambas novelas se menciona como próxima “la pulpería de San Luis”, también citada en *Palo verde* y en *El romance de un gaucho*. Vecina a la “Estancia grande” de *El inglés de los güesos*, está “La Indiana”; ambos nombres vuelven a aparecer en *El romance de un gaucho*.

(5) “. . . un rancho viejo, desloma, sin un árbol, sin un reparo, plantao por un capricho del hombre idioso [“odioso”] en la cuesta mesma de una loma, y al cáir de unas viscacheras” (*El romance de un gaucho*, IV, pág. 35).

(6) Compárense, por ejemplo, las descripciones de “El Cardón”, la estancia importante arruinada por la negligencia (“Es una población que se derrumba bajo el peso del abandono y de los años. Hay verdín en los muros blancos, agrietados por la humedad y por los soles, y la maleza brava llega hasta el pie mismo de los grandes árboles del patio. Alternan con los cuartos de material [las habitaciones de ladrillo] viejos, mezquinos ranchos enormes, puestos como al azar por todas partes, y que muestran en sus techos de paja ennegrecidos, corcovados, disformes, la constante labor de la intemperie. Los sauces atormentados proyectan sobre el patio amplias manchas de sombra, y tienen las ramas bajas cortadas a un mismo nivel por el diente de los caballos ociosos. Un molino, sin rueda, se hunde, allí abajo, entre la alta maciega, y así, decapitada y escueta, parece su torre el recuerdo melancólico de una civilización que se ha ido” —*Los caranchos de "La Florida"*, XIII, página 136—) y la de los Rozales (*El romance de un gaucho*, XXIV y XXV) con la de “El Mirador”, establecimiento modelo a juicio de Lynch (“Nunca había visto el hijo’e la viuda estancia más linda que aquella ’e don Venero Aguirre, ni más raras cosas tampoco; hasta que hubo dentrao en el campo, después de galopiar una güelta’e cerca ’e cuatro leguas, pa poder hallar la tranquera. Las poblaciones se alzaban mesmamente en el medio ’el campo, bien arribita de unos médanos muy verdes, y eran toditas —casas y galpones— blancos como la nieve, y con los techos pintaos de colorao igualitos. Ahí nomás, contrita ’e la tranquera, había una especie ’e puesto con edificio ’e ladrillos, con muchos arbolitos nuevos alrededor, y se vía a un hombre, al parecer extranjero por la pinta, arando tierra ’e rastrojo, pero con caballos en vez de bueyes, y muy

de sentao como en sulki 'e resero o de comprador de lana...". Todos los peones —salvo uno o dos paisanos— son allí extranjeros: italianos o españoles; y además de otras transgresiones menores al ritual de la tierra, se niega hospitalidad a los que llegan. (*El romance de un gaucho*, LI, págs. 446, 447, 454 y 457). "Pero lo que más le llamó la atención al hijo 'e la viuda jué el molino, aquel molino machazo pa sacar agua, del que tenía sentidas tantas mentas y al que en seguida lo devisó áhi a un costado de las casas, alto que parecía llegar al cielo y también colorao de arriba abajo, como toditos los techos, cercos y tranqueras." [Los subrayados en los textos en ésta y en las notas siguientes son nuestros.]

(7) Sólo fugazmente, surge algún breve cuadro natural riente en *El inglés de los güesos* (VIII, págs. 74, 75, 80; y XXVI, pág. 250): la reconciliación de la Negra con Mr. James, y el hallazgo del sapo que curará a Balbina. En *Raquela*, como un anticipo del amor que le espera al protagonista en la estancia, se manifiesta así la satisfacción por el comienzo de la aventura: "El paisaje se abría ante los ojos en *amplias y suaves ondulaciones, tapizadas con todos los tonos del amarillo y del verde*, y allá, en el horizonte y entre las reverberaciones del sol, los sauzales y las alamedas de la estancia de Grumben destacaban sus grandes masas sombrías... Seguimos galopando bajo el sol de otoño, que completaba la *perfumada madurez de los pastos* y arrancaba *reflejos de plata* a los albos penachos de las cortaderas... Los caballos trotaban sobre un bañado seco donde el salitre *brillaba con cabrilleos de cristal en polvo*" (págs. 14-15, 15-16). En *El casao casa quiere*, el ambiente nupcial se acuerda con el idilio de los protagonistas: "Reina una temperatura *agradable* y la brisa que sopla del lado del naciente, haciendo oscilar las secas flores de las biznagas y de los cardos, parecería que ayudase a resbalar hacia el oeste y sobre el *diáfano cielo tachonado de estrellas*, a la luz incompleta pero *tan limpia y brillante como si fuera de plata recién fundida*" (pág. 167). Pero también allí mismo: "El nublado se ha roto hacia el poniente y al través de las negras bandas de desgarradas nubes, la luna, a punto de ocultarse, muestra su enorme faz *amarillenta*, a la cual *falta un pedazo*" (pág. 153). "Y aunque debe haber amanecido ya y pese a la vislumbre que proyecta la luna sobre el lomo blanquizo de los pajonales lejanos, la noche está aún *oscurísima* y reina en los campos *un silencio casi absoluto*" (pág. 154).

(8) Para acordar con el cuadro tétrico de la muerte de Lady Clara, la desventurada esposa de Don Pancho, se evoca así la hora: *Una noche de invierno*, mientras *llovía furiosamente*, mientras las lagunas y los arroyos se desbordaban poniendo a nado los albardones más altos y ahogando ovejas por millares, la pobre trasplantada murió..." (*Los caranchos de "La Florida"*, I, pág. 9). La vigilia de Don Panchito re-

memorando su vida pasada y reflexionando sobre las perspectivas de la futura la interrumpe un gallo, que “aletea ruidosamente del lado de la cocina y rompe *el silencio de la noche campera* con su voz metálica” (II, pág. 33). En *Raquela*, en cambio, “la noche había caído, una *gran noche otoñal, tibia, sedosa y perfumada con el hálito sano de los pastos maduros* (IV, pág. 59); o en *Palo verde*: “Es tarde ya y el gran silencio de la *noche otoñal* sería absoluto, si no mediaran, allí adentro, aquel leve chirriar de la carne sobre el fuego, y allá afuera, los sordos pisotones del caballo atado al palenque” (II, pág. 79). “Cae la noche sobre *el silencio grave* de los campos” (*Los caranchos de “La Florida”*, XXVIII, pág. 270). Don Juan, el protagonista de *La espina de junco*, desesperado por volar a la ciudad con su hijo enfermo, la ve así: “La noche empieza a invadir el campo, *aquella desolación de campo bruto* lleno de pajonales y de juncos, donde apenas se diseñan los fundamentos de una estancia nueva” (en *De los campos porteños*, pág. 5).

(9) “Hay una *paz solemne* en la naturaleza. Los grandes sauces se inclinan *como cansados por una dura labor*, y la brisa crepuscular trae de los campos, conjuntamente con el chillido de los insectos nocturnos, el aroma silvestre de los pastos maduros” (*Los caranchos de “La Florida”*, XXVI, pág. 264). En la cocina de los peones, a la misma hora, se agrava con el cansancio la impresión de melancolía: “Hay un ambiente de *trágica tristeza* que acentúan *aquellas cabezas inclinadas*, aquellas conversaciones *en voz baja*, y aquel viento que pasa *gimiendo* por el patio, y que, de cuando en cuando, viene a mover las hojas de la puerta” (*Id.*, XXV, pág. 258). En *El casao casa quiere*: “... al halago de la brisa otoñal y ante el *espectáculo siempre renovado y magnífico que ofrecen el cielo y el campo a la aproximación de la noche*” (pág. 147).

(10) Véanse, por ejemplo, en *Los caranchos de “La Florida”*, los cuadros sucesivos del diluvio que sorprende a Don Panchito en el campo y el viento huracanado que precede a la tormenta (V, págs. 70-71; VI, págs., 72, 75). O esta otra, en *De los campos porteños*: “A causa de las grandes lluvias de primavera se está esquilando recién en diciembre, un diciembre *de colores extraordinarios y de bárbaros soles, que parecen querer evaporar en pocos días el agua que absorbieron los campos en un mes y medio* (*La esquiladora*, pág. 145).

(11) Desde las páginas iniciales: “Hace *mucho calor* y el sol de fuego cae implacable sobre los grandes sauces que encuadran el patio, haciendo palidecer el verde rabioso de las hojas, que se ponen *mustias* como si fueran a morir de pesadumbre” (I, pág. 12). Y después: “La laguna es extensa, tan extensa que parece un mar sin orillas, y bajo el sol resplandeciente toda su fauna entona un himno de vida, un himno *inarmónico de gritos y graznidos que no*

*cesa nunca*. Se diría que sobre aquellos matorrales, que surgen de la superficie como esmeraldas enormes incrustadas en el cristal brillante, se hubieran congregado todas las *alimañas* de la estancia *para discutir entre rezongos quién sabe qué extravagantes proyectos de conquista* (III, págs. 42-43). “La tarde declina *sofocante y pesada como una atmósfera de horno*. Ni el más leve soplo agita las ramas erguidas de los duraznillos o riza la superficie de los bañados dormidos, donde el fango se *agrieta* bajo el sol implacable. *Nubes de sabandijas* bordonean en el ambiente *caldeado*, y la maciega, corrompida por la humedad y el calor, exhala *hedores de ciénaga*. Una *gran tormenta* llena todo el oeste y avanza sobre la línea difusa del horizonte sus crestas azules de cordillera lejana. Se diría que el peso de aquella sombra, en vez de aplacarlo, *irrita el calor* hasta el punto de hacer el ambiente irrespirable” (V, pág. 59). “Es casi seguro que solamente Don Panchito y el vasco alambrador a quien acaba de dejar allí *en un bajo*, con el agua a media pierna y *medio devorado por los tábanos, los mosquitos y los jejenes que acuden de todas partes*, son los únicos que a tal hora andan por el campo expuestos a los rigores del sol *implacable*”... “y aunque el caballo se inquieta bajo el *aguijón de los tábanos*, el mozo continúa impassible por largo rato sobre aquel albardón *reseco*, donde el sol se desploma *como un castigo del cielo* (XVIII, págs. 196-197). Recuérdense, además, la tormenta que sorprende a Don Panchito en el campo (V, págs. 70-71; VI, páginas 72, 75); el viento huracanado que la despeja (VIII, págs. 97, 100); y, nuevamente, el calor riguroso de la siesta asediada de tábanos (XVIII, págs. 196-198, y XXI, pág. 227): “Las manos rencorosas del mozo aplastan tábanos y más tábanos sobre la piel caliente y húmeda; pero llegan tantos de todas partes que, fatigado al fin y con los dedos manchados de sangre, resuelve abandonar la tarea, y, montando de nuevo, echa su ruano al galope” (XVIII, pág. 198).

(12) El viento norte se deja sentir en cuanto comienza el proceso que concluirá con la pasión franca de la Negra: “... nada se oía... ¡el *gran viento, sin duda!*” (XII, pág. 122), se dice ella, temerosa de que la sorprendan en el cuarto de Mr. James, adonde ha ido a curiosear; y se va haciendo cada vez más fuerte: “... allá en la laguna, bajo el sol de fuego y entre las polvaredas de *viento recio*...” (XIII, pág. 121); y en seguida: “con *esta ventolina* y la tierra cómo quiere que esté”, dice la Negra (XIV, pág. 125); Mr. James también sufre la influencia del viento: “En la playa de la laguna de los Toros, bajo el sol y el *viento*...” (XIX, pág. 184; y XXIII, pág. 159); ella, a su vez, “Parecía un pajarillo enfermo, así agobiada, bajo aquel *gran viento* que alborotaba los rizos de su cabellera mal peinada y que le hacía inclinar mucho la frente para defenderse

del polvo que le arrojaba a los ojos" (XXIII, pág. 222) y todos sufren la influencia de esas rachas violentas: Doña Casiana, la madre de la Negra: "El *viento norte* y el calor anormal debían influir sin duda necesariamente en los nervios de la puestera de "La Estaca" (XIII, pág. 114); y hasta las hermanas de Deolindo Gómez, que esperan noticias del proceso a Santos Telmo: "al verlas extrañamente silenciosas, se hubiera creído en algún disgusto de familia o, por lo menos, en la influencia de *aquel gran viento maligno y propiciador de catástrofes* que hacía cuarenta y ocho horas soplaba implacable sobre los campos" (XX, pág. 142). Véase, además, XX, pág. 199; XXI, pág. 208; XXII, págs. 210 y 219.

(13) En *El inglés de los güesos*, a Santos Telmo le parece que la naturaleza toda se compadece de su dolor: "Se entraba el sol en aquellos momentos, y ante el espectáculo del astro rojo cayendo en un caos de nubarrones sombríos, a Santos Telmo se le ocurrió que aquel sol era un ser como él, herido de muerte y como él perseguido, al que los nubarrones, como una banda de "aguaráes" famélicos, acosaban y desgarraban a dentelladas, manchándose con su sangre" (XII, pág. 155). También participa la naturaleza en la tragedia final, anunciando la desgracia con signos que nadie puede interpretar: "... y vio entonces que desde el cenit, y como una gota de plata fundida, una gran estrella caía resbalando vertiginosa sobre la comba hialina de la bóveda azul, e iba a perderse en las negruras del horizonte, allá al sudeste, donde la médica [que acababa de morir] tenía su rancho" (XXX, pág. 296).

(14) Por ejemplo, a la Negra la castigan por su mala crianza con Mr. James "un domingo de agosto, uno de esos días de lluvia, grises, fríos, interminables, con que suele despedirse el invierno de los hombres, de las bestias y de las cosas" (X, pág. 22). Cuando la Negra sabe ya que Mr. James se marchará, en su cuarto, y frente a la ventana, comprueba que esa catástrofe en nada altera el cuadro circundante: "Pero ni en el sol, ni en las ramas de los sauces que el viento mecía, ni en Bartolo, que junto al pozo abrevaba su caballo, ni en la agria voz de la puestera que resonaba allí del otro lado del rancho, ni en la perra Diamela, que, en una postura inverosímil se rascaba vertiginosamente el pescuezo, vió la niña otra cosa que una *indiferencia uniforme y absurda* hacia su gran dolor, que una incapacidad absoluta para aliviarlo en lo más mínimo. ¡Oh! Lo comprendía muy bien. *Nada de aquello, nada de lo que veía por la estrecha ventanita de su cuarto ni de lo que pudiera por cualquiera otra ventana abierta sobre el espectáculo del mundo, podía auxiliarla en el grave trance en que se hallaba...* Pero *aquella indiferencia e inutilidad de los seres y de las cosas ante la magnitud de su drama* no asombraban ni indignaban ya a la Negra" (XVIII, págs. 174-175). También se presenta el contraste iró-

nico de la naturaleza regocijada frente al dolor de las criaturas: "Fué una tarde *tan hermosa cuanto era necesario para hacer más rudo el contraste con la negra desolación de su espíritu*" (I, pág. 14).

(15) "Afuera el sol caía sobre el patio *como una lluvia de oro, y era tal la calma de la atmósfera* que hasta las más tiernas y delicadas ramillas de los sauces se recortaban sobre el fondo de cielo con una inmovilidad absoluta de cosas dibujadas" (XXVIII, pág. 270). "Hacía ya rato que se había entrado el sol, y bajo el tinte gris y uniforme del crepúsculo, que avanzaba invadiéndolo todo, los últimos vestigios de oro y grana que aún iluminaban el cielo por el lado del ocaso ibanse esfumando al correr de los minutos como se esfuma la ilusión de las vidas al correr de los años" (XXIX, pág. 289); y en el último capítulo, recuérdese cómo se ve lentamente amanecer y desperezarse a la naturaleza que sale a la vida, frente al cadáver de la muchacha ahorcada, que adivinamos, aunque se elude hábilmente mencionarla.

(16) El caballo de Don Pancho, enredado en el cabestro, "sueña con campos de libertad y con abrevaderos rebosantes" (I, pág. 20); las hermanas de Deolindo Gómez "se apretaban contra él para oírle *como se apiña en los jagüeles el ganado sediento en el punto aquel del bebedero donde se vuelca la manga*" (*El inglés de los güesos*, XXII, pág. 156). Dejando de lado otros ejemplos, recuérdense las páginas sobre la sequía del cuento *Limay*: "Reina una *sequía como no hay memoria en el pago*, una verdadera sequía *de castigo bíblico*. Tres meses van que no llueve y esto, unido a un sol de enero *implacable* y a los continuos *ventarrones del norte*, está haciendo *desaparecer las aguadas, bajar las vertientes y yemar los campos*, hasta el punto de que ya en muchos sitios empezaba la tierra a mostrar su lomo *en grandes manchones pelados como patios*. Casi todos los cuadros de La Estancia se han quedado *sin agua*, y si no fuera por los jagüeles —en los que se trabaja desde que amanece hasta que el sol se pone— la mayor parte de la hacienda ya hubiese perecido. Se oye *balar de angustia* a las vacas chúcaras en la noche, y se ve a las ovejas hambrientas *galopar ansiosamente* detrás de las alcachofas de cardo, que vuelan llevadas por el viento. El *norte*, que *sopla día y noche como una maldición* y al que se diría pérfidamente empeñado en contener y deshacer las grandes tormentas que, como vanas promesas de lluvia, se presentan cada tarde en el horizonte, arranca y levanta tanto polvo del campo que por las mañanas cuesta abrir las puertas de algunas habitaciones, tal es la cantidad de tierra suelta que les ha amontonado su formidable e incansable escoba. Y un calor que ahoga y un sol que es *una lluvia de plomo derretido* sale, hasta que se hunde, *ensan-*

*grentado y flamígero, allá en el oeste, por donde asoma la vana esperanza de una tormenta, azul como una montaña lejana y que, como todas sus predecesoras, acabará por correrse más tarde hacia el oeste o hacia el norte, sin dejar una gota de agua" (De los campos porteños, págs. 119-120; véase, además, págs. 121, 122, 123, 124, 128 y 129, y en el cuento La Chuña, pág. 180).*

(17) "La tormenta, *de un azul casi negro en el horizonte*, ha cubierto el cielo con avanzadas de nubarrones *desgarrados y polvorosos que corren con vertiginosa rapidez, y como agujoneados por aquellos relámpagos lívidos que se suceden sin intervalos...* El viento gime sobre su cabeza, *arrebatando nubes de polvo amarillento, y manojos de paja voladora*, y hace ondular el fachinal abriendo en su superficie oscura inmensos callejones blanquecinos. El ambiente se llena de *estruendos y silbidos*. Se diría que *enormes moles derrumbadas rodaran por el campo aplastando jaurías de perros aulladores o que el viento fuera una tropa inmensa de bestias fugitivas...* Las *rachas furibundas que parecen querer arrancar los matorrales o abrir agujeros en el suelo hacen bambolear al caballo inquieto...* El aspecto de la naturaleza es *imponente; la oscuridad va aumentando por grados*, y don Panchito, que ya no alcanza a ver a cinco pasos de distancia, se apresura a montar y parte a gran galope, con el viento casi de frente, *enceguecido por la tierra* y sintiendo que *el animal oscila bajo el empuje de las rachas* (Los caranchos de "La Florida", V. págs. 70-71). Mayor fuerza aún, y menor énfasis verbal se advierte en la descripción dialogada en *Tormentas* (De los campos porteños, págs. 85-99).

(18) *Raquela*, págs. 86-100.



## DRAMATIS PERSONAE

### 1. — LA JERARQUIA NECESARIA

Las criaturas de ese mundo novelesco se disponen en categorías que aparecen subrayadas, como necesarias para la lucha: nadie sueña en modificarlas. Cada cual ocupa el lugar que ha heredado en la familia, rígidamente organizada sobre la autoridad de los mayores, y en la estancia, donde el poder se funda en la propiedad de la tierra. Un capricho de la suerte, una noche feliz en la mesa de juego, pueden transformar a un peón en estanciero modesto, pero es ocurrencia insólita (1): se trabaja para vivir o para conservar lo que se tiene por herencia, y no es fácil que pueda mejorarse esa situación durante el transcurso —siempre breve— del relato.

*Toda probabilidad de mejoría o de progreso está deliberadamente excluida de esa visión, en la que el fluir real aparece coagulado, como si el autor hubiera querido fijar airadamente y para siempre un orden, considerando como maléfica cualquier tentación de cambio o de mudanza.*

En lo alto, el dueño de la estancia, a quien se teme y se aborrece sordamente porque hace pesar su fuerza sobre los inferiores, que, a lo sumo, piden, y por lo bajo, menor violencia en el trato; entre los patrones, ellos estiman, simplemente, a los que son “gauchos y buenos con los pobres”. A menudo, es hombre de ciudad que vive a disgusto entre gentes a quienes desprecia por su educación, y se esfuerza por señalar esa diferencia en el hablar, en las ropas, en los modales, siempre celoso de probar que no se ha “agauchado” por dentro, aunque haya adquirido gran habilidad en las faenas del campo. La misma aversión inspira, si gobierna desde la ciudad por medio de un administrador a quien comunica su prestigio; en ocasiones, es un extranjero o una sociedad anónima remota —“The West Company”— quien representa ese poder inflexible.

Encarna orgullosamente el espíritu de la ciudad, relegado por soberbia, por misantropía, por una gran decepción, o por necesidad, a un ambiente hostil, como desterrado de la única vida posible (2). Más que las fuerzas de progreso, representa las que se limitan a conservar el orden, y se siente amenazado y asediado de contagio si no defiende su individualidad, exaltando sus cualidades distintivas. Como traidores a las obligaciones de su casta se ve a los que, como Eduardito Suárez o los hijos del inglés Miles, se “encanallan”, volviéndose gauchos y ahogando los recuerdos de la educación recibida; se considera natural que el padre se avergüence, cuando su hijo —un niño— diga “ante la plana mayor de la fa-

milia" que quiere ser "tropero"; y parece cautela juiciosa la del patrón que prohíbe a sus chicos acercarse a la cocina de los peones. Porque el campo, el enemigo, aprovechará las flaquezas del hombre de ciudad, y se vengará de su dominio, asimilándolo y haciéndole olvidar su condición (3).

En esa "lucha con los hombres y con las bestias" que es la vida del campo, los resultados son dudosos: Lynch, que en sus primeras novelas había presentado ejemplos en que la ciudad resultaba derrotada, no insistió después en ellos, limitándose a dejar en suspenso la solución, como si no le interesara ya resolverla.

*Huir de la ciudad hipócrita y encerrarse en la fortaleza de la estancia, pero defendiéndose del asedio del campo que envuelve y envilece: esa es la fórmula que no remedia pero que permitirá sobrevivir y salvar jirones de la individualidad que se juzga superior; aunque no señale un camino esperanzado, parece el único digno.*

Las variedades iniciales y más conocidas de ese tipo entre urbano y rural son los dos "caranchos" de "La Florida", impulsivos y arbitrarios —¿enfermos?— y perversos, y de él se nos darán después versiones cada vez menos esquemáticas y convencionales, más humanas: el "mayor Grumben", el padre de "Raquela", en apariencia semejante a su antecesor, don Pancho Suárez Oroño, revela luego una ternura paternal que lo distingue (4); en *Palo verde*, el patrón de "La Colorada", también autoritario y violento, se ilumina con un destello de afecto cordial en la última frase del cuento (5); y el hombre ensimismado y egoísta, en quien la enfermedad

del hijo descubre al padre solícito (*Una espina de junco, El potrillo roano*), o demasiado absorbido por sus ocupaciones para permitirse ternezas inútiles (*El antojo de la patrona, La esquiladora*). En don Venero Aguirre, figura última de la serie, se reproducen, mitigadas, las cualidades primeras: se le estima y respeta por su hombría de bien, a pesar de la brusquedad verbal de sus maneras (*El romance de un gaucho*).

Como sus paisanos, Lynch admiraba por dentro a esos seres ambivalentes, réplicas varias de un ideal humano que cualquier argentino de las clases tradicionales aprecia en alguna medida; pero prefería, porque cumplían su ideal, los estancieros ingleses, galeses o irlandeses, ellos sí soberbiamente incontaminados por el ambiente. Esos tráfugas de la ciudad, que buscan en el campo la vida auténtica ¿no reflejan, acaso, en su esfuerzo por renunciar a las mentiras de la civilización, la parábola literaria de nuestro escritor, vuelto al campo y resentido con la ciudad, pero anotando con crueldad minuciosa los trazos amargos de la naturaleza agreste, impasible o enemiga?

En el cuadro de la campaña de Lynch no hay huellas del anárquico individualismo de la literatura gauchesca, que se desdeña, porque se afirma, muy al contrario, la necesidad de una subordinación inflexible, tal vez cruel pero necesaria, cuya legitimidad y orígenes no es preciso considerar. Es una estructura que fundó en el campo el arbitrio del hombre de ciudad, y que debe defenderse ciegamente, aunque sea mera ilusión de seguridad y firmeza.

## 2. — EL CAMPO, JUZGADO POR LA CIUDAD: LA CLAVE DE “RAQUELA”

En una oportunidad, Lynch prestó a un personaje de esta clase ambigua atributos que podrían ser los propios. Marcelo Montenegro no es un estanciero, pero sus padres lo fueron; de vacaciones en el campo, adonde va “por placer, para revivir sensaciones de niñez, para embriagarse de naturaleza” (6), el joven “autor de un drama perverso que había sido el éxito de la última temporada” se divierte en hacerse pasar por gaucho —“Calistro Güeyo”—, prueba su destreza campera y su valentía, y juega a enamorar a Raquela, señorita que vive en la estancia de su padre, sacrificándose por acompañarlo, y no le revelará su identidad, para vencer su orgullo y para obligarla a confesarse prendada de un “gaucho roñoso”. Muy significativo es el desenlace conciliatorio de *Raquela*. ¿Se enamora la elegante amazona del gaucho aparente, o más bien del hombre de su clase que se esconde y se entrevé vagamente a través de la ficción burlona?

Es cierto que, a modo de transacción equitativa, se define a “Calistro Güeyo” con una fórmula romántica, como un “gentilhombre dentro de un molde de peón”, pero constantemente el autor descubre su parcialidad: él es del bando de Marcelo Montenegro, que hacía sus experiencias camperas “con gusto, pero no en serio”, por “el prurito deportivo de saber hacerlo todo”. El cuadro central de la novela, el incendio, se describe con la complacencia estética que sentiría un turista, de paso por el lugar; y en el hablar del gaucho fingido menudean los rasgos de parodia: la historia de sus desdichas —infancia

de huérfano, presidio por una muerte— es un remedo, una imitación irónica del tono sentimental de la literatura gauchesca: es el mismo Lynch quien la pone en ridículo.

Quizá en esa novelita —la menos amarga de las de Lynch— esté la clave de la posición indecisa del escritor, entre la ciudad y el campo. Al escéptico y distinguido autor de “Las fieras blancas” lo enreda en su propio juego y lo enamora, castigando su malignidad, su hipocresía de hombre de ciudad; a Raquela, en conflicto entre amor y prejuicio, le ofrece una salida airosa, de acuerdo con las conveniencias, pero castigando su orgullo y afirmando que la triunfante es la síntesis Marcelo Montenegro-“Calistro Güeyo”, donde entran partes iguales de virtudes urbanas y camperas, sustantivas las primeras y accesorias las otras.

### 3. — LA CIUDAD, JUZGADA POR EL CAMPO

A ese mundo de la ciudad, que se entromete en el campo, pertenecen, de algún modo, otros personajes, a quienes se juzga con los criterios del paisano. Si son hombres de campo, los vascos, italianos o ingleses aparecerán sólo ridículos en sus modos de hablar; si revelan, además, ignorancia, desdén o torpeza en las faenas rurales, se les caracterizará como irremediablemente grotescos, con los rasgos de burla más hirientes. Como para señalar su ingreso cordial a ese mundo campesino, se nos muestra a Mr. James, muy interesado en aprender a trenzar, como los paisanos, las lonjas de cuero que serán el trágico regalo final a Balbina; ella, como signo recíproco

de su rendición al extranjero, le pedirá que le enseñe su lengua (7).

¿Por qué razones se dibujan con tal sarcasmo y exasperación las figuras aisladas del dueño de "La estancia grande" (*El inglés de los güesos*) y de Wenceslao, "el güey pelao", primo de Raquela (8)? Lynch enjuicia en ellos la simulación y el vicio de las gentes educadas, no desde el punto de vista del paisano, sino desde las mismas filas de la sociedad, que ahora abandona por desprecio, aliándose al campo, por amor a la sinceridad primitiva y sin afectación. En el otro polo, en el de la pureza elemental de la vida instintiva, están las criaturas preferidas de Lynch: Marcelina, La Negra, Palo verde, Pantaleón Reyes.

#### 4. — EL MUNDO RURAL DESDE DENTRO Y DESDE AFUERA

Los paisanos, desde los capataces próximos al amo hasta los peones, integran, taimados y expectantes, el mundo rural, gobernado por la aptitud y la obediencia ciega, aunque se ayuden también con el valor y la astucia. A los que entre ellos mandan, los ve Lynch desde el ángulo de los que obedecen, desde el sector de los de abajo, especie de coro trágico que preside la cocinera gaucha, cuya silueta ha ensayado varias veces: Laura, Gregoria, la negra Benita. (9); a todos ellos, prevenido, como espiando en sus gestos la fiera oculta (10).

Ese universo inerte es para el novelista una fuerza de signo negativo, asociada a las de la naturaleza que hay que dominar, un segundo plano que concluye en seres monstruosos, contrahechos y confinados por su vejez o

inferioridad física a trabajos humildes, menos útiles que los animales domésticos: Mosca, que corta paja para ranchos en "La Florida", o "don Injundio", el que junta bichos de cesto en *Raquela*, son tipos de la novela naturalista que Lynch recordaba en sus libros primeros, y después olvidaría; en ellos se ceba la violencia de los amos y la burla de los peones, no más piadosa (11).

No es muy importante averiguar ahora si ese cuadro de la sociedad campera coincide o no con la realidad de la campaña bonaerense a fines del siglo XIX y a principios del siguiente. Más interesa señalar que en la imaginación de Lynch esa concepción suya del mundo disciplinado y dispuesto para el trabajo, donde la autoridad pertenece a los que poseen la tierra desde sus abuelos, aparecía como respuesta a un orden de vida más inseguro y cambiante, donde se iban perdiendo lentamente aquellos fundamentos del predominio social.

*Por eso, la subordinación jerárquica adquiere para él la evidencia necesaria que, ante la ciencia contemporánea, tenía la serie natural de las especies en la lucha por la vida. En ese universo campestre, libre de influencias urbanas, puede el novelista complacerse en la visión de la existencia preferible, fijando, como valores inmutables, los principios en que se había afirmado la superioridad pasada de los suyos, de las antiguas familias de arraigo en la tierra.*

(1) *El romance de un gaucho*, X, págs. 86-102.

(2) Por soberbia viven en el campo Don Pancho y su hijo; a la maestra del pueblo, admirada de que un hombre como don Panchito se quede allí, le dice: “Yo quisiera vivir adonde yo solo mandara, y en donde hubiese la menor cantidad de gente que hablen u opinen”; pero don Panchito también gusta de la soledad: “¡Oh, estarse horas y horas tendido en el pasto mirando el cielo, o agarrar un caballo e irse lejos, muy lejos!” (*Los caranchos de “La Florida”*, XIX, pág. 217). Increíble parece que James Frazer fuera a enterrarse en una estancia de la Patagonia, y el autor se limita a presentarnos varias hipótesis, sin decidir entre ellas: “La mejor prueba de su rareza está en el hecho de que a los veinticinco años, con su bienestar pecuniario y sus vinculaciones, vino a soterrarse a aquel desierto, hasta donde sólo pueden llegar los hombres empujados por la imperiosa necesidad del lucro, o, en muy contados casos, por veleidades de ciencia o de turismo. ¿Fué algún desengaño de amor? ¿Fué neurastenia? ¿Fué alguno de esos dramas secretos que desquician toda una vida? Nadie lo sabe” (*La evasión*, página 14).

(3) Desde *Plata dorada* se manifiesta una preocupación por sustraer al hijo de los amos del contagio peligroso de la vida del campo. En seguida, en *Los caranchos de “La Florida”* se expresa insistentemente: la siente el español Manuel Rodríguez (“*La vida del campo no es buena para la gente joven. Los muchachos se hacen chúcaros. ¿Está usted? Se acostumbra mal y concluyen por amachimbrarse con cualquier china...*”); y luego, al comentar escandalizado que ha visto a los hijos del inglés Miles —“unos paisanos hechos”—, añade: “Dígame si para eso los había mandado el padre a Uropa, y si vale la pena que hayan estao cinco años en Inglaterra!... Da lástima ver mozos instruidos, mozos bien educados, criados como quien dice «entre pañales de Holanda», completamente perdidos por causa de una vida de dejadez y abandono”, XI, pág. 119); lo repiten un paisano resero (“Vea, don Pancho, yo no soy más que un paisano inorante, pero le aseguro que, en cuanto pueda, no serán mis hijos los que trabajarán en el campo. El campo no es para la juventú que está ansiosa de vida y que tiene plata..., el campo es pa los pobres como yo o pa los brutos que no tienen aspiraciones. Por eso me admiro que haya hombres que después de haber vivido en pueblos como Güenos Aires se avengan a esta vida, le tomen gusto y hasta acaben por hacerse chúcaros, como aquel que no vido nunca gente...”, XVII, pág. 188); y la maestra rural (“*El campo es bueno, le diré, para los paisanos o para los que, siendo pobres como yo, no tienen más remedio que aguan-*

tarse y van donde los mandan, pero ustedes, los mozos ricos...”, XIX, pág. 216). Véase, además, *Raquela*, pág. 11.

(4) Se admite que al mayor Grumben “los piones no le aguantan quince días. Es bruto de la boca y resabiao a castigar a los hombres... No se le cai de la mano el arriador cabo 'e fierro”; y sobre su crueldad con los paisanos se cuentan terribles anécdotas, que nos recuerdan a don Pancho Suárez Oroño (*Los caranchos de “La Florida”*), pero en seguida se le hace decir a Domingo Herrera —“prototipo de gaucho bueno y honesto”—: “Al fin y al cabo no creo que el mayor sea tan malo como dicen”. Ante el incendio se le ve enceguedo en la lucha inútil; pero lo deja y entrega a las llamas lo más valioso de su hacienda que ha defendido un día entero, en cuanto cree en peligro a su hija Raquela.

(5) *Palo verde*.

(6) *Raquela*, pág. 6.

(7) *El inglés de los güesos*, III, pág. 25; XIV, pág. 130. Trenzar con habilidad es la suprema virtud del paisano, según Lynch. Pacomio Ayala, compendio de sabiduría y astucia campera, es famoso por esa destreza (*El romance de un gaucho*, I, pág. 12; IV, págs. 36, 38), lo mismo que el puestero de “La estaca” (*El inglés de los güesos*, III, pág. 25; XXIV, pág. 227. Véase también *Raquela*, página 17).

(8) *El inglés de los güesos*, XVI, págs. 145-152; y *Raquela*, páginas 25, 65, 107-108.

(9) *Los caranchos de “La Florida”*, IV, págs. 49-58; *Raquela*, página 67; *El antojo de la patrona*, IV, págs. 28-41 y 57-59.

(10) Cosme, el confidente del dueño de “La Florida”, “un gaucho de aspecto taimado, a quien un homicidio alevoso llevó a la cárcel seis años atrás y a quien don Pancho consiguió el indulto para traerlo consigo y convertirlo en su hombre de confianza” (*Los caranchos de “La Florida”*, IV, pág. 50), parece encargado de espiar a don Panchito, a quien matará a traición, no tanto para vengar a su amo como para cobrarse él mismo ofensas anteriores; el negro Teijeira, “un hombre que tiene el mayor [Grumben] desde hace mucho, especie de asistente o no sé qué, perro mañero y enredista como él solo. Es un mal bicho que lo tiene montao a don Gregorio el capataz, y hace lo que se le da la gana en la estancia” (*Raquela*): a él se le atribuye el incendio de la estancia; Miquelena, “de aspecto adusto y de ojos atravesados, que acentúa la fuerza de su continente con la daga que lleva en la cintura” (*La esquiladora*, pág. 148). La fidelidad al amo, común a todos, se ennoblecerá en *Palo verde*, “capataz y encargado”, y más aún, en el abnegado indio Silverio Munchen, que se lanza a la muerte segura detrás de

su amo: "... ese muchacho de pocas palabras que le era adicto como un perro y que bajo la mezquina apariencia de un indio encerraba más inteligencia, buen criterio y lealtad que muchos caballeros" (*La evasión*).

(11) *Los caranchos de "La Florida"*, III, págs. 45-48, y *Raquela*, págs. 27 y 29.



## LA IMAGEN SENTIMENTAL DEL MUNDO

En lo más íntimo de la concepción del mundo de los afectos que refleja la novela de Benito Lynch se alcanza a aislar una zona reclusa donde los sentimientos ahogados y ensordecidos hierven por expresarse o salen apenas a la superficie por entre las fisuras de la técnica novelesca objetiva que el escritor adopta para disimularlos, y sobre todo para desmentir su raíz autobiográfica. Como en la obra de los grandes escritores románticos, en la de Lynch es clave esencial la "teoría de las pasiones", y por ella solamente puede alcanzarse una explicación cabal.

El punto de partida naturalista, que reduce esquemáticamente los conflictos, es muy claro en las primeras obras: se manifiesta cabalmente en *Los caranchos de "La Florida"*, la novela que llamaré *de los impulsos*. Después, en una progresión indecisa hasta *El inglés de los güesos*, Lynch encuentra el camino que lo conducirá, en un paulatino enriquecimiento, desde la *novela del instinto*, la apología del amor como forma casi extinguida de altruismo elemental, al análisis de las variedades del *afecto no condicionado*, de la entrega espontánea, sin recompensa,

cuya manifestación más alta es, para el novelista, el cariño maternal, único puerto de abrigo seguro contra las ráfagas glaciales del egoísmo circundante. En esa última época, el novelista no reprime su predilección por una minoría de seres generosos y débiles que ha congregado, y a los que se vuelve sin cesar, como única sociedad posible para él. Siempre en el centro, la madre; en torno, los mártires del afecto que nada esperan y lo dan todo; más allá, los niños, en su dichosa ignorancia del mal; y en los márgenes, los animales, compañeros de la soledad, también oprimidos o despreciados por la crueldad vanidosa de los hombres, ni mejores ni peores que ellos.

#### 1. — LA NOVELA DE LOS IMPULSOS

La primera forma —la más sombría— del naturalismo de Benito Lynch está patente en *Los caranchos de "La Florida"*. Sus personajes centrales —hombres de educación urbana y hasta cosmopolita— se precipitarán uno contra otro, ciegamente, arrastrados por pasiones oscuras que el autor no aclara suficientemente en sus fines y presenta como meros impulsos: la perversidad civilizada de esos seres se disputa como presa casual a la inocente, esperanzada y temerosa Marcelina, “el genio travieso sorprendido por el hombre. el genio divinamente puro que preside el misterio de los pajonales” (1); aunque no las comprenda, es el objeto de las finezas malintencionadas de su padrino y corresponde deslumbrada al amor trágico del hijo, sin presumir el choque inevitable; en su candidez y diafanidad, ilumina el turbio ambiente moral donde vive y nos desquita de mucha maldad gra-

tuita (2). *La fuerza incontrastable de los impulsos era, pues, entonces, para Lynch, el único motor de las acciones humanas, impulsos que parecen tener causas patológicas, aunque apenas se sugieran.*

## 2. — EL INSTINTO, “PADRE Y DEFENSOR DE LA VIDA”

Otra definición naturalista más universal y humana va madurando en Lynch: la anunciaba ya Marcelina, espectadora inerte del conflicto que provoca el capricho o el apetito de los más fuertes. La Negra, protagonista de *El inglés de los güesos*, asumirá la iniciativa en la lucha entre la vida exaltada del puro instinto y las conveniencias de la vida egoísta: caerá finalmente vencida, pero habrá librado la causa justa, según opina insistentemente el autor, al comentar indignado el sacrificio de la niña, contra sus hábitos de objetividad artística.

La Negra, también impulsiva como Marcelina y además bruscamente cambiante, silvestre y anterior a cualquier afectación o estudio, es la imagen del amor en su ingenuidad primera (3), “el espontáneo, el verdadero, el legítimo”, y odia o quiere al extranjero, irreflexivamente, en cuanto de él recibe dolor —el castigo de la madre— o placer —la cura de su enfermedad—; el contraste moral se le confunde con el dolor físico, cuya perspectiva la aterra como la vista del látigo al animal castigado. Es el símbolo tosco del amor incondicionado, sin cálculo, que no tiene teoría ni experiencia, que “no depende de la propia voluntad ni de la voluntad ajena, sino que, como el materno, *de las tremendas leyes del instinto*” (4); del amor que sólo vive para sí mismo, como forma de

“exclusivismo absoluto” y limita el mundo al ser amado para apropiarse de él, apartando a los que se interpongan. Es también un modo de egoísmo, pero de signo contrario al de la sociedad, que sacrifica la suerte anónima del individuo a los fines superiores de la colectividad. En los claustros glaciales de donde proviene Mr. James, no rigen las leyes tremendas del instinto, las únicas vigentes e imperativas entre gente ineducada. La Negra, milagro de gracia espontánea, no podrá detener al sabio “hombre de ambición, hombre de marcha de la humanidad” (5).

Así se enuncia de modo terminante el contraste entre la vida del *instinto* —y para Lynch, por lo mismo, la única pura—, y la *intelectual*, egoísta, como se subraya repetidamente. Para el novelista no puede haber compromiso ni conciliación posible en ese conflicto, porque así ve la vida, como oposición irreductible de unos pocos señalados por la derrota frente a los demás, que son los más fuertes porque los protege la indiferencia. Mr. James, enamorado sin duda de la Negra, aparece atado a un orden de vida que lo reclama imperiosamente, donde son secundarios los valores afectivos, y, no sin vacilaciones, permanece fiel a ese mundo de donde viene (6). Frente a Mr. James, la Negra se yergue, sorda a todo argumento que no sea el de su amor, y no puede oponer sino las razones ineficaces del corazón y de su belleza a las exigencias de un mundo que no puede comprender. Al desechar la hermosa flor que se le brinda, Mr. James cometerá —Lynch se lo advierte— un terrible pecado, porque desobedecerá el mandato del instinto, “padre y defensor de la vida” (7), y tendrá que purgarlo con una

existencia de esterilidad y de muerte: la misma vida de irremediable insinceridad de la que el propio Lynch huye para refugiarse en el campo de sus novelas.

Hay, es cierto, desesperanza y adversidad en las imágenes de la naturaleza; desalentado pesimismo en las reflexiones sobre la incuria y la ignorancia del paisano, a quien se le reconoce, por lo menos, el valor como virtud natural; pero, en cambio, son indignados, sarcásticos y agriamente caricaturescos los rasgos morales de los personajes, muy escasos, que compendian los hábitos de la ciudad desdeñosa: por ejemplo, el dueño de “La estancia Grande” en *El inglés de los güesos*, y Wenceslao, “el güy pelao”, primo de *Raquela*. Mundano, sensual, y ridículo en su preocupación de agradar a un embajador amigo el uno, y cobarde y bebedor el otro, representan un orden de vida ficticio que repugna a Lynch (8), el de la afectación hipócrita que recubre el vicio o la cobardía; y lo enfrenta con la vida áspera, a veces buena, aunque casi siempre mala de las gentes agrestes que actúan *según la naturaleza*, guiados por un destino que juega con ellos, y que no se determinan apreciando reflexivamente las probabilidades de éxito.

Lynch nos hace ahora la defensa del *instinto*, vencido por las fuerzas de la sociedad que se han organizado para el progreso material y colectivo, cuyo agente involuntario es Mr. James: las gentes que viven según él ignoran, por definición, los móviles de la dinámica social, y ni siquiera tienen otra idea de colectividad que la que les proporciona el microcosmos de la estancia.

El *instinto* —“sabio”— es también para él un modo de acción y de conocimiento del mundo, paralelo y no inferior a la inteligencia <sup>(9)</sup> (Bergson); el amor, y sobre todo el dolor de un día, valen por una larga experiencia <sup>(10)</sup>; del instinto se deriva una moral no aprendida —el “decoro salvaje de la Negra”— un poco menos exigente en lo formal pero más sincera que la que llega a adquirirse con la educación.

A pesar de que esas ideas sobre el amor, que sólo se juzga valioso en su espontaneidad instintiva, no pueden germinar sino apoyadas en una filosofía naturalista, y a pesar del contorno escéptico y pesimista que esas ideas dejan ver, en su aplicación literaria Lynch les introdujo curiosas enmiendas.

Según declaraba él mismo, por pulcritud artística, por desdén a lo que entendía arbitrio fácil y deshonesto de la novela contemporánea, cuya técnica en lo demás practicaba, siempre evitó cuidadosamente tratar otros casos amorosos que los de suma limpieza: los de Don Panchito y Marcelina (*Los caranchos de “La Florida”*), Mr. James Gray y la Negra (*El inglés de los güesos*); Sergio Aguilera y Paula (*Palo verde*); Pantaleón Reyes y Julia Fuentes (*El romance de un gaucho*). En su novela quedarán, pues, relegados al plano de las alusiones reticentes y sobreentendidas los triunfos del impulso sexual o del vicio; así se explica la cuidadosa ambigüedad que se advierte en el cuento de las pretensiones amorosas de Don Pancho <sup>(11)</sup>, y por eso son tan elusivas las referencias a los adulterios

de Rosa con Eulogio Cuevas, el puestero de *La Clara*, ante la pasividad de su marido <sup>(12)</sup>; lo mismo que los amores que se suponen entre el peón Isidro y Genoveva Gómez <sup>(13)</sup>, o los devaneos de Filomena, que en más de una novela aparece como “moza enamorada” <sup>(14)</sup>. Esa zona turbia del instinto no se ignora pero es tan despreciable como la del amor que calcula, y forma una aureola de sombra en torno a la acción principal, sólo para destacar su limpieza.

La misma razón de recato lleva a mostrar a “Palo verde” sin sombra de apetito frente a la mujer sola y abandonada que busca coquetamente su protección: no es sólo timidez, como parece, sino rectitud moral lo que le impide apoderarse de ella, cuando pasa la noche en la estancia. Y no por otro móvil, el autor aplaza, en un largo proceso, la solución de ese amor de Pantaleón Reyes, porque no puede ser otra cosa que devoción desinteresada mientras viva el marido de la mujer joven y bonita, que languidece en la soledad y que, probablemente, lo quiere.

Los escrúpulos morales de Lynch, la preocupación de no empañar o ensombrecer su imagen de la sociedad de la estancia prueban decisivamente que esa evocación no era un desinteresado ejercicio de composición literaria: era un cuadro donde entraban recuerdos suyos que se habían transformado en valores éticos en su vida de hombre maduro.

Así se va purificando la definición que Lynch preferirá, limando asperezas de origen naturalista: *el amor pleno se concibe a partir de “El inglés de los güesos”*

*como desprendimiento altruista y abnegación, impetuoso e irreflexivo, porque es, al fin, instinto, pero siempre casto, y libre de erotismo malsano.*

Hasta en esa sociabilidad rudimentaria están presentes las fuerzas de la maldad colectiva, inevitable secuela de la convivencia, pero se han relegado al segundo plano pintoresco, y en nada alterarán el curso de los acontecimientos. Atisbando desde una estancia vecina, la familia de Deolindo Gómez espía, en la impaciencia de conocer detalles de esa historia del amor inocente de Balbina, que comentan imaginando perversidades. Esas gentes que no conocen la vida de ciudad, pero que, instintivamente, reproducen los modos de conducta usuales en ella, nos aseguran la desconsoladora identidad del hombre en las malas inclinaciones.

En resumen, Lynch considera que en la sociedad utilitaria, gobernada por el interés y la ambición, ha resultado proscripta la vida de los afectos, así entendidos; dejarse dominar por ellos sería allí una peligrosa debilidad que nos entregaría inermes en manos de la crueldad y la disimulación. *Frente a la naturaleza agreste, identificándose con ella, parece decirnos, puede manifestarse la afectividad sincera y libre; aunque tampoco esté libre de amenazas, sólo allí es verosímil.*

### 3. — LOS AFECTOS NO CONDICIONADOS: EL CARIÑO MATER- TERNAL, EL AMOR DE LA ESPOSA, LA NIÑEZ INGENUA Y PURA.

Reflexiones abundantes y como rencorosas sobre la índole de las mujeres pueden espigarse a lo largo de la

obra de Lynch. Ni siquiera el amor de Marcelina <sup>(15)</sup> ni el de la Negra están exentos de cierto arte, coquetería indeliberada, y hasta deslealtad imprevisible; ni ellas, niñas ignorantes, ni las señoritas amigas de Mario <sup>(16)</sup>, ni la misma Julia Fuentes pueden escapar a las arterias de un juego que la mujer practica a veces irreflexivamente, según el novelista <sup>(17)</sup>; y en cuanto a maldad inconsciente, Anita, la sirvienta del campo que tanta ternura demostraba frente a la indiferencia de sus amas, ¿no resulta, al fin, igualmente cruel y además ingrata, pasado su arrebató generoso? <sup>(18)</sup>. ¿No está, además, la versatilidad en la índole femenina? <sup>(19)</sup>.

Pero no olvidemos que Lynch asociaba el amor espontáneo al de la madre, que los consideraba instintivos, y que los colocaba en el eje de su sistema de valores de la afectividad. En la representación del afecto maternal como en el de la esposa amante y menospreciada se volcará la ternura contenida del novelista, buscando consuelo en esos símbolos de la abnegación sin recompensa, víctimas de la maldad indiferente del hombre. El amor maternal —instintivo por desinteresado— que ennoblecerá en su mayor pureza, a diferencia del amor de los sexos, se imagina sin sombra ni condición y no depende de especificaciones sociales; igual veneración merecen para Lynch como madres las señoras de la ciudad y las campesinas; y por curiosa inconsecuencia, ni a unas ni a otras les alcanzan los juicios terminantes que le arrancan las mujeres y sus armas en la estrategia del amor.

Queda olvidada, como única excepción odiosa, la madre de Marcelina, que vivía en la mera satisfacción de

los impulsos (*Los caranchos de "La Florida"*): no volvería a reincidir en ese tipo crudamente naturalista; próxima ya a la concepción del afecto dignificado, Pacomia de la Cruz y Ayala (*El inglés de los güesos*) ofrece cualidades mezcladas, y equilibra su malevolencia cómica con el ejercicio de una autoridad que, aunque exagerada, no la vuelve ridícula. Las que vendrán después, en su unanimidad, contrastan con las imágenes muy contadas y opacas del cariño paternal, a menudo velado por el egoísmo (20).

Así vemos desfilar, tras el recuerdo de Lady Clara, la extranjera a quien sacrificó Don Pancho, y cuya memoria no sobrevive más que en los ojos azules de su hijo y en la inalterable fidelidad de la vieja sirvienta (*Los caranchos de "La Florida"*), a Casiana, primitiva y terca en su amor impotente por Balbina (*El inglés de los güesos*); la madre de Mario y de Leo, siempre trémula ante los peligros del campo que la angustian (*De los campos porteños*) (21); la esposa sumisa y plegada ante la autoridad de su marido, sólo atento a su trabajo (*El antojo de la patrona*); y finalmente, resumiéndolas a todas, la paisana Doña Cruz Reyes (*El romance de un gaucho*), que en la ceguera de su cariño excluyente e imperioso, determina y precipita la perdición de su hijo, a quien tratará siempre como a un niño, consintiéndole sus deseos y castigándolo despiadadamente.

La madre, presente o ausente, preside, pues, el mundo de los afectos que son nada más que sacrificio, los que Lynch enaltece. Por eso la orfandad es para él déficit irreparable en la vida: recuérdese la historia de la niñez

sin madre de Don Panchito, bien subrayada por el autor, y el énfasis de la queja de Santos Telmo, que nada puede esperar, porque es “dos veces guacho”: a su padre lo conoció después de la muerte de su mujer, abandonada antes de que naciera el único hijo (22).

En Julia Fuentes, su última creación femenina, Lynch fundió las cualidades ya pergeñadas de la esposa fidelísima, a quien su marido menosprecia y castiga, y la muchacha enamorada, que agradece y llega a corresponder la sumisión desinteresada de un muchacho que morirá sin saber que lo querían. En el cariño de Julia Fuentes hay más de madre que de enamorada: jugando con ese niño —no es otra cosa para ella— se deja ganar inadvertidamente por el amor verdadero, generoso, que su marido no le ha dado nunca. Del mismo modo que Doña Cruz Reyes es la más rica y matizada encarnación del amor maternal, en su hijo Pantaleón culminará, en su forma última, la evolución de su idea del amor de los sexos, en el que apenas se reconocen ya huellas del naturalismo inicial. El amor de Pantaleón Reyes es, ciertamente, decisión del capricho de un destino enemigo que lo postrará en la contemplación de una mujer inaccesible; él quiere a esa mujer —“sin querer quererla”—; para su felicidad total, Pantaleón sólo pide ver a Julia, y porque se lo impiden, abandonará a su madre desobediendo sus órdenes, o se entregará al vicio y al delito con obcecada ceguera. No hay ya violencia impulsiva en él, sino mansa determinación en su idea fija de vivir cerca de esa mujer (23).

También entran los niños en ese orbe de los afectos, al que no llegan nunca los hombres ensimismados y fríos. Los niños o los adolescentes remedan cómicamente a los mayores, en tareas superiores a sus fuerzas; son graciosos porque ignoran, felizmente, las normas crueles del juego de la vida al que desean entrar ingenuamente, y serán generosos, efusivos, sinceros hasta que las conozcan. Inolvidables y muy parecidos son Bibiano, el hijo de la cocinera de "La Florida"; Bartolo Fuentes, el de *El inglés de los güesos*; Cirilo, el gauchito generoso, Mario y Leo (*De los campos porteños*); Zoilo y Serapio, los fraternales peoncitos de "La Blanqueada" y "La Julia" (*El romance de un gaucho*), cuya gracia juguetona contrasta con la torpeza desconfiada de sus mayores. Esos muchachos viven en una espera cándida, como "palos verdes" que no pueden arder todavía, y como Pantaleón Reyes, se harán hombres, lamentablemente, en cuanto saquen el cuchillo para defenderse y para vengarse. No han tenido educación o la han rechazado por inútil, y no serán peores, según Lynch, porque carezcan de ella: el acaso de un destino inescrutable y la índole heredada concurrirán a decidir su suerte.

Como la devoción de la esposa, el cariño de la madre y el amor desinteresado se consideran las manifestaciones más valiosas del instinto purificado, felices excepciones a las normas que regulan la sociedad de las gentes cultas, así también la niñez se sustrae a esa pugna donde no puede sino triunfar el egoísmo inteligente. Y sólo en contacto con la naturaleza campestre y en un medio de reacciones primarias podrían parecer congruentes esos

mártires del sentimiento, de la sinceridad y del desprendimiento altruista.

De sus memorias primeras del campo donde había vivido cuando niño le quedó para siempre a Lynch un sabor de pureza no contaminada, como el que deja la ternura de la madre muerta o los recreos de la infancia. No lo perdió, aunque, ya hombre, advirtiera que el campo de sus juegos y de sus afectos era tierra de brava “lucha con los hombres y con las bestias”, y viera al paisano tal como realmente era y no como solía figurárselo la literatura. Le disgustaba por insincera la vida de la sociedad urbana, y la enjuició tácitamente en sus novelas, apartándose de ella para comunicar a sus personajes del campo los afectos que consideraba más valiosos; en la estética naturalista encontró la justificación de su pesimismo esencial, que llegó hasta la más amarga misantropía; y en ella se apoyó para salvar los recuerdos sentimentales de su infancia campera.

Vista desde el ángulo de la vida afectiva, su novela descubre la parábola de una búsqueda angustiada de cierto caudal de riqueza interior en los sentimientos, que la educación empieza por disimular y las exigencias utilitarias niegan y destruyen.

#### 4. — LOS ANIMALES, COMO LOS HOMBRES...

Como consecuencia de esa desconfianza hacia lo intelectual y social del que estima la afectividad instintiva como la cualidad humana más valiosa, se manifiesta en la obra de Lynch la tendencia a aproximar hombres y animales, semejantes en los instintos, y despreciando di-

ferencias que, como lo había probado el transformismo científico, eran tardías en el proceso de la evolución, y nada más que superficiales.

Durante el último cuarto del siglo XIX y principios del XX, psicólogos y sociólogos evolucionistas multiplican los argumentos en favor de aquella identidad presunta. Sus armas, que provenían del arsenal de observaciones de sabios y viajeros, se difundieron luego en una profusa literatura de mero entretenimiento, de la que hoy sobreviven algunos títulos, reclusos en bibliotecas para la juventud (24).

El paralelo entre hombres y animales es un tópico de la literatura de todos los tiempos que a menudo descubre desengaño y escepticismo, pero a fines del siglo XIX no era ya arbitrio irónico sino, además, comparación científica, y había revelado que los animales no eran, después de todo, los inferiores. Pruebas innumerables obligaban a admitir que, ni siquiera en la actividad social que podía juzgar exclusiva suya, el hombre justificaba su primacía. Ciertos insectos, las abejas, por ejemplo, ¿no habían resuelto, acaso, conflictos entre las exigencias del instinto de conservación y la moral, aparentemente insolubles para la especie humana?

Lynch recogió esa convicción científica ya convertida en noción vulgar; se apoyó en ella porque confirmaba sus conclusiones pesimistas sobre la condición del hombre, y, al evocar las figuras de los animales del campo y al razonar sobre sus costumbres, los usó para manifestar con mayor claridad los motivos de su misantropía.

A los animales, especialmente a los domésticos que acompañan en la soledad y auxilian en el trabajo, se refiere insistentemente, y hasta parece que hubiera acudido, para estudiarlos, a algunos libros científicos, donde aprendió la nomenclatura que a veces exhibe <sup>(25)</sup>; los analiza en su fisonomía moral característica; los observa amorosamente en sus posturas habituales y en sus movimientos; y los califica según las normas concurrentes o alternativas del afecto y de la utilidad, tan pronto con ojos de paisano, de artista o de niño, como de administrador malhumorado.

Ordenando esa multitud, advertimos que, a juicio del autor, es la misma de los hombres y de las mujeres: hermosos o desgarbados, estimables o inútiles, cobardes o valientes, generosos o egoístas, esos seres reproducen las propensiones y las debilidades humanas. No es Mario, es el mismo Lynch el que protesta indignado porque siga repitiéndose el lugar común que los condena como incapaces de sentimientos nobles: “¡parecen animales!” <sup>(26)</sup>. Tiene, además, para apreciarlos, otra razón siempre concluyente para él: son, como sus personajes preferidos, como la Negra, Palo Verde, Pantaleón Reyes, las madres y los niños, criaturas débiles, siempre amenazados por el hombre, que los tratará con la misma crueldad que la sociedad usa con el individuo indefenso <sup>(27)</sup>.

Perros que asedian el rancho hospitalario del gaucho, juegan con los chicos, y el estanciero aborrece o tolera excepcionalmente <sup>(28)</sup>; potrillos ingratos como muchachos malcriados <sup>(29)</sup>; padrillos feroces <sup>(30)</sup> y potrancas hermosas y coquetas como mujeres <sup>(31)</sup>; vacas que se hunden

poco a poco en la tierra blanda que las atrae, tentándolas como los vicios al hombre <sup>(32)</sup>; gallos de pelea endurecidos por la lucha, que reaccionarán enfurecidos a la menor provocación <sup>(33)</sup>; vizcachas aseadas y laboriosas y zorros astutos <sup>(34)</sup>; y hasta el tero vigilante, “solterón y atrabiliario”, que se transforma y enternece frente a los pichones huérfanos <sup>(35)</sup>, se mueven en su vida de relación, en sus amores, en el trabajo y en la guerra, de acuerdo con la mecánica desconsoladora del universo de los seres inteligentes.

Ese pequeño mundo de los animales viene a ser, pues, espejo fiel del otro inmediato, que el novelista prefería no mentar aunque esté siempre implícito en su obra. A los animales se había vuelto para huir de los hombres. Y, aislados, le atrajeron con su gracia y le conquistaron con virtudes que echaba de menos en sus semejantes y se sintió tentado a atribuirles a su condición de seres puramente instintivos; pero en cuanto hubo que sacarlos de su aislamiento decorativo para reunirlos, devolviéndolos a la vida de grupo en que viven, en cuanto fue preciso imaginar móviles para sus actos sociales, la comunidad de los animales se le impuso como innegablemente idéntica a la otra, ingrata, de los hombres. Así fue el novelista transfiriendo, unos tras otros, los rasgos amargos de la imagen de la sociedad que le obsedía a ésta literaria, que hubiera podido servirle para recrearse entre seres que no fueran como los próximos.

Ningún ejemplo más ilustrativo que la vida del gallinero: ellas —como las mujeres— “son, ante todo, *débiles, coquetas, utilitarias, celosas y perversas, y, después de*

*todo, abnegadas y virtuosísimas madres de familia...". Ellos —como los hombres— “son pretenciosos, ingenuos, egoístas, sensuales, aprovechadores, cobardes y viles, pero no puede negarse que son también, a veces, generosos, nobles y valientes (36).*

Esa equilibrada partición de vicios y virtudes —o de “caracteres sexuales secundarios”, según la terminología que ya estaba de moda a principios de siglo— es como un haz de luz que ilumina hasta el fondo la intimidad de los afectos y de los juicios del novelista. Sobre todo, si se admite que es mera reminiscencia de las palabras de Perdican a Camila, y apreciamos las diferencias de Lynch como correcciones intencionadas: “*Tous les hommes sont menteurs, inconstants, faux, bavards, hypocrites, orgueilleux ou lâches, méprisables et sensuels; toutes les femmes sont perfides, artificieuses, vaniteuses, curieuses et depravées; le monde n’est qu’égout sans fond où les phoques les plus informes rampent et se tordent sur des montagnes de fange; mais il y a au monde une chose sainte et sublime: c’est l’union de deux de ces êtres si imparfaits et si affreux (Musset, On ne badine pas avec l’amour, II, 5).*

Musset exalta el amor, de misteriosa sublimidad aunque sea la conjunción de seres inferiores a quienes transporta pero no ennoblece, ángeles como enamorados, demonios como hombres y mujeres. Lynch conserva la oposición, con curiosísimas enmiendas que cambian el sentido original.

En ambos casos se disponen los sexos uno frente a otro, y se les atribuyen sus armas respectivas —*mentira,*

*inconstancia, falsedad, charlatanería, hipocresía, orgullo y cobardía* contra *perfidia, artificio, vanidad, curiosidad y depravación* (Musset); *vanidad necia, egoísmo, sensualidad, cobardía y vileza* contra *debilidad, disimulación, cálculo, maldad* (Lynch). Musset atribuye fuerzas iguales a los enemigos; Lynch sólo concede a las mujeres armas defensivas para contrarrestar la superioridad de los hombres, y adivinamos que le parecerá igualmente injusto el triunfo de cualquiera, aunque admita como dichosa salvedad que la abnegación maternal no podrá faltar a la peor de ellas, mientras sólo a algunos se les reconoce valentía, generosidad y nobleza, como excelencias de su sexo, desgraciadamente contingentes.

Desde nuestro punto de vista, siguiendo los repetidos paralelos de los animales con los hombres, llegamos nuevamente a aislar, entre muchas notas, *una amarga concepción del amor de lo sexos como lucha cuyos resultados no pueden preverse; apenas merece al autor mayor simpatía la astucia de los débiles que el ensañamiento cobarde de los fuertes.*

(1) *Los caranchos de "La Florida"*, XV, pág. 158.

(2) En *Los caranchos de "La Florida"* se advierten indudables reminiscencias de la estética naturalista, atestiguada, además, por lecturas científicas que él mismo confesaba. Por ejemplo, la explicación de las causas de la muerte de Lady Clara; aunque se anuncian dubitativamente, califican con un diagnóstico probable las futuras reacciones del padre y del hijo: "Las malas lenguas del pueblo aseguran que *Don Pancho mató a su mujer a disgustos y presa de unos celos tan injustificados como bárbaros, mientras otras, las buenas seguramente, afirman rotundas que aquélla murió víctima de una horrible enfermedad que le había contagiado su esposo*" (I, pág. 9). El mismo origen naturalista tiene ese loco "don Mosca", testigo de la catástrofe. Alguna vez, como cuando se nos cuenta cómo se ha enamorado don Panchito, se escapa una expresión que recuerda el ámbito de las teorías psicofisiológicas: "Una emoción entre angustiosa y dulce ha venido a invadir *todos sus centros* y a entregarle sojuzgado, inerte a aquello que es para él como un delito enorme, pero que lo atrae y lo fascina con el encanto de un poder irresistible (XV, pág. 160). *Delito enorme* es el de haberse enamorado de la hija de un puestero violando los principios de su clase.

(3) "Y si la flor del amor, *la más hermosa de cuantas puede producir el árbol sombrío del espíritu humano*, tiene como las rosas forma y tamaño y colorido diversos, el amor de la Negra debió ser una flor muy grande, muy blanca, muy turgente, muy vigorosa y muy perfumada... Una de esas flores enormes de los trópicos cuya pureza extraordinaria da la sensación cabal de lo impoluto, cuya consistencia asombra y cuyo perfume violento embriaga los sentidos". *El inglés de los güesos*, XV, pág. 135.

(4) *El inglés de los güesos*, XIX, pág. 196.

(5) La calificación de *hombre de marcha* que Lynch aplica en dos ocasiones a Mr. James (*El inglés de los güesos*) se refiere al título irónico del libro *Le monde marche* (1857) de Eugène Pelletan (1813-1884), en el que se enjuicia la concepción progresista.

(6) Cuando Mr. James hace su examen de conciencia y se pregunta por qué debe sacrificar ese amor, él mismo se responde en estilo indirecto libre, irónicamente: "Porque el inglés de los güesos, «hombre de marcha» de la humanidad, por nacimiento, por educación y por costumbre, tenía como un compromiso moral contraído consigo mismo y por razón de *quién sabe qué arrepentimientos ancestrales*, de caminar, de caminar siempre, recta y pausada y metódicamente para cubrir en la vida la mayor distancia que le fuera posible sobre un largo camino de progreso de antemano trazado". *Ibid*, XIX, pág. 192. El autor aboga tan decididamente la causa de

la Negra que no sólo presta argumentos muy débiles a Mr. James, sino que hace que el mismo sabio se burle de ellos, debilitando así la congruencia del desenlace, que parece inmotivado.

(7) *El inglés de los güesos*, XIX, pág. 198.

(8) *El inglés de los güesos*, XVI, págs. 145-152, y *Raquela*.

(9) “¿Era que (Mr. James) se dejaba querer por cálculo mezquino de comodidad? ¿Era que no advertía los síntomas de la fogosa pasión que había encendido? ¡Vaya uno a saberlo! Sólo la Negra parecía penetrar el misterio hermético de aquellos profundos ojos azules, de aquellos finos labios donde las impresiones se manifestaban por una mayor o menor acentuación de la leve sonrisa enigmática que eternamente jugaba en ellos” (*Id.*, XV, pág. 135).

(10) “... Como en una hora de dolor se aprende más que en diez años de dicha, la Negra, que no era torpe, había aprendido entre otras verdades tan inútiles como amargas, que hay horas de la vida en que no queda otro recurso que el de recogerse dentro de uno mismo como el caracol dentro de su concha para tratar de hallar en la pobreza de los propios medios lo que no se halló ni se hallará sin duda en toda la imponente multitud de los recursos ajenos” (*Id.*, XVIII, pág. 175).

(11) En cuanto don Pancho está seguro de que su hijo es el que llega, escribe y manda una carta a Sandalio López, cuyo texto nunca se dará; presumiblemente, le ordena que no reciba a don Panchito o que se vayan para alejar a la muchacha (cap. I, pág. 21); las gentes del lugar dan por seguro que la niña es su amante: lo dan a entender en la cocina de los peones (IV, págs. 56-57) y lo repite Eduardito sin escandalizarse, como cosa sabida (XIV, páginas 145-150); pero, en cambio, la maestra del pueblo asegura la inocencia de Marcelina, alumna suya (XIV, pág. 215). En la única entrevista con ella Don Pancho se comporta como padrino complaciente y nada más (XII, págs. 129-135). En resumen, sólo sabemos que se opone a que su hijo conozca y trate a Marcelina, y que, cuando tiene la convicción de que esos temidos amores existen, trata de impedir que se vean hasta provocar la catástrofe final; sobre las causas de su conducta nada nos dice el autor, y nos obliga a inferir sobre los comentarios de terceros.

(12) No se dice que Eulogio Cuevas es el amante de Rosa: se le presenta en el puesto de Sandalio López, siempre allí, como intruso inevitable y sin explicar por qué está; el hombre desagrada a don Panchito, y tiene con él un incidente (VIII, págs. 82-83) cuando visita por primera vez el puesto; de nuevo está allí cuando Don Pancho visita a Marcelina (XII, págs. 127-129): al verlo, Don Pancho hace un comentario reticente, cuyo sentido sólo alcanzaremos cuando se nos muestre a Rosa, sola con Eulogio, mientras el resto de la

familia está afuera (XXII, págs. 236-241): el adulterio sólo se sugiere.

(13) *El inglés de los güesos*, XXI, págs. 206-210.

(14) *El inglés de los güesos*, XXV, pág. 234; y *El romance de un gaucho*, VI, págs. 48-49; XXX, pág. 268.

(15) Marcelina, ya segura del amor de don Panchito, lo miro “ya más avisada [por el instinto], con ojos mansos y engañosos de esposa o de querida, ojos dispuestos a claudicar y a ceder en todo con tal de no ver irritado al hombre que se ama, *ojos buenos pero egoístas, ojos que quieren mucho, pero ojos ¡ay! que suelen traicionar por cobardía*” (*Los caranchos de “La Florida”*, XV, pág. 175). La Negra, “coqueteando, *por instinto*, como una refinada damisela” (*El inglés de los güesos*, XVI, pág. 162).

(16) *El sacrificio de Blas*, en *De los campos porteños*, págs. 199-208 y 215-223.

(17) *El romance de un gaucho*, XVI, págs. 137-142; XXI, páginas 172-174; 181-185; 188-191; XXXIII, págs. 298-299.

(18) *El sacrificio de Blas*, en *De los campos porteños*, págs. 222-224.

(19) “¡Pa que se vea cómo es la mujer! Un rato antes hecha una furia contra el pobre muchacho y ahura nomás por una nadita e peligro ya queriendo ganársele bajo el ala como el pichón a la madre” (*El romance de un gaucho*, XVII, pág. 144).

(20) ¿De qué valen el cariño que Don Pancho o Sandalio López sienten realmente por sus hijos? En cambio, el mayor Grumben, el padre de *Raquela*, enloquecido por el incendio que lo arruina y en el momento decisivo, cuando el fuego invade el cuadro que ocupan sus más preciados animales, lo deja todo para correr en busca de su hija en peligro. En *El inglés de los güesos* se opone el padre de Santos Telmo, y Juan Fuentes, el padre de la Negra, de ternura sobria y conmovedora. Muy ocasionales y fugaces son las imágenes del padre que en la angustia por la enfermedad del hijo, abandona su adustez cotidiana y deja ver gran ternura interior (*La espina de junco* y *El potrillo roano*). En *El romance de un gaucho* el recuerdo del marido que huyó con otra mujer y murió lejos, tal vez sin conocer al hijo de su esposa, obsesiona a Doña Cruz, que vigila celosamente la educación de Pantaleón, temiendo se cumpla la terrible profecía: ¿será, como dicen, “Hijo’e tigre”?

(21) “Cuando no es un gaucho feroz, de atravesados ojos, de negra barba y de cabellera hasta los hombros el que discute con su marido, mirándole como si buscara el sitio más adecuado para hundirle traidoramente su cuchillo, es él el que la asusta maltratando a algún peón, de hecho o de palabra, o bien es una víbora de la cruz que inesperadamente levanta su cabeza entre los yuyos, o un caballo que corcovea furioso, o un hombre que se lastima, o tormen-

tas, o huracanes, o...". *Tormentas*, en *De los campos porteños*, págs. 90-91.

(22) *El inglés de los güesos*, XII, pág. 114.

(23) "Usté no me hizo mal", le dice Pantaleón a Julia, "el mal me lo hizo el Destino". *El romance de un gaucho*, XIII, pág. 120.

(24) Desde Darwin (1809-1882), que resume copiosas observaciones anteriores (*Origen de las especies* (1859), cap. VIII: *Instinto*), hormigas y abejas se vuelven tema frecuente de descripciones literarias: obras maestras por su exactitud científica y por su amabilidad fueron, entre muchísimas otras, vertidas al español: *La vida de los animales* (1864), de Alfred Edmund Brehm (1829-1884); los *Recuerdos entomológicos* (1879-1889), de Jean Henri Fabre (1862-1915); y *La vida de las abejas* (1901), de Maurice Maeterlinck (1862-1919). El espíritu conciliador y optimista de esos libros que se fundan en la ciencia se opone a la sátira escéptica de otro tipo literario, que nada tiene de común con ellos, el de *La isla de los pingüinos* (1908), de Anatole France (1844-1924), y de las *Historias naturales* (1896), de Jules Renard (1864-1910).

(25) Lynch confesó alguna vez (Arturo Torres Ríoseco, *Grandes novelistas de la América Hispana*, Berkeley-Los Angeles, 1941, página 115) que la lectura de algunos viajeros como Darwin y Humboldt le sugirió la figura de Mr. James, el antropólogo inglés de la pampa. Ciertamente, el puesto de La Estaca, al borde de la laguna de los Toros, puede relacionarse con la descripción que Darwin hace de la quinta posta del camino entre Bahía Blanca y Buenos Aires. "El rancho en este sitio carecía hasta de techo, reduciéndose a una cerca redonda de cañas de cardo, para quebrantar la fuerza del viento. Estaba situado a las márgenes de un lago grande y somero que hervía en aves silvestres, sobresaliendo entre ellas el cisne de cuello negro. La especie de andarrío que parece andar en zancos (*Himantopus nigricollis*) abunda aquí en bandadas bastante numerosas." Recuérdese la burla de Bartolo cuando Mr. James llama a los teros reales "Imantopus" (*El inglés de los güesos*, II, pág. 19). La descripción inmediata del tero (*Vanellus cayenensis*) se recordará años después en *Hombres y teros* donde se habla del "Vanellus cayenensis" (*De los campos porteños*, pág. 231). También parecen haber impresionado a Lynch en esa lectura la descripción de las vizcachas que vió en la región próxima a la sierra de "Tapalquén" y le sugirió un cuento que se desarrolla allí mismo (*El casao casa quiere*); y el cuadro de las consecuencias de la gran sequía en el litoral de Buenos Aires entre 1827 y 1830, y los recuerdos de las lluvias inmediatas que provocaron grandes inundaciones (*Diario del boldt* le sugirió la figura de Mr. James, el antropólogo inglés de *viaje de un naturalista alrededor del mundo en el navio de S. M.*

*Beagle*, trad. esp. de Juan Mateos; Madrid, 1940; I, cap. VI, págs. 154-155, y VII, pág. 168). Lynch era aficionado a la lectura de viajes: en *Cartas y cartas* cita repetidamente *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio Mansilla; el *Viaje a través de la Patagonia*, de Muster; la *Descripción histórico-geográfica del reino de Chile*, de Carvalho y Goyeneche; el *Viaje al país de los araucanos*, de Estanislao S. Zeballos, y el *Pequeño manual del misionero*, del P. D. Milanesio.

(26) Se lo dice doña Mariquita, quejándose de la muchachita ingrata, a quien ha traído del campo como sirvienta, cuando la abandona bruscamente (*Hombres y teros*; en *De los campos porteños*, pág. 228).

(27) Las vacas suelen ser como los pueblos, como las sociedades. Tienen una tolerancia infinita y estúpida para con los que las explotan con arrogante energía"; "La vaca, ignorante y bruta como la masa social..."; "... y entonces la vaca overa, que como las sociedades había creído antes en todos los pillos, desconfió de aquel interés inexplicable [el del hombre que quiere salvarla], y, llena de cólera, arremetió contra el hombre con sus astas agudas." (*La vaca empantanada*; en *De los campos porteños*, págs. 65 y 67.)

(28) Difícilmente puede olvidarse el recuerdo del perro *Neuquén*, a quien su amo desprecia por inútil ("«perro de gaucho» de sedoso y amarillento pelaje, que no tiene bríos ni valor y sí mil mañas odiosas"...; "es desobediente, pueril, y carece de «valor personal»...; pertenece a la clase de perros a la que los gauchos denominan «garroneros» porque en medio de las luchas con las bestias bravas del campo siempre dejan al compañero todo el peso de la batalla y sólo se aventuran a atacar al enemigo en los jarretes") pero que trae la perdiz tan deseada a su ama, que lo quiere y defiende (*El antojo de la patrona*, págs. 15-16 y 56-58); de *Limay*, el preferido del patrón "por noble, valeroso y resuelto... por serio y por bien enseñado", aludido al pasar en *Los caranchos de "La Florida"*, cap. I, págs. 10 y 15 ("un hermoso animal tan dócil y suave para su amo, como feroz e inmanejable para los extraños") y que se convierte después en protagonista del cuento que lleva su nombre ("Ante él, y descansando sobre los cuartos traseros, muy brillante la negra pelambre y muy blanca su hermosa corbata de picaso, «Limay» le contempla de hito en hito, un palmo de lengua afuera y atento a sus menores movimientos. Si el niño no se incorpora o no le habla, «Limay» será capaz de estarse quién sabe hasta cuándo... porque «Limay» es un perro serio y bien educado, un perro que no pone las manos encima de su dueño, ni pretende lamerle la cara ni hacer ninguno de esos movimientos inútiles o inconvenientes a que son tan aficionados sus congéneres. «Limay» no ladra nunca en las casas ni en los trabajos camperos; es tan callado como ejecutivo,

y de ahí que las únicas faltas que maculan su brillante foja de servicios radiquen en su modo de ser tan silencioso: suele dispararse mudo sobre los forasteros y clavarles los dientes en las nalgas sin dejar tiempo para contenerlo. Sus hazañas heroicas llenarían un volumen. ”; *Limay*, en *De los campos porteños*, páginas 124-125). En el perro el novelista estima las cualidades que se exigen a un peón de estancia: compárese la presentación de *Limay* con el juicio de doña Cruz, que estima a Ferreyra porque “era serio, y callao, y además baquiano en toda laya’e trabajos” (*El romance de un gaucho*, VIII, pág. 68). Recuérdense además las siluetas de *Diamela*, siempre jugueteando con Bartolo (*El inglés de los güesos*); de *Cuala*, única compañía de Pacomio Ayala (*El romance de un gaucho*); y de *Lacar*, el héroe en la caza, tan superior a sus compañeros (... “Lacar, el perro favorito de su padre, que casi nunca se digna «querer venir» con el niño, y mucho menos en grupo con los otros canes, a los cuales parece mirar con antipatía o con desprecio: Quequén, aquel inquieto y rubio Quequén, de largo y sedoso pelo; Carhué, el enorme y pesado San Bernardo, blanco como la nieve; y Milady, la vieja perra de desdentadas mandíbulas...”)  
(*Un negocio en pieles*, en *De los campos porteños*, pág. 55).

(29) “El hombre mismo, hija, es, mala comparancia, ni más ni menos que el ternero o el potrillo guacho. Cuanti más se le regalonea, cuanti más mañero e idioso se hace. ¿Vea, de no, esos animalitos que se crían en las casas?. Comida no les falta, pasto y grano tienen a discreción, y sin embargo. ¿Qué es lo que buscan con preferencia para comer y destrozar?... ¡Las plantas, hijita, del patio, las flores y las cáscaras de los árboles!... Lo mismo hacen algunos hombres mimaos en el cariño que les tienen las mujeres”, se dice comentando el desapego inexplicable de Pedro Fuentes, frente a su mujer joven y hermosa, que soporta resignada el abandono de su marido (*El romance de un gaucho*, I, pág. 17). Compárense estos juicios con los que anteriormente había desarrollado en *El potrillo roano*.

(30) Así como entre los hombres el fuerte se ensaña con el débil, los animales prueban que esa ferocidad es la ley de todos los seres. “El padrillo, un zaino negro y clinudo, grande, fuerte y hermoso como un bagual de leyenda, se estaba ensañando impunemente con un mísero «blanco palomo» que había sido ladero de carro en sus tiempos, y que al igual que otros matungos inservibles había sido echado en aquel cuadro de campo —en descanso de hacienda— para acabar sus días. Era un espectáculo horrendo de ferocidad y odioso de crueldad inútil, el que ofrecía el poderoso animal destrozando a dentelladas y a coces, y entre gemidos de ira, al pobre mancarrón indefenso que, chorreando sangre y hecho una bola, no hacía más

que bajar la cabeza como si hubiese querido esconderla entre las manos. A una cuadra de allí y con indiferencia de esclavas, las yeguas pastaban desparramadas por el cañadón"... (*Travesiando*; en *De los campos porteños*, pág. 115.)

(31) Los ojos de la yegua moribunda, "ojos negros, antes tan límpidos y recelosos, se amansaban y enturbiaban *como los ojos de una mujer en paroxismo de amor*"...; las yeguas mestizas de carrera, ante el progreso del incendio: "Con las cabezas en alto y las orejas muy tiesas, los animales no hacían otra cosa que removerse inútilmente, mirando *con sus bellos ojos casi femeninos* el espectáculo de la quemazón que se les echaba encima con la velocidad de un caballo a gran galope" (*Raquela*, págs. 96 y 101); "Micaela, con sus redondos brazos tostados y *esa expresión de potranca asustada* que hay habitualmente en sus negros ojazos de diez y ocho años" (*Un angelito gaucho*; en *De los campos porteños*, pág. 25); Balbina, la Negra, tiene también "*bellos ojos sombríos de potranca*" (*El inglés de los güesos*, pág. 19); y el espectáculo de la tropilla de yeguas "vagando como colegialas *rateras*": "Todas de la misma edad... Alazanas más o menos rubias, más o menos tostadas; pero alazanas todas y alegres, y traviesas y retozonas, como suelen serlo en cierta edad de la vida los seres sanos y que no han sufrido todavía", y entre ellas "una alazana rubia de un vigor y de una belleza tan extraordinarios que, con ser hermosas todas sus compañeras, parecían reconocer su indiscutible superioridad, pues *la seguían y la rodeaban y la adulaban del mismo modo que el común de los hombres y de las mujeres a aquellos de sus semejantes que por cualquier ventaja se destacan*." Esa potranca tenía también "*grandes ojos de expresión casi femenina*". El capataz explica así la tragedia, al divisar el cadáver de la potranca: "Pa decir verdá, la mataron las compañeras mesnias, como es costumbre entre animales. En cuantito me la hallaron quebrada y andando en tres patas ya la echaron al suelo a patadas y a mordiscos, y después, como no se pudo levantar, vino y me la ahugó la crecida del agua." (*Caritas*; en *De los campos porteños*, págs. 268, 270 y 274-275.)

(32) El hombre que se va adentrando en el vicio "es —mala comparación— como aquella vaca entecada y sedienta que ve relumbrar el agua en el cañadón medio seco y camina y camina, hundida hasta la barriga en el barro, sin saber si llegará o acabará un redepente por quedarse empantanada" (*El romance de un gaucho*, XXVII, pág. 245.)

(33) La hermosa gallina catalana, soberbia y acostumbrada a tratar con desprecio a los gallos dóciles y sumisos, será la víctima primera del gallo avezado a la riña, en cuanto lo trate irreflexivamente

como a los otros. (*El gallo que volvió de las trincheras*; en *La evasión*, págs. 78-84.)

(34) La irrupción del zorro cínico y haragán altera el orden y los hábitos laboriosos del mundo de la vizcachera, sólidamente fundado en el poder de los ancianos. Sobre todos, se impone la autoridad del abuelo (el *Vizcachón*), asistido por su esposa (*D<sup>a</sup> Grun*): a él está confiada la última decisión, que acatarán su hermana (*D<sup>a</sup> Gruin*), su sobrino (*Iii*), sus hijos y sus nietos (*Gruia* y *Yuin*). La seducción de la hermosa vizcachita *Gruia*, que desdeña a su primo *Iii* por el zorro maloliente, carnicero y sólo deseoso de ocupar él solo la cueva que otros han construido, se ha pensado como historia desgraciada y en nada diversa de la de muchos matrimonios desventurados. Algunas imágenes que Lynch había aplicado antes a sus paisanos prueban esa identificación: el zorro, como un gaucho perplejo, “un poco arrepentido de su impropiedad [le ha elogiado el revés de la cola a la vizcacha] escarba ahincadamente el suelo con el tacón de la bota”; compárese con Santos Telmo, por ejemplo (*El inglés de los güesos*, pág. 149); la vizcacha, frente a su seductor (“La pobre, en su temperamento ardoso y en su mentalidad primitiva le quiere y le cree ya cosa suya y por eso sufre y se irrita hasta las lágrimas al verle proceder con tanta independencia”; página 150), nos recuerda a la Negra, de *El inglés de los güesos*.

(35) *Hombres y teros* (en *De los campos porteños*, págs. 246-249).

(36) *La evasión*, pág. 78.

## LAS RAICES DEL PESIMISMO

Tarea inútil sería rehacer la senda improbable que nos llevara desde la novela de Lynch hasta las fuentes literarias del materialismo filosófico y científico de la segunda mitad del siglo XIX. En la vida misma está la fuente de amargura y no en las lecturas, en las que Lynch espigó ese manojó de lugares comunes del pesimismo que se resisten a ordenarse en sistema riguroso.

En una vida exterior de rumbo indeciso y sin salida, en la hermética historia personal, en la íntima de su familia, y en las vicisitudes declinantes de los suyos; en la conciencia de saberse miembro sobreviviente de una clase que se disgregaba lentamente, deben buscarse los móviles primeros de esa ideología donde alterna el desconcierto en lo filosófico con una enérgica y afirmativa seguridad moral.

1. — “EXISTIR ES PADECER, SOBREVIVIR ES ACOSTUMBRARSE (1).

Como alguno de sus personajes, Lynch había sumado el desconsuelo de una vida sentimental inquerida a “una buena dosis de ese escepticismo teórico que se adquiere en los libros, y un poco, quizá, de neurastenia” (2).

No es ahora nuestro objeto averiguar las razones primeras de ese pesimismo con sabor a experiencia vivida: los biógrafos futuros de Lynch reducirán esa zona oscura, que se nos dibuja claramente en lo más profundo de la imagen, cualquiera sea el punto de mira que adoptemos. Se siente en la novela de Lynch un pozo de dolor tácito, un saldo de contrastes y derrotas del afecto defraudado que ha concluído por aferrarse al amor maternal como último seguro. Detrás de esos personajes hay alguien que se aísla, como acorralado ante la adversidad, en nostalgias de la infancia.

A ese lóbrego recinto donde el sentimental o el altruista viven pagando su disconformidad con el egoísmo circundante no llegan destellos de confianza, ni puede esperarse asistencia sobrenatural: "El hombre bueno. viene a ser en la sociedad como un zorro perseguido" (3).

En la novela de Lynch hay un Dios ausente que no premia, pero que sin duda castiga; invocar su protección o mencionarlo siquiera parece atributo de debilidad: confían en la ayuda del Cielo solamente las mujeres; entre los hombres, Juan Fuentes, el puestero de "La Estaca" (*El inglés de los güesos*); el padre, atribulado por la enfermedad del hijo (*La espina de junco*, en *De los campos porteños*), o aterrado ante el huracán (*Tormentas*, *ibid.*); quizá Pantaleón Reyes. En resumen, los débiles, señalados para la derrota, y, además, Marcelo Montenegro. Más que negación de Dios, en ese mundo glacial se respira un oscuro rencor hacia un Dios que alguna vez, en ocasión decisiva, defraudó las esperanzas últimas.

Sólo quedará, pues, encerrarse en una orgullosa reserva, por una especie de pudor de los sentimientos, y convertir la mueca de dolor en una sonrisa cínica. El autor, frente a una humanidad dividida para siempre en fuertes y débiles, se unirá —ya lo sabemos— a los derrotados —a los “abúlicos, decadentes, poetas y locos”, según los califica con sarcasmo dolorido Mr. James—, y aunque adopte las formas de la objetividad, su exasperación contenida fulgura en bruscos relámpagos que desgarran el velo de superficial estoicismo.

“Contra la fuerza no se puede, ya sea bruta o inteligente, física o moral” (4), es la conclusión desalentada de uno de sus personajes. ¿Qué auxilio puede esperarse de los demás? Es tan rara la caridad, que ante un gesto de filantropía desinteresada, natural reacción será ponerse a la defensiva, como la vaca empantanada y condenada a muerte arremete contra el que quiere auxiliarla. Hay que convenir con don Panchito: un revólver es el único amigo infalible, el que no abandona nunca; aceptemos, pues, la realidad tal cual es, gratuitamente cruel, y aprovechemos la cuota diaria de dolor que nos dará fortaleza e impasibilidad —aparente—: cada nueva dosis de veneno aumentará nuestra resistencia y concluirá por inmunizarnos, frenando los impulsos afectuosos (5).

La vida de los hombres ¿no es acaso una secuela de desengaños y dolores? Los cuentos que tituló *De los campos porteños* son cuadros donde aparece casi siempre Mario, niño de poco más de un año (*La espina de junco*); engañado en su inocencia por un forajido, que se fuga

de la policía gracias a él (*Un angelito gaucho*); que duerme beatíficamente mientras la más espantosa tormenta amenaza con la violencia de sus rayos desquiciarlo todo, y tiene aterrorizados a sus padres inermes (*Tormentas*); apasionado por su díscolo potrillo "Nene", que le devuelve en fechorías su cariño (*El potrillo roano*); decepcionado profundamente al saber que la piel del gato montés que ha cazado no tiene valor alguno, y que su padre lo ha engañado al pagársela (*Un negocio en pieles*); sorprendido y desilusionado al comprobar que el potro "Mandinga", indomable y resabiado, ahoga su rebeldía en cuanto lo enganchan a un carro con otros diecinueve caballos que lo arrastrarán aunque se resista (*A la fuerza*); espectador impotente de la muerte del peoncito Cirilo, que se hace matar por un potro enfurecido para arrancarle una víctima indefensa: hazaña inútil, travesura de chico, según el comentario de las gentes (*Travesiando*); dolorido frente al cadáver del valiente y fidelísimo perro muerto de sed (*Limay*); deslumbrado por la belleza y la distinción de Regina, a quien divisa entre los torpes y sucios peones de la esquila, y que resulta, increíblemente, la mujer del más rudo y brutal de ellos y que, además, parece estar muy conforme con su condición inexplicable (*Lu esquiladora*); y, finalmente, enamorado y burlado por una niña que juega con él, y por quien pierde su potro bienamado (*La Chuña*). Ese último cuento concluye así: "Y Mario, al llorar desconsoladamente sobre los tristes despojos de su primera ilusión de amor y de su primer caballo, no advierte que yace allí, a sus pies también, otro despojo digno de ser

llorado: el cadáver de su niñez, a la que acaba de matar su adolescencia" (6).

La historia de Mario es la de la niñez placentera. Es hijo de estancieros, y velarán por él la providencia y el cariño de la madre, que le economizará sufrimientos. Lynch considera que esa protección maternal perjudicará finalmente al hombre: a Pantaleón Reyes, "mozo tambero y regalón", le faltó la escuela necesaria del dolor donde han aprendido precozmente la lección de la vida "Calistro Güeyo", Santos Telmo, "Vitoriano Oros", y muchos otros. El paisano anónimo autor de *El romance de un gaucho*, al comentar la dureza injusta de la patrona Doña Cruz con Serapio, finaliza sentenciosamente: "Ansina nomás les sabe suceder a estos pioncitos cuando encomienzan a pelear con la vida... Después no quieren que cuando sean mozos, en ocasiones, tengan el corazón más duro que la piedra" (7).

*Vivir a la defensiva será, pues, la consigna segura para aquellos que conserven cierto caudal de bondad, como saldo de inclinaciones altruistas originarias. Lo perderán poco a poco, adaptándose al ambiente social; si lo defienden y conservan oculto, serán las víctimas del egoísmo y de la ferocidad de los demás.*

## 2. — "EL ESCEPTICISMO TEORICO QUE SE ADQUIERE EN LOS LIBROS" (8).

Eso le había enseñado la vida sobre el destino inmediato de los hombres. ¿Qué podían darle la filosofía y la literatura inmediatas, sino la confirmación en su desesperanza? No puede sorprendernos, por ejemplo, que a

Lynch le pareciera arbitraria e imprevisible la actividad de la naturaleza frente al hombre, sin un sentido último que pudiera alcanzarse: el transformismo había decidido que el azar y la indiferencia natural presiden la “lucha por la vida” en la historia de las especies, noción científica que había pasado de la ciencia a la filosofía, y que informaba a fines de siglo la estética del naturalismo literario.

Nuestro escritor sabe que en el individuo sobrevive un sedimento egoísta, y lo sabe por experiencia, pero el recuerdo de la madre le obliga a admitir, además, una sombra de tendencias altruistas, también iniciales y casi extinguidas, en lucha con las egoístas. Esa era la opinión del evolucionismo filosófico, que, aunque partía de las inclinaciones egoístas como primeras, las equilibraba en seguida con otras, desinteresadas y adquiridas, y las consideraba a unas y otras necesarias y fecundas: forma de altruismo inconsciente era para Spencer la crianza de los hijos<sup>(9)</sup>, lo mismo que el amor de madre para Lynch.

Pero la más curiosa divergencia entre las convicciones vividas de nuestro novelista y las del pensamiento materialista de fines del siglo XIX se advierte en cuanto se refiere a las relaciones del individuo con la sociedad. Según esa filosofía, la necesidad de convivir para defenderse, para sobrevivir y para multiplicarse determinó al hombre a adoptar normas de abnegación, aceptando instituciones como la familia, la religión y la propiedad; modificaba con ellas su índole antigua, gracias a nuevas prácticas que ejercieron un influjo moderador y beneficioso, y le sacaron del aislamiento en que vivía, redu-

cido a la satisfacción de sus necesidades, sin noción del deber.

El autor, en su perspectiva sentimental y de moralista rencoroso, estima torvamente las consecuencias de la vida en sociedad: para él, ya se ha visto, el desinterés y la abnegación son incompatibles con la vida social, y por lo mismo, signos de inadaptación y soledad, porque lo que condena, en lo íntimo, es una forma de sociedad inmediata que detesta, que lo entristece y lo exaspera. Es la vida que le desordena las teorías y se las vuelve incongruentes.

### 3. — EL ORDEN MORAL ENTREVISTO.

Por singular inconsecuencia, no derivan de ese apartamiento individualista y antisocial rebeldías anárquicas, porque la reclusión airada del sentimental se armoniza inesperadamente con supuestos conservadores y tradicionalistas. En la novela de Lynch es la familia el mundo de los únicos afectos indudables, y la familia, concebida a la romana, se erige fundada en la autoridad inapelable de los mayores; hay en ella un respeto arraigado por la propiedad de la tierra que se ha recibido, apoyo y sostén del núcleo familiar; y se siente que es vigorosa y eficaz la conciencia de clase, el orgullo de pertenecer desde la cuna a las capas sociales superiores.

Nuevamente, nos salen al paso convicciones y seguridades en las que el sentimental aparece desmentido, o difícil de conciliar con un realista cruel y a veces un poco cínico. Había razones personales para que el novelista expresase esa dualidad. Lynch se había hecho hom-

ore en una capital de provincia, en una sociedad poco numerosa de sobrevivientes de las familias antiguas, "fundadoras", donde la transformación que provoca la llegada intempestiva de gentes e ideas nuevas trastorna el cuadro de las clases sociales de modo más evidente que en la gran capital. En la realidad próxima de esos años vio socavarse la firmeza del edificio de sus principios: entre el campo, que habían poseído sus antepasados, y la ciudad actual, que asistía a la desintegración paulatina del bloque de la aristocracia originariamente terrateniente, la elección era fácil. Desvanecidos recuerdos de la prosperidad familiar en la estancia se le iluminaron al comprobar con disgusto que se mudaba el cuadro social —y político— inmediato, de donde no podía salir, por gusto y por hábitos. Por eso imaginó, al volverse a la vida rudimentaria y sincera de las estancias, una estructura social que es al mismo tiempo un orden moral más apetecible, más duradero y menos flúido; en sus novelas pudo cumplir el milagro de detener el curso del tiempo, desterrando de ellas cualquier amago de cambio y rehaciendo lo destruído e irrecuperable.

¡Cómo debía complacerle en sus preferencias autoritarias el espectáculo de esa población campera suya, imaginada por él, y que él podía organizar según normas propias, olvidadas por la anárquica amoralidad de las ciudades!

Las exigencias de la lucha con el medio imponen allí una disciplina rígida, fundada en una jerarquía necesaria que no se puede discutir porque refleja un orden natural con leyes propias: tan peligroso e ineficaz sería

innovar en ello como mudar los usos y prácticas del trabajo rural <sup>(10)</sup>. Esa sólida armazón social se conformaba con las aspiraciones vencidas del novelista: allí, donde se conservan respetuosamente las distancias entre las clases que los hombres reciben formadas, parece decirnos, serán impotentes la habilidad, la inteligencia y la astucia de los recién llegados que en la vida de las ciudades se encaraman por sorpresa, a fuerza de audacia, desentendiéndose de las categorías del nacimiento <sup>(11)</sup>.

Para que ese orden moral de la campaña se respete no serán necesarias las fuerzas que la sociedad ha creado. Las instituciones de la vida civilizada no se mentarán por ineficaces <sup>(12)</sup> o se presentarán desmedradas. Como caso aislado, en breves episodios, llega a admitirse que alcanzan también al campo los efluvios corruptores de la política urbana: los hermanos Rozales, por ejemplo, amparan por algunos meses sus delitos —cuatrерismo, haraganería, desorden, bravuconería— en la privanza con la autoridad, pero resultarán inmediatamente castigados por la acción del ambiente que los rechaza como extraños <sup>(13)</sup>; para que se haga justicia serán suficientes las reservas morales de esa sociedad del campo: la policía, cuando aparezca fugazmente, se verá como ridícula e impotente <sup>(14)</sup>.

Allí nadie puede burlar —sin grave daño— la ley biológica del trabajo necesario, que arrincona y destruye al ocioso <sup>(15)</sup>. Se pondrán en boca de los estancieros, pero son del autor, los anatemas repetidos contra la desidia y la negligencia de los paisanos, y es de Lynch el des-

precio que todos profesan por el holgazán inofensivo, menos tolerable que el vicioso o el mujeriego (16).

Otra vez advertimos cómo resultarían insuficientes las ideas estéticas del naturalismo y del realismo literario que sin duda profesaba Lynch para explicar esa robustez moral que trasciende de su mundo novelesco. Porque, de acuerdo con esas doctrinas, el vicio se habría explicado y justificado como desarreglo orgánico que sólo a la herencia puede imputarse. En la novela de Lynch se juzgan duramente el vicio y la holgazanería, como tachas que deslustran el mundo laborioso y ordenado de la estancia —ideal— entrevista desde lejos, desde un lugar lamentable donde esas normas no rigen.

*Al diseñar con tan firmes rasgos la ajustada estructura moral de la estancia, el pesimista sentimental se compensa con el moralista, con el conservador nostálgico, enfrentado con la inseguridad contemporánea, y asume muy veladamente la representación de una clase social gravemente alarmada con la aparición de fuerzas heterogéneas, flamantes y sin arraigo en la tierra, que se sobreponen a las que dominaban hasta entonces, y luchan por arrebatárles la dirección.*

(1) La frase es de Félix Le Dantec (1869-1917). No porque Lynch hubiera leído seguramente sus libros, sino porque en ellos se popularizó la sociología biológica y transformista, vale la pena recorrer algunos, muy leídos entonces. *L'egoïsme seule base de toute société* (París, 1911) lleva como subtítulo *Étude des déformations résultant de la vie en comun*, y como epígrafe: *Si l'egoïsme est la base de notre édifice social, l'hypocrisie en est la clef de la voûte*. Se propone demostrar que “la ley biológica del egoísmo condujo fatalmente al hombre a adquirir, bajo la influencia de la vida social, las nociones metafísicas y morales de que está tan orgulloso que se cree de esencia superior a los demás animales”, y afirma que los utopistas ciegos pueden creer que las cualidades morales son fundamentales en el hombre y que el egoísmo es una desviación de la naturaleza primitiva: las cualidades individuales —egoísmo y ferocidad— luchan siempre eficazmente contra los sentimientos de altruismo, generosidad y abnegación que predicán la religión y la moral, y que no son sino deformaciones del individuo que la sociedad creó y transmite por herencia o por tradición.

(2) *Las mal calladas*, V, pág. 71.

(3) *La cola del zorro*, en *La evasión*, pág. 85. “El mundo —le dice Don Panchito a la maestra— está lleno de pillos y de sonsos y de traidores, y los pocos que hay como usted y como yo, que no somos ni lo uno ni lo otro, tenemos que cuidarnos mucho.” (*Los caranchos de “La Florida”*, XIX, pág. 210.)

(4) *El antojo de la patrona*, págs. 17-18.

(5) En *El inglés de los güesos*, por ejemplo, califica con dureza las lágrimas de Santos Telmo como “el tributo inútil de la humana miseria, la vibración absurda del instinto en la hora de los desamparos absolutos” (XII, pág. 114). Pero en *El romance de un gaucho* merecerán mayor piedad las efusiones sentimentales de Pantaleón Reyes.

(6) En *De los campos porteños*, pág. 197.

(7) *Op. cit.*, pág. 206.

(8) *Las mal calladas*, V, pág. 71.

(9) Spencer, *La morale évolutioniste*, 3ª ed., París, 1885: en los capítulos XI y X (*L'egoïsme opposé à l'altruisme*, y *L'altruisme opposé à l'egoïsme*) se concilian las tendencias utilitarias con las desinteresadas, y se prueba que hay una dependencia recíproca entre ellas.

(10) Muy a disgusto se sienten los estancieros acomodados cuando un peón, Ferreyra, se sienta en la mesa de juego, como igual a ellos: “Le hacían o le acetaban las paradas, es cierto, pero como

obligaos y hasta con desgano y hasta el mismo don Santos, tan gaucho y tan campechano, se había puesto serio y jugaba que parecía otro hombre... Quizá fuera nomás porque Ferreyra no era sino un pobre piñón en medio de todos aquellos estancieros... ¡Vaya uno a saber!...” (*El romance de un gaucho*, X, pág. 92.)

(11) En el Dr. Rioja, de *Las mal llamadas*, encarnó Lynch al arribista audaz que a fuerza de inteligencia, audacia y astucia, casándose con una niña de familia distinguida, consigue hacer olvidar su nacimiento ilegítimo, y en su conducta de libertino con las demás mujeres parece que se vengara de su inferioridad originaria (V, páginas 108-132, y VII, págs. 137-151).

(12) Recuérdese la desesperanzada relación de la maestra rural, y sus esfuerzos impotentes para cumplir su tarea, ante la indiferencia de las gentes (*Los caranchos de “La Florida”*, XVIII, pág. 205).

(13) “Güeno, y de esta epidemia 'e plata que sufrían, salió aquello 'e la cerdiada 'e las yeguas mestizas de don Venero, que los tuvo medio mal, y salieron también otra punta 'e cosas sucias, *que si se taparon jué porque “el Zaino” andaba de amigo en cuistiones de política con los que mandaban en el pueblo... ¡Ah, ah! El lío se sabía armar cuando los Rozales o los de su gavilla le cortaban de noche sus alambrados y le cuatreaban algo a algún ricacho, hombre de poder hablar juerte —pongamos por caso el mismo don Venero Aguirre— pero cuando les daba por endierezar pa las vaquitas o las ovejitas de algún pobre, ya podía el danifícao gritar como la gaviota todito el día... Iban y venían el comesario y el oficial tomando relaciones y haciendo galopiar al ñudo a los milicos, y al final del cuento el reclamante tenía que dirse, muy calladito no más, pa no ligar entoavía algún talerazo, que pa eso los hermanos eran como mandaos hacer de ligeros, y toda la tragedia aquella terminaba en una gran fiesta y jugada, a la que caiban los primeros el comesario y el juez de paz y cuantos habían venido al principio pa que se hiciera justicia...” (*El romance de un gaucho*, XXIV, págs. 210-211, y LI, pág. 461.)*

(14) *Un angelito gaucho*, en *De los campos porteños*, págs. 21-39.

(15) Recuérdese el comentario escandalizado del autor de *El romance de un gaucho*, ante la indolencia de Pantaleón, que abandona el cuidado de su estancia: “Si algún animal se moría, pongamos por caso, con el cuero se pudría casi a la vista 'e todo el mundo...”; “... por más de un mes, en la Rinconada 'e los Álamos, estuvo todo un tiro de alambrado en el suelo, sin que hubiese, al parecer, manos ni pies para levantarlo” (IX, pág. 73). Es también la holgazanería la nota dominante en la crítica que se hace a los hermanos Rozales: “Allí naidés trabajaba, allí naidés atendía a otra cosa que a pasarlo bien y a divertirse, de suerte que los bienes

que dejó el viejito se iban respadamando a los cuatro vientos como majada que atropellan los cimarrones. Además, y como si la mala cabeza y los vicios de los tres hermanos no hubieran sido bastantes pa acabar con todo aquello, áhi estaban los amigos, los forasteros y los agregaos de todas layas... como los perros de los indios alrededor de los jogones. ¡Ah, ah! y pa pior habían mujeres también, mujeres haraganas, inservibles, incapaces de agarrar un áuja o de lavar unos trapitos... Señoronas de esas de puro lujo no más, de painarse en el espejo, ponerse moños y pegarle a la singüeso todito el día..." (*Id.*, XXIV, pág. 209.)

(16) Todos aborrecen a Pantaleón, "el ñeto de la médica" por holgazán y glotón, y "le perdonarían que fuera borracho, ladrón o pependenciero" (*El inglés de los güesos*, XXV, pág. 231).



## LA EXPRESION LITERARIA

Tratando de interpretar la apariencia, hemos buscado el camino que pudo llevar al novelista a concebir la población de la estancia a modo de comarca autónoma y segura que a los personajes sirva de apoyo eventual contra las asechanzas de la naturaleza enemiga, y en la que el autor encuentra, además, consuelo y compensación ante la mudanza que siente triunfar a su alrededor.

Los elementos de la naturaleza asedian al hombre de campo que lucha con ellos, como la sociedad urbana amenaza sordamente al novelista y le obliga a consentir ante una existencia de compromiso, forzada, y cada vez menos grata. La concepción literaria se corresponde nítidamente con los términos de un conflicto vital, insoluble, por lo que parece, y frente al cual el autor no halló otra redención que la literatura.

Buscaremos ahora las correspondencias de esa forma interior, de origen sentimental, y fundada en vivencias, con la forma exterior que el autor elige por razones intelectuales y sociales, y se manifiesta en modos de expresión también correlativos.

## 1. — LA CORTEZA EXTERIOR: ENTRE ` MODERNISTA Y REALISTA.

Las lecturas predilectas de Lynch —las que flotan en la superficie de sus obras mayores— debían de ser las que le atribuye a Marcelo Montenegro, que hubiera querido parecerse a D'Annunzio, se sabía de memoria versos de Valle Inclán y, seguramente, había compuesto su drama “Las fieras blancas” [¿las mujeres crueles y feroces?], según el modelo de las de Henri Bernstein a la moda en los primeros años del siglo (1). Tampoco es improbable que Paul Bourget le proporcionara la expresión del escepticismo elegante de su tiempo, que le interesaran los novelistas rusos, y no hay duda que satisfacía sus gustos de señor deportista y cazador con numerosos relatos de viajeros (2).

No era Lynch lector ávido de lo nuevo, y hasta parece que hubiera profesado grandes prevenciones misoneístas. Valga como manifestación explícita la que puso como final a la parábola *El niño y la alubia*, escrita en su madurez: “Hombres nuevos: cuando os dispongáis a sembrar la semilla promisoras de vuestra primera obra de arte, de ciencia, de administración o de gobierno, no os lancéis ciegamente a despejar el terreno en torno. Si sembráis un buen árbol, ya se abrirá camino entre los otros, y si sembráis una alubia. ¿Para qué el esfuerzo y el daño?” (3).

Por eso, en su cultura literaria entraban también y quedaron como recuerdo ciertos entusiasmos juveniles que dejaron huella clara en su primera obra, escrita cuando leía fervorosamente las novelas naturalistas de Zola: *La*

*débacle, Lourdes, París, Roma, El trabajo, Naná, La tierra, Fecundidad y El doctor Pascal* se elogian en *Plata dorada* como libros menos perniciosos para la juventud que *Los tres mosqueteros* (4).

Tales preferencias servirán para explicarnos algunos móviles en el proceso de composición, y casi todos los rasgos exteriores de su obra. Son los que, probablemente, coinciden con la imagen del hombre que conocieron sus contemporáneos. Otras actitudes más profundas y de signo contrario nos han dado el espectro íntimo, que es la clave complementaria.

En el primer cuarto del siglo XX, cuando nuestro novelista surge a la vida literaria, impregnaban todavía el ambiente los perfumes del modernismo, que se apagaba. Y Lynch profesó también las doctrinas modernistas, aunque de manera muy particular y exclusiva.

Porque se satisface en la contemplación de las figuras que crea y de los conflictos que imagina, y porque se coloca en la posición de un espectador interesado estéticamente por el cuadro que compone y contempla, es “modernista”, y lo es, además, porque le atraen invenciblemente las luchas por el predominio entre individualidades fuertes —sensitivas o voluntariosas—, que ignoran móviles trascendentes; porque se impone preceptos artísticos muy deliberados, y los observa cuidadosamente, tratando siempre de evitar las formas habituales en su tiempo.

Al proponerse como tema el campo, él, hombre de ciudad, procede obedeciendo a razones por las que ciertos “modernistas” acudían a la antigüedad o a lo exótico,

para no aludir a lo inmediato, vulgar o prosaico, y para velar cualquier desahogo sentimental. Lynch se volvía al campo voluntariamente, buscando el aire puro y el cielo abierto que lo desquitaran de la atmósfera turbadora de esos libros que admiraba como a pesar suyo —la de su imprescindible vida urbana: esas visiones campestres eran como ráfagas de la frescura y de la ingenuidad feliz de la niñez lejana.

Se acogió, como los escritores realistas, a esa vida humilde y verdadera de la estancia, a pesar de juzgarla desvalorizada y vulgar, en manos de la literatura “nativista”: había disgusto y nostalgia desesperanzada en esa decisión, porque sacrificaba con ella gustos invencibles. Gracias a esa motivación apasionada, las imágenes se enriquecen y cobran nuevo sentido, porque el autor se esfuerza en mostrar que no es la suya una adhesión sin salvedades y las marca con trazos muy notables que no apagan el significado patético: sin esa íntima carga de pasión, sus relatos camperos hubieran sido, con las experiencias de Marcelo Montenegro, sólo artificios fríos y reflexivos.

Quería ocultar las razones sentimentales de su huida literaria de la sociedad urbana, y para ello apeló a los procedimientos de la narración realista, objetiva e impersonal, templando el calor de sus recuerdos con toques adversos y exactos, y ahogando cualquier vestigio de ternura en sus memorias con el pensar crítico del hombre maduro. Por eso hay que ahondar hasta la raíz para reconocer los juegos afectivos y autobiográficos que nutren esa fronda espinosa, sin colores ni frutos placenteros.

Hemos visto ya cómo son sus convicciones sentimentales las que señalan las líneas fundamentales de su obra novelesca, en cuanto a selección de temas. Ningún precepto de origen literario hubiera podido impedirle acallar esa necesidad de defender sus pasiones, aunque infructuosamente tratara de censurarlas estéticamente. En cambio, debía rechazar razonadamente la concepción romántica en sus proyecciones políticas, por inexactas y vulgares.

Así, obedeciendo a ese desdén, Lynch pone de manifiesto la falsa idealización del romanticismo gauchesco que había exaltado el individualismo, el desarraigo y la vida errante, la rebeldía y el amor a la libertad en nombre de la justicia. En nuestro autor, el adjetivo *romántico* tiene claro matiz despectivo (5). Y las doctrinas románticas se fundan en una deformación tendenciosa de la realidad del campo, son peligrosas, y hay que denunciar sus errores.

Por ejemplo, el dilema inevitable: *civilización y barbarie*. A sus novelas primeras llega todavía algún eco de la batalla que el romanticismo había encarnado en la ciudad ilustrada y la campaña bárbara. La maestra rural de "La Clara" —"avanzada suprema de la civilización en el campo de la barbarie", según el autor— prosigue desalentada su tarea, sin grandes esperanzas de triunfar de la indiferencia de los "paisanos guarangos", y olvidada por quienes debían auxiliarla (6). Prosigue su lucha sin fe en el triunfo, por inercia, y la abandonaría, por inútil si pudiera.

Lynch enmendará después los términos de la alternativa romántica, descubriéndonos su conclusión decepcionada, y nos probará que, cuando la ciudad sea la vencedora, ha de imponerse con ella la barbarie instruída del hombre a quien el saber de los libros no le ha dado la cultura de los sentimientos: la “depravación ciudadana” de don Panchito, la “perversidad” de Marcelo Montenegro, el “egoísmo” del “hombre de ambición, hombre de marcha de la humanidad” (Mr. James). ¿Valdrá la pena, entonces, decidir? ¿No será preferible reducirse a anotar las victorias de los unos y de los otros, y contarlas sin espejismos idealizadores, sin renunciar a la civilización de las ciudades, pero profesándola, de cualquier modo, lúcidamente, como crueldad inevitable, según la doctrina realista de los hechos consumados, y cuidando de no caer en lo que Maupassant llamaba “la manía romántica de distribuir responsabilidades”?

Y así como corrige ese lugar común ilustre, busca minuciosamente señalar su disentimiento con las demás convenciones embellecedoras de la realidad natural y moral del campo, porque estima la precisión expresiva como esencial virtud literaria, y la objetividad como suprema garantía de buen gusto.

## 2. — LOS RECURSOS DE LA OBJETIVIDAD.

El mismo propósito de lograr una visión unitaria y concentrada que el autor persigue al reducir el campo geográfico a una visión limitada, a un islote de luz en la campaña de Buenos Aires, al que se vuelve siempre como

recuerdo obcecado, y el paisaje a cuadros repetidos y coincidentes, se busca por otros caminos.

Detrás de los personajes individuales se adivinan las categorías pensadas, con atributos que son siempre idénticos. Cada uno de esos tipos fundamentales —estanciero, capataz, peón, cocinera, gaucho, curandera, loco, madre, esposa, muchacha, enamorada, niños, animales— se dibuja varias veces, con leves diferencias. Se repiten los nombres, y algunos personajes conocidos reaparecen en varias novelas (7). En lugar, aspecto y caracteres se tratan como datos casi invariables de un problema que es siempre el mismo, y cuyas soluciones no pueden ser muy variadas. En *El romance de un gaucho*, la última de sus novelas, Lynch hizo un esfuerzo por salir de esa espiral que limitaba cada vez más sus perspectivas, y no lo consiguió, aunque sustituyera la lengua culta por el hablar de los paisanos. ¿Podría renunciar del todo a su condición de hombre de ciudad, y darnos una narración “escrita, pensada y sentida por un gaucho”? Lo intentó, para callar después, tal vez porque comprendiera que no era ésa su voz auténtica.

Entretejía recuerdos suyos, muy lejanos, minuciosos y precisos, de los que apartaba toda idea de cambio, como ensayo peligroso. No hay en su novela referencias a la fecha cierta de los sucesos que se narran, salvo algunas, muy rápidas, que, sumadas, nos convencen de que el evocado es realmente el campo en los veinte últimos años del siglo pasado, el de la infancia del novelista, aunque la psicología de los personajes parece más moderna (8).

Ese carácter de reminiscencia puntual, asociada a algún período decisivo, punzante, en la vida del autor, se traslada al relato, apresurando el desenlace de los conflictos, que tienden a resolverse en períodos breves y bien marcados de tiempo. La atroz historia de los dueños de “La Florida”, angustiosamente comprimida, ocurre en ocho días sofocantes de noviembre; y si Mr. James pasa poco menos de un año en “La Estancia Grande”, el proceso de sus amores, desde la reconciliación con “La Negra” hasta la partida (cap. VIII-XXXII) se opera en cuatro meses, desde los primeros días de la primavera hasta el 25 de enero (pág. 166), y los sucesos de los días finales a partir de la llegada de la carta a Mr. James, se dilatan en tal forma que representan, en extensión, la mitad de la obra (cap. XVII-XXXII). No más de cuatro días bastan para que el falso “Calistro Güeyo” asedie y venza la fortaleza de los prejuicios de Raquela; y aunque parezca mayor el plazo de los amores de Pantaleón Reyes por el modo prolijo de narrar, todo sucede en algo más de un año.

La acción se presenta sin prólogo que ilumine la vida anterior de los personajes, como un corte que se practica en el fluir de los recuerdos. Cada cual surge a tomar su lugar en la novela, sin historia, y a veces sin que se nos diga su nombre: por casualidad, y muy avanzada la lectura, nos enteramos de que el padre de “La Negra” se llama Juan Fuentes, sólo porque lo dicen las vecinas envidiosas del puesto inmediato, que en su perfidia lo apodan “el engaño”. El desenlace es también concluyente —salvo en *Raquela*, y quizá, en *Palo Verde*—: el

autor nos ha habituado a creer solamente en lo que ocurre ante nosotros, y no nos sentimos autorizados a conjeturar la suerte ulterior de esas criaturas cuya existencia se desvanece sin esperanzas con la última página del libro.

Parece que un tácito precepto de economía, casi dramático, previniera la dispersión de la materia novelesca, condensándola. Ese "trozo de vida" se compone yuxtaponiendo escenas que significan por sí solas: lo que en ellas callan los personajes habrá que adivinarlo por su conducta, y muchas veces quedará meramente sugerido o definitivamente oscuro. El relato se demora complacientemente en diálogos que el novelista amplifica, para que de ellos surja el curso de la narración. Lynch se sentía más a gusto oyendo hablar a sus personajes, y eludía definirlos y comentar la acción: algunos cuentos suyos se presentan como escenas dramáticas con un breve prólogo, y a veces sin él: *Un angelito gaucho*, *Tormentas*, *El sacrificio de Blas*, *Hombres y teros*, *Caritas*, y *El casao casa quiere*, entre otros. Lo que a lo sumo puede saberse de los personajes es cómo se comportan y qué dicen. De sus motivaciones, de sus sentimientos escondidos, sólo se apuntan las manifestaciones exteriores, y a veces, algunas hipótesis muy dubitativas.

Es un mundo de meras apariencias que el novelista renuncia a iluminar por dentro, como si no fuera obra suya: el lector es quien debe interpretar su sentido, puesto que se supone que es también espectador.

El autor no juzga la acción —salvo que la impaciencia venza sus escrúpulos literarios—; cuenta o describe, renunciando a darnos explicaciones como si no las tuviera.

ra, y quedándose con la única certidumbre posible, la de los hechos. Era ésa la técnica que la literatura del siglo XIX practicaba para la observación, y que imitaba el método experimental de las ciencias de la naturaleza; pero es también esta actitud narrativa de pura objetividad la más adecuada para el tímido, inseguro o hueraño, cuando habla de lo suyo, porque le permite recatarse, como un observador imposible de identificar, escondido entre los personajes que crea.

Esa concepción del relato, difícil de sostener en acciones demasiado prolongadas o complejas, y casi impracticable en el análisis de conflictos interiores, se prueba más claramente en *Los caranchos de "La Florida"* que en *El inglés de los güesos*, donde el novelista no reprime la indignación por el final que ocurrirá después de un proceso psicológico que debe analizar; y en los cuentos, con la mayor perfección, sobre todo en *El antojo de la patrona* y en *Palo Verde*: nunca, antes ni después de componer esas amargas e intensas narraciones, logró Lynch adecuar tan exactamente lo imaginado a las limitaciones de su preceptiva novelesca. No puede afirmarse que acertara la única vez que con *El romance de un gaucho* se apartó de todas las normas que se había trazado, y tratando de probar su flexibilidad, imaginó una novela discursiva de acción más abundante y diluída, y personajes más numerosos, en todo diversa de las anteriores.

La materia que manejaba no era diferente para el novelista. Ingrediente esencial era en ella un fragmento de su vida pasada al que se adhería para poner en salvo, recordándolo, afectos y convicciones desvirtuados en una

existencia actual, insatisfactoria. Por eso se le imponía inexcusablemente acudir a los recursos de la narración objetiva para borrar la huella de lo autobiográfico y para atenuar las opiniones imperiosas. En la armonía difícil entre esa pasión que apenas puede callarse, y la preocupación de alcanzar imparcialidad realista radica la peculiaridad literaria de Lynch; buscó afanosamente la fórmula de equilibrio, pero la presión de lo que no podía dejar de decir y las reticencias necesarias trabaron cada vez con mayor fuerza la imaginación del novelista, le impusieron doctrinas de exigencia creciente, pero se tradujeron en una visión concentrada y densa, y en modos de expresión de rara propiedad y exactitud.

(1) *Raquela*, págs. 55, 63.

(2) *El romance de un gaucho*, introducción, y *Las mal calladas*, pág. 91. Son escasas y muy heterogéneas las citas literarias restantes: Balzac (*Physiologie du mariage*), Nicolás Fernández de Moratín, y Campoamor. Sobre sus lecturas de novelas rusas, Torres Rioseco transmite una confesión personal del autor (*Grandes novelistas...*, pág. 115).

(3) *El niño y la alubia*, *Leoplán*, año III, núm. 50, 9 de diciembre de 1936, pág. 41.

(4) *Plata dorada*, pág. 160. Torres Rioseco refiere que el autor le mencionaba entre los novelistas franceses que habían influido en su obra a Zola y a Daudet (*Grandes novelistas...*, pág. 115).

(5) *Los caranchos de "La Florida"*.

(6) *Los caranchos de "La Florida"*, XVIII, pág. 201.

(7) Algunos nombres de personajes reaparecen en obras distintas, confundidos entre las sombras del fondo. ¿Quería remedar con esa insistencia la pobre onomástica gauchesca? *Palo Verde*, encargado de "La Colorada", se llama Sergio Aguilera, como el capataz en *La esquiladora*; Cosme Aguilera tiene el mismo cargo en "La estancia" en el cuento titulado *El redomón* (*Leoplán*, 25 de diciembre de 1935, año II, núm. 25, págs. 12-14). Pacomio Ayala, el maligno padrino de Pantaleón Reyes (*El romance de un gaucho*) recuerda a Pacomia de la Cruz y Ayala, la puestera de "La Estancia Grande" (*El inglés de los güesos*), y Fuentes es el apellido de la familia de la Negra en la última novela; el mismo de Julia, uno de los protagonistas de *El romance de un gaucho*. Hasta aquí sólo se repiten nombres: en otros casos son idénticas las criaturas. *Filomena*, la mujer que vive amancebada con Eduardito en *El Cardón* (*Los caranchos de "La Florida"*) puede ser la muchacha casquivana aludida rápidamente en *El inglés de los güesos*, luego, con más detalles en *El romance de un gaucho* (VI, págs. 48-49, y XXX, pág. 268), y finalmente, la *Filomela*, paisana enamorada y olvidada por Alejo en uno de los últimos cuentos (*El que le gustaba a la señorita*, *La Nación*, 1º de enero de 1940), donde vuelve a figurar *Don Martín*, el vasco alambrador, que conocimos en *Palo Verde*. Si, como parece, *El que le gustaba a la señorita*, es uno de los capítulos de una novela inédita, allí repetiría Lynch el planteo de *Raquela*, hasta repitiendo nombres: uno de los personajes, *Marcelo Monegal* (conf. *Marcelo Montenegro*, en *Raquela*), "vivió su niñez en el campo, tiene fortuna, es un universitario fracasado, y como se califica él mismo *un enfermo de ciudad*. Esto se ve de lejos en su cara siempre crispada por un amargo gesto y en la irritabilidad de su carácter". En el texto reaparecen estancias de nombre conocido: "*La*

*Indiana* (*El inglés de los güesos*), "*La Clara*", (*Los caranchos de "La Florida"*), y "*La Colorada*" (*Palo Verde*). El amor de Patricia y Marcelo es otra vez un conflicto del orgullo inflexible, como en *La evasión*. En *La gloria del malacara* (*Leoplán*, 22 de enero de 1936, año III, núm. 27, págs. 58-61) interviene "el gallego Isidro", peón de la "Estancia Grande", como en *El inglés de los güesos*. Sandalio Cuevas —¿el de *Los caranchos de "La Florida"*?— resurge con la cocinera Gregoria y don Pedrín en el cuento *¡Eso es "triató"!* (*Leoplán*, 27 de noviembre de 1935, año II, núm. 23, págs. 62-64).

(8) En *El romance de un gaucho*, que se presenta como memoria retrospectiva, se anota como gran novedad que don Venero Aguirre ha instalado un molino, para sustituir a los jagüeles, tantas veces mentados en esa y en las restantes novelas de Lynch. El ferrocarril se nombra en *La espina de junco* (*De los campos porteños*, pág. 102), pero en *El inglés de los güesos* se habla del "mayoral de galera", y de la "diligencia" como medio de transporte (cap. XI, pág. 106).



**BIBLIOGRAFÍA DE BENITO LYNCH**

por

**ALBERTINA SONOL**



Expreso mi agradecimiento a cuantos cooperaron con el aporte de datos o indicaciones para el mejor logro de la tarea: a los profesores Julio Caillet-Bois y Juan Carlos Ghiano, Noël H. Sbarra, Roberto Salama, Alcides Degiuseppe, Amelia Sánchez Garrido, María Concepción Garat, Nelva Zingoni; señores Manuel Gálvez, Manuel Trigo Viera y señoritas Cora Ríos, Angélica Tórtola y Graciela Bañuelos.

Agradezco especialmente a los deudos de Benito Lynch que tan gentilmente pusieron a mi disposición, para su consulta, el material que tienen bajo su custodia.



## I. — NOVELAS Y CUENTOS PUBLICADOS EN LIBROS Y FOLLETOS

- a) ediciones
- b) publicaciones en revistas y periódicos
- c) cuentos y fragmentos de novelas incluidos en antologías
- d) traducciones
- e) interpretación gráfica

### 1. — PLATA DORADA.

- a) Buenos Aires, Casa editora e impresora M. Rodríguez Giles, 1909, 382 págs., 19,5 cm.  
Ejemplares:  
La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.
- b) En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 29 de abril, III, 34, págs. 137-192, con breve noticia sobre el autor y su obra.
- c) En Lynch, Benito: *Antología escolar*, 1936, *Esthercita sale sola*, págs. 9-16. [Ver V - Antologías; a]

Sobre *Plata Dorada* véanse: Arrieta, Rafael Alberto: *El Día*, La Plata, 1909, 25 de junio, pág. 2. — Della Costa, Pablo (h.): *El Día*, La Plata, 1909, 18 de junio, pág. 2. — Cócáro, Nicolás: *Clarín*, Buenos Aires, 1955, 3 de julio. — Llanos, Julio: *El Día*, La Plata, 1909, 23 de agosto. — Rivarola, E. E.: *El Día*, La Plata, 1909, 20 de junio, pág. 2. — Terrón, Alicia: *La Nación*, Buenos Aires, 1959, 8 de marzo. — Tiberio, Oscar: *El Día*, La Plata, 1909, 5 de julio, págs. 1-2.

## 2. — LOS CARANCHOS DE “LA FLORIDA”.

a) (Romance campero). Buenos Aires, Biblioteca de “La Nación”, 1916, 301 págs., 16 cm. (691).

Ejemplares:

Buenos Aires, Biblioteca de “La Nación”.

Buenos Aires, Biblioteca de “La Nación”, 1917.

Citada por Arturo Torres Rioseco, *Novelistas contemporáneos de América*, 1939, pág. 209.

Buenos Aires, Editorial Patria, 1920. (Biblioteca de Novelistas Americanos, I.)

Citada por Arturo Torres Rioseco, *Novelistas contemporáneos de América*, 1939, pág. 209.

[4ª edición]. Buenos Aires, Editorial Ibérica, 1926, 220 págs., con ilustr. de [Alejandro] Sirio, 19 cm.

De esta edición se hicieron 3.000 ejemplares en papel pluma Vergé y 25 ejemplares de lujo numerados del 01 al 25.

Ejemplares:

Buenos Aires. Nacional. 170.199. — Filosofía y Letras. 104-5-30. — La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

Madrid, Espasa-Calpe, 1931.

Citada por Arturo Torres Rioseco, *Novelistas contemporáneos de América*, 1939, pág. 209.

3ª edición. [Madrid], Espasa-Calpe, 1936, 276 págs., 18 cm. (Colección Contemporánea).

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Dep. Lc. 7998. — Particular de los herederos de Benito Lynch.

[Breve nota sobre el autor en la que se transcriben juicios de Cejador y Manuel Gálvez.] Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina [s. a.], 187 págs., 18 cm. (Colección Austral, N° 50).

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1938, 187 págs., 15 cm. (Colección Austral, N° 50).

Ejemplares:

Buenos Aires. Nacional. 231.894. — La Plata. Universidad.  
Lc. 4597 a.

4ª edición. Buenos Aires, Ediciones Troquel, 1958, 220  
págs., 19,5 cm.

Santiago de Chile, Prometeo.

A esta edición, que no conocemos, se refiere la misma  
editorial en su publicación de *Palo verde* y *El antojo de  
la patrona*.

- b) En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 23 de junio, IV, 64, pá-  
ginas 102-47, con ilustr. de Pintos Rosas.
- c) En Lynch, Benito, *Antología escolar*, 1936, cap. I, V, XVII  
y XVIII, págs. 39-85. [Ver V Antologías; a.]

- d) GLI SPARVIERI DE LA FLORIDA. Romanzo tradotto da A. A.  
Gufanti. [Prólogo del traductor.] Milano, Edizioni "Delta",  
1929, 320 págs., 17 cm. (Scrittori italiani e stranieri, A Cura  
di Gian Dauli, 17).

El autor anotó en el ejemplar consultado que se trataba  
de una edición clandestina y firmó la nota.

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

DIE GEIER VON LA FLORIDA. Roman. Sinzig herechtigte  
Ubertragung aus dem Spanifchen von H. Dllerich. Mün-  
chen, 1935, 282 págs., 20 cm.

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

Traducción al idisch de P[injas] Katz. [Prólogo de la Edi-  
torial.] Buenos Aires, Editorial "Argentina", 1940, 151  
págs., 18,5 cm. (I).

[Con esta obra inicia la editorial la serie de traducciones  
al idisch de las obras maestras de las letras argentinas.]

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

- e) La interpretación gráfica de *Los caranchos de "La Florida"*.  
Adaptación y dibujo de Víctor Valdivia. En *El Día*, La  
Plata, publicaciones diarias que se inician el 11 de diciem-  
bre de 1938 y terminan el 30 de enero de 1939. 188 imá-  
genes revisadas por Benito Lynch.

Véanse: Bordenave, Roberto: *El Día*, 1916, 2 de mayo, página 4. — Bunge, Miguel Angel: *El Día*, La Plata, 1916, 10 de mayo, pág. 4. — Cortina, Alberto: *El Día*, La Plata, 1916, 16 y 17 de mayo, pág. 4. — Damiani, Fortunato: *El Día*, La Plata, 1916, 8 de mayo, pág. 4. — Délheye, Pedro Mario: *El Día*, La Plata, 1916, 15 de mayo, pág. 4. — Figueroa Balcarce, J. G.: *El Día*, La Plata, 1916, 5 de mayo. — Gálvez, Manuel: *El Día*, La Plata, 1916, 16 de junio, pág. 4. — Gellini, Antonio: *El Día*, La Plata, 1916, 11 de mayo, pág. 4. — Larrea, Benigno: *El Día*, La Plata, 1916, 29 de abril, pág. 4. — Noé, Julio: *Nosotros*, Buenos Aires, 1916, X, 22, págs. 188-189. — Orlandi, G.: *El Día*, La Plata, 1916, 13 de mayo, pág. 4. — Rébora, Juan Carlos: *El Día*, La Plata, 1916, 19 de junio, página 4. — Sánchez Viamonte, Carlos: *El Día*, La Plata, 1916, 24 de mayo, pág. 4. — Trigo Viera, Manuel: *El Día*, La Plata, 1916, 23 de mayo, pág. 4. — Wapnir, Salomón; *Imágenes y Letras*, Buenos Aires, Editorial Instituto Amigos del Libro Argentino, 1955, págs. 39-45.

### 3. — RAQUELA.

a) [Prólogo: "Un novelista argentino", por Manuel Gálvez.] Buenos Aires, Cooperativa Editorial Limitada, [mayo] 1918, 179 págs., 19 cm.

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

Buenos Aires, Editorial TOR, *La novela del día*, publicación semanal, 1918, viernes 27 de diciembre, I, 7 y 7 bis, págs. 127-148, con fotografía y firma impresa del autor, 22 cm.

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

2ª edición. Buenos Aires, Editorial Ibérica, 1926, 141 págs., con ilustr. de [Alejandro] Sirio, 18 cm.

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Dep. Lc. 383. — Particular de los herederos de Benito Lynch. Buenos Aires, Filosofía y Letras, 118-3-29.

3ª edición. [Nueva edición completamente corregida.] Buenos Aires, Librerías Anaconda, [1931], 166 págs., con ilustr. firmada por Rafael, 19 cm.

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

— — — *La evasión, El antojo de la Patrona*. 3ª edición. [Prólogo sobre "Benito Lynch" por Vicente A. Salaverri.] [Madrid] Espasa-Calpe, 1936, 224 págs., con ilustr., 19,5 cm. (Colección Contemporánea).

Ejemplares:

'La Plata. Universidad. Dep. Lc. 5164 y Dep. Lc. 8209. — Particular de los herederos de Benito Lynch.

b) En *Leoplán*, Buenos Aires, 1935, 18 de diciembre, II, 18, págs. 140-162, con noticia sobre el autor y su obra.

c) En Lynch, Benito, *Antología escolar*; 1936, *La quemazón de los campos*, págs. 19-36. [Ver V Antologías; a.]

Véanse: Coronado, Nicolás: *Nosotros*, Buenos Aires, 1918, XII, 115, págs. 456-458. — D.: *Atenea*, Publicación bimestral de la Asociación de ex Alumnos del Colegio Nacional de La Plata, La Plata, 1918, setiembre-octubre, I, vol. I, 4-5, págs. 315-317. — Dozo, Ismael E.: *El Día*, La Plata, 1918, 24 de agosto, página 4. — Gálvez, Manuel: *El Día*, La Plata, 1918, 17 de setiembre, pág. 3. — Torrendel J[uan]. En su: *Año literario 1918*, Buenos Aires, Editorial Tor, [s. a.], págs. 132-135; y en su: *Crítica menor*, Buenos Aires, Editorial Tor, 1933, páginas 162-166. — X.: *El Día*, La Plata, 1918, 22 de setiembre, pág. 4.

#### 4. — LA EVASION.

a) Novela inédita original. Buenos Aires, *La novela semanal*, 1918, lunes 26 de enero, II, 11, 12 págs. sin numerar, con fotografía y firma impresa del autor, 21 cm.

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch. Buenos Aires. Nacional. 151.170.

(Novela argentina.) [Prólogo sobre "Benito Lynch" de Vicente A. Salaverri.] Selección de novelas breves. Barcelona, Editorial Cervantes, [1922], 94 págs., 15 cm.

Esta edición incluye además de *La evasión* los siguientes títulos: *Por su madre*, *La vaca empantanada*, *El gallo que volvió de las trincheras* y *La cola del zorro*.

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

*Raquela*, — — —, *El antojo de la Patrona*. 3ª edición. [Prólogo sobre "Benito Lynch" por Vicente A. Salaverri.]

[Madrid], Espasa-Calpe, 1936, 224 págs., con ilustr., 19,5 cm. (Colección Contemporánea).

El prólogo es el mismo que se publica en la edición de *La evasión*, Barcelona, 1922.

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Dep. Lc. 5164 y Dep. Lc. 8209. — Particular de los herederos de Benito Lynch.

b) LA COLA DEL ZORRO.

En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1917, mayo, II, 13, con ilustr. de Friedrich.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 23 de diciembre, III, 51, págs. 46-47, con ilustr. de Manuel Olivas.

En *Benito Lynch. /La Plata/*, Edición homenaje, Editorial Almafuerte, págs. 1-5, con dibujo de Benito Lynch por Redoano.

Este cuento habría sido publicado en enero de 1916 en el 4º número extraordinario de una revista platense titulada *Versos y Prosas*, según se consigna en el sumario que da a conocer *El Día* en su edición del 9 de enero del mismo año.

EL GALLO QUE VOLVIÓ DE LAS TRINCHERAS.

En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1917, setiembre, II, 17, con dibujo de Peláez.

5 — EL POZO.

a) Buenos Aires, Ediciones Selectas América, 1921, págs. [35]-64, 19 cm. (Cuadernos quincenales de Letras y Ciencias, III, 38).

Se publica, a modo de prólogo, un fragmento de la carta que en 1916 escribió Horacio Quiroga a Benito Lynch con motivo de la aparición de *Los caranchos de "La Florida"*.

Ejemplares:

La Plata. Universidad. 460-Lc. y Farini 15.161. — Departamento de Letras. 676. — Particular de los herederos de Benito Lynch. — Buenos Aires. Nacional 151.155.

6. — LOCURA DE HONOR.

a) [Buenos Aires]. *La Novela Universitaria*, 1921, I, 3, 27 págs., 18 cm.

Ejemplares:

Buenos Aires. Nacional 228.258 y 194.398.

Cócaro la cita en su *Bibliografía* equivocadamente con el título de *Locura de amor*.

#### 7. — LAS MAL CALLADAS.

a) Buenos Aires, Editorial "Babel", 1923, 177 págs., 17,5 cm.

Ejemplares:

Buenos Aires. Nacional. 170.291.

2ª edición. Buenos Aires, Editorial "Babel", 1927, 144 págs., 18 cm.

Ejemplares:

Buenos Aires. Nacional. 164.525.

Buenos Aires, Librerías Anaconda, 1933, 187 págs., 19 cm.

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Dep. Lc. 3697. — Particular de los herederos de Benito Lynch.

Véanse: X.: *La Nación*, Buenos Aires, 1923, 11 de febrero, pág. 20. — X.: *La Nación*, Buenos Aires, 1923, 18 de febrero, pág. 18.

#### 8. — EL INGLÉS DE LOS GÜESOS.

a) [Madrid], Calpe, [1924], 309 págs., 19,5 cm. (Colección Contemporánea).

Ejemplares:

Buenos Aires. Nacional. 170.889. — La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

2ª edición. Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1928.

Citada por Arturo Torres Ríoseco, *Novelistas Contemporáneos de América*, 1939, pág. 209.

3ª edición. Madrid, [Espasa-Calpe], 1930, 311 págs., 18 cm. (Colección Contemporánea).

Ejemplares:

Buenos Aires. Nacional. 281.440.

4ª edición. [Madrid], [Espasa-Calpe], 1933, 311 págs., 18,5 cm.

Ejemplares:

Buenos Aires. Nacional. 172.893.

5ª edición castellana. Buenos Aires, [Editorial La Facultad], [1937], 304 págs. (Las Obras Maestras de la Literatura Americana).

Ejemplares:

Buenos Aires. Nacional. 233.755.

Madrid, Espasa-Calpe, 1939, 328 págs., 17,5 cm.

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Dep. Lc. 2336.

6ª edición. [Prólogo de la editorial sobre la novela y el autor en el que se transcriben fragmentos de artículos alusivos de Alfredo L. Palacios, Ballesteros de Martos y Manuel Machado]. Buenos Aires, Librería y Editorial "La Facultad", 1940, 304 págs., con ilustr. de Lino Palacio, 19 cm. (Las obras maestras de la literatura americana).

De esta edición se hizo una tirada especial de 150 ejemplares numerados, en papel hilo imitación pluma, de 24 cm.

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Dep. Lc. 5062. — Particular de los herederos de Benito Lynch.

7ª edición. Buenos Aires, Ediciones Troquel, 1958, 237 págs., 19,5 cm.

[4ª edición.] Santiago de Chile, Editorial Prometeo, [s. a.], 305 págs., 19 cm.

El autor anotó en el ejemplar consultado que se trataba de una edición clandestina y firmó la nota.

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

Montevideo, Editorial Elite, [s. a.], 217 págs.

Se trata de una edición clandestina.

b) En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 3 de febrero, IV, 54, págs. 100-152, con un retrato de Benito Lynch por Raúl Valencia.

c) En Hedberg, Nils: *Spansk-amerikanska röster*, [s. l.], Spansk radiokurs varen, 1949, págs. 48-51. [Texto para un curso de español americano en la Radio Sueca con audiciones auténticas y comentarios. Enero-mayo de 1949]

En esta antología de escritores americanos se reproduce un fragmento de esta novela con breve noticia del autor en pág. 23 y explicación de vocablos y modismos en págs. 87-89.

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

Véanse: Bellini, Maruja [María de Villarino]: *Valoraciones*, La Plata, 1925, enero, II, 5, págs. 224-226. — Giusti, Roberto F.: *Nosotros*, Buenos Aires, 1924, XVIII, 48, págs. 92-102. — Wapnir, Salomón; *Imágenes y Letras*, Buenos Aires, Editorial Instituto Amigos del Libro Argentino, 1955, págs. 45-52. — X.: *La Nación*, Buenos Aires, 1923, 22 de abril. — X.: *La Nación*, Buenos Aires, 1924, 28 de setiembre. — X.: *La Prensa*, Buenos Aires, 1924, 26 de octubre. — X.: *La Razón*, Buenos Aires, 1927, 29 de mayo. — X.: *La Nación*, Buenos Aires, 1933, 15 de junio. — X.: *La Prensa*, Buenos Aires, 1933, 15 de junio. — X.: *El Diario*, Buenos Aires, 1933, 15 de junio. — X.: *El Mundo*, Buenos Aires, 16 de junio. — X.: *El Pueblo*, Buenos Aires, 1933, 16 de junio. — X.: *La Nación*, Buenos Aires, 1937, 19 de setiembre.

#### 9. — EL POTRILLO ROANO.

- a) [Buenos Aires], Editorial Latina, [setiembre de 1924], 31 págs., con ilustr. de Saraví, 17 cm. (Edición especial de la Editorial Latina, N° 2).

En esta edición Benito Lynch publica el cuento formando un solo relato con *La Chuña*, que desarrolla en los tres últimos capítulos.

Ejemplares:

Buenos Aires. Filosofía y Letras. Caja 312, N° 8.

- b) — — — y *Travesiando*. La Plata, Letras Platenses, 1934, I, 3, págs. 41-50.

- c) En Lynch, Benito: *Antología escolar*, Buenos Aires, 1936, págs. 157-168. [Ver V, Antologías; a.]

En Walsh, Gertrude M.: *Cuentos criollos*, Boston, 1941, págs. 64-72. [Ver V, Antologías; b, 4.]

En *Cuentos de nuestra tierra*. Estudio preliminar, selección y notas por Antonio Pagés Larraya. Buenos Aires, 1952, págs. 192-198. [Ver V, Antologías; b, 6.]

Véase: Trigo Viera, Manuel: *La Nación*, Buenos Aires, 1955, 11 de agosto.

Ver *El potrillo roano* en el N° 12, a) de este mismo apartado.

10. — EL ANTOJO DE LA PATRONA.

- a) — — — y *Palo verde*. Buenos Aires, Editorial Latina, 1925, 167 págs., 16,5 cm.

Contiene también *El Nene*.

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Dep. Lc. 2016.

— — — y *Palo verde*. Buenos Aires, Editorial Latina, 1926. Citada por Arturo Torres Ríoseco, *Novelistas Contemporáneos de América*, 1939, pág. 209.

— — — y *Palo verde*. (Dos novelas). Buenos Aires, Librerías Anaconda, [1931], 159 págs., con ilustr. de Rafael, 18,5 cm. En el ejemplar consultado el autor anotó: "Nueva edición completamente corregida".

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

*Raquela, La evasión*, — — — [Prólogo sobre "Benito Lynch" por Vicente A. Salaverri.] 3ª edición. [Madrid], Espasa-Calpe, 1936, 224 págs., con ilustr., 19,5 cm. (Colección Contemporánea).

Ejemplares:

La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

Buenos Aires. Nacional. 325.352.

*Palo verde* y — — — (Dos novelas). Santiago de Chile, Prometeo, [s. a.], 148 págs., 19,5 cm.

Ejemplares:

Buenos Aires. Biblioteca de *La Nación*.

- b) — — —

En *La Nación*, Buenos Aires, 1922, 7 de mayo, [con breve noticia sobre el autor y un retrato del mismo por Málaga Grenet]. Sigue en forma de folletín desde el 8 al 11 inclusive del mismo mes.

EL NENE.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 11 de noviembre, III, 48, págs. 33-34, con ilustr. de Raúl Valencia.

Véanse: G[iusti], R[oberto], *Nosotros*, Buenos Aires, 1925, setiembre, XIX, 196, págs. 99-100. — Gouriet de St-Senoch, Henry, *Revue de L'Amérique Latine*, París, 1927, Janvier, pá-

gina 81. — X.: *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1926, 13 de febrero, XXIX, 1428. — X.: *La Nación*, Buenos Aires, 1925, 11 de noviembre. — X.: *La Prensa*, Buenos Aires, 1925, 22 de noviembre.

## 11. — PALO VERDE.

- a) *El antojo de la patrona y — — —* Buenos Aires, Editorial Latina, 1925, 167 págs., 16,5 cm.  
Ejemplares:  
La Plata. Universidad. Dep. Lc. 2016.

*El antojo de la patrona y — — —* Buenos Aires, Editorial Latina, 1926.  
Citada por Arturo Torres Ríoseco, *Novelistas Contemporáneos de América*, 1939, pág. 209.

*El antojo de la patrona y — — —* (Dos novelas). Buenos Aires, Librerías Anaconda, [1931], 159 págs., con ilustr. de Rafael, 18,5 cm.  
En el ejemplar consultado, perteneciente a los herederos de Benito Lynch, el autor anotó: "Nueva edición completamente corregida".  
Ejemplares:  
La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

— — — y *otras novelas cortas*. Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, [1940], 175 págs., 18 cm. (Colección Austral, 127).  
En la solapa del forro se hace breve referencia a Benito Lynch y a su obra.  
Contiene: *Palo verde*, *Locura de honor*, *El paquetito*, y *El casao su casa quiere*.  
Ejemplares:  
Buenos Aires. Nacional. 243.255. — La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

— — — y *El antojo de la Patrona*. (Dos novelas). Santiago de Chile, Prometeo, [s. a.], 148 págs., 19,5 cm.  
En esta publicación la editorial da noticia de su edición de *Los caranchos de "La Florida"*.  
Ejemplares:  
Buenos Aires. Biblioteca de *La Nación*.

b) LOCURA DE HONOR.

Ver en esta bibliografía el Nº 6 de este mismo apartado.

PALO VERDE.

En *La Nación*. Inédita para *La Nación*. Buenos Aires, 1924, 28 de diciembre, 1925, 4, 11 y 18 de enero.

EL PAQUETITO.

En *El Día*, La Plata, 1933, 11, 12 y 13 de junio, con ilustr. de Rodolfo Claro.

EL CASAO SU CASA QUIERE.

En *El Día*, La Plata, 1933, 22 de octubre, continúa en forma de folletín desde el 23 de octubre al 2 de noviembre inclusive del mismo año, con ilustr. de Rodolfo Claro.

Es el mismo cuento publicado con el título de *El Agregado* pero ampliado y modificado. [Ver III, Nº 41.]

c) En Lynch, Benito. *Antología escolar*, 1936, págs. 145-153. [Ver V, Antologías, a.]

Véanse: G[iusti], R[oberto]: *Nosotros*, Buenos Aires, 1925, setiembre, XIX, 196, págs. 99-100. — X.: *La Nación*, Buenos Aires, 1925, 11 de noviembre.

12. — DE LOS CAMPOS PORTEÑOS.

a) Cuentos. Buenos Aires, Librerías Anaconda, [1931], 276 páginas, 19 cm.

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Dep. Lc. 3525. — Particular de los herederos de Benito Lynch. — Buenos Aires. Nacional. 164.529 y 177.362.

Contiene: *La espina de junco*, *Un angelito gaucho*, *El potrillo roano*, *Un negocio en pieles*, *Tormentas*, *A la fuerza*, *Travesiando*, "Limay", *La esquiladora*, *La Chuña*, *El sacrificio de Blas*, *Hombres y teros*, *Caritas*.

Buenos Aires, La Facultad, 1938, 292 págs.

Ejemplares:

Buenos Aires. Filosofía y Letras. 78-6-42.

Cuentos. 3ª edición. [Breve prólogo de la editorial.] Buenos Aires, Librería y Editorial "La Facultad", 1940, 292 páginas, 19 cm.

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Dep. Lc. 3525. — Particular de los herederos de Benito Lynch.

b) EL SACRIFICIO DE BLAS.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1922, 19 de noviembre, con dibujos de [Juan Carlos] Huergo.

LA CHUÑA.

En *La Nación*, 1923, 21 de octubre, con ilustr. de Juan Carlos Huergo.

Ver el N<sup>o</sup> 9 a) de este mismo apartado.

EL POTRILLO ROANO.

Ver el N<sup>o</sup> 9 de este mismo apartado.

— — — y *Travesiando*. Ver el N<sup>o</sup> 9, b) de este mismo apartado.

UN NEGOCIO EN PIELES.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1927, 9 de enero, con ilustr. de Alejandro Sirio.

HOMBRES Y TEROS.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1927, 1<sup>o</sup> de mayo, Letras-Artes, IV, 96, págs. 6-7, con ilustr. de Juan Carlos Huergo.

CARITAS.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1927, 25 de diciembre, Letras-Artes, V, 130, págs. 8-9, con ilustr. de Alejandro Sirio.

UN ANGELITO GAUCHO.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1928, 21 de octubre, Letras-Artes, VII, 174, págs. 8-9, con ilustr. de Juan Peláez.

TRAVESIANDO.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1929, 20 de enero, Letras-Artes, VIII, 186, pág. 9, con ilustr. de Luis Macaya.

*El potrillo roano* y — — — La Plata, Letras Platenses, 1934, I, 3, págs. 51-56.

En *El Hogar*, Buenos Aires, 1936, 26 de junio, XXXII, 1393, págs. 18-19, con ilustr. de Rodolfo Claro.

El cuento joya de la literatura, una antología de *El Hogar* hecha por escritores argentinos. Con noticia sobre Benito

Lynch y *Por qué eligió este cuento* Justo P. Sáenz (h.).

LIMAY.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1929, 21 de abril, Letras-Artes, VIII, 199, págs. 8-9, con ilustr. de Luis Macaya.

LA ESQUILADORA.

En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1929, 6 de julio, XXXII, 1605, con ilustr. de Luis Macaya.

LA ESPINA DE JUNCO.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1929, 18 de agosto, Magazine, I, 7, págs. 5-6, con ilustr. de Luis Macaya.

A LA FUERZA.

En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1929, 21 de diciembre, XXXII, 1629, 3 págs., con dibujos de Valdivia.

c) EL POTRILLO ROANO.

Ver el N<sup>o</sup> 9 c) de este mismo apartado.

UN NEGOCIO EN PIELES.

En Lynch, Benito: *Antología escolar*, Buenos Aires, 1936, págs. 169-198. [Ver V, *Antologías*, a.]

LIMAY.

En Lynch, Benito: *Antología escolar*, Buenos Aires, 1936, págs. 199-222. [Ver V, *Antologías*, a.]

TRAVESIANDO.

En *El paisaje y el alma argentinos*. Trozos seleccionados por Carlos Ibarguren, Antonio Aita, y Pedro J. Vignale, Buenos Aires, 1938, págs. 253-258; y en la versión francesa de esta misma selección, de Arturo Orzábal Quintana, Buenos Aires, 1938, págs. 269-274. [Ver V, *Antologías*, b) 2.]  
En Danero, E. M. S.: *Antología gaucha* (Cuentos), Santa Fe, 1956, págs. 152-154. [Ver V, *Antologías*, b) 7.]

LA ESPINA DE JUNCO.

En *Spanish American Short Stories*. New York, 1944, páginas 18-26. [Ver V, *Antologías*, b) 5.]

Véanse: X.: *El Día*, *La Plata*, 1931, 27 de setiembre. —X.: *Argentino*, 1939, 1<sup>o</sup> de marzo. — X.: *La Prensa*, 1931, 20 de setiembre.

### 13. — EL ESTANCIERO.

- a) [Breve prólogo de la editorial.] [Buenos Aires], Editorial Selección, 1933, 31 págs., dibujo de Benito Lynch por Emilio Pettoruti con dedicatoria al escritor, y firma impresa de Benito Lynch, 19 cm. (Cuadernos mensuales de cultura, 3).

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Farini 14.459. — Particular de los herederos de Benito Lynch.

- b) En *La Nación*. Narración de costumbres. Los argentinos vistos por los argentinos. Buenos Aires, 1928, 23 de setiembre, Letras-Artes, VII, 169, págs. 4-6, con ilustr. de Juan Carlos Huergo.

Véanse: M. D. E.: *La Nación*, Buenos Aires, 1956, 30 de diciembre. — X.: *La Nación*, Buenos Aires, 1928, 22 de setiembre.

### 14. — EL ROMANCE DE UN GAUCHO.

- a) Buenos Aires. Librerías Anaconda, [1933], 501 págs., con ilustr. de J. Bota, 20 cm.

Ejemplares:

La Plata. Universidad. Dep. Lc. 3572 y Farini 2160. — Particular de los herederos de Benito Lynch. — Buenos Aires. Nacional. 172.332. — Filosofía y Letras. 81-4-33.

- b) En *La Nación*, Buenos Aires, 1929, 15 de diciembre, continúa en forma de folletín desde el 16 de diciembre al 15 de marzo de 1930 inclusive.

De — — —

En *Sagitario*, La Plata, 1925, julio-agosto, I, 2, págs. 140-151, reproduce el retrato de Benito Lynch por Emilio Pettoruti. (Revista de Humanidades).

Ejemplares:

La Plata. Universidad. S. Arg. 1145.

Véanse: González, Juan B.: *Nosotros*, Buenos Aires, 1930, setiembre, XXIX, 256, págs. 252-267. — González, Juan B.: *En torno al estilo*, Buenos Aires, 1931, págs. 173-194. — Leumann, C. A.: *La literatura gauchesca y la poesía gaucha*, Buenos Aires, Editorial Raigal, 1953, págs. 11-12. — Sánchez, Luis Al-

berto: *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*. Madrid, Editorial Gredos, 1953, pág. 334. — Wapnir, Salomón: *Imágenes y Letras*, Buenos Aires, Editorial Instituto Amigos del Libro Argentino, 1955, págs. 53-61. — X.: *La Nación*, Buenos Aires, 1929, 9 de diciembre.

#### 15. — CUENTOS CRIOLLOS.

- a) [*Benito Lynch* por Julio Echegaray.] [Buenos Aires], Ediciones Atahualpa, 1940, 32 págs., 18 cm.  
Contiene: *Pedro Amoy y su perro*, *Favor de amigo*, *La libreta de Anselmo*, y *El Redomón*.

Ejemplares:

La Plata, Departamento de Letras. J VIII 30.

EL REDOMÓN.

En *El Hogar*, Buenos Aires, 1931, 10 de julio, XXVII, 1134, pág. 5, con ilustr. de José Contreras.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1935, 25 de diciembre, II, 25, págs. 12-14, con ilustr. de Gálvez Elorga.

FAVOR DE AMIGO.

En *El Hogar*, Buenos Aires, 1931, 20 de noviembre, XXVII, 1153, pág. 11, con ilustr. de Rodolfo Claro.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1935, 4 de agosto.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1935, 4 de setiembre, II, 17, págs. 62-63, con ilustr. de Gálvez Elorga.

- b) PEDRO AMOY Y SU PERRO.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1934, 22 de abril, con ilustr. de Alejandro Sirio.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 20 de enero, IV, 53, páginas 16-17, con ilustr. de Armas.

LA LIBRETA DE ANSELMO.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 4 de marzo, III, 30, páginas 13 y 128-129, con ilustr. de Raúl Valencia.

#### 16. — CARTAS Y CARTAS.

- a) [Breve noticia sobre Benito Lynch.] Buenos Aires, *Nuestra Novela*, Talleres Gráficos de Guillermo Kraft, 1941, 20 de junio, I, 3, 64 págs., con ilustr. de R. de Lamo, 18 cm.

Ejemplares:

Buenos Aires. Nacional 206.916. — La Plata. Particular de los herederos de Benito Lynch.

## II. — NOVELAS INÉDITAS

### 1. — PATRICIA.

El manuscrito está en manos de los herederos de Benito Lynch.

## III. — CUENTOS Y NARRACIONES PUBLICADOS EXCLUSIVAMENTE EN REVISTAS Y PERIÓDICOS

### 1. — SERRUCHO.

En *El Día*, La Plata, 1912, 16 de setiembre, pág. 4.

### 2. — CAVE NE CADAS...

En *El Día*, La Plata, 1912, 23 de setiembre, pág. 4.

### 3. — DON SIMÓN.

En *El Día*, La Plata, 1912, 24 de setiembre, pág. 4.

### 4. — BLASFEMIA.

En *El Día*, La Plata, 1912, 30 de setiembre, pág. 4.

### 5. — DON FABIÁN.

En *El Día*, La Plata, 1912, 28 de octubre, pág. 4.

### 6. — DURA LEX.

En *El Día*, La Plata, 1913, 28 de abril, págs. 4-5.

Con esta colaboración de Benito Lynch, inicia *El Día* una sección literaria de escritores platenses.

### 7. — LAS COSAS TRUNCAS.

En *El Día*, La Plata, 1913, 10 de mayo, pág. 3.

En esta narración aparece "El inglés de los güesos".

El tema también permitiría vincularla con la novela y considerarla su primer antecedente.

8. — LA LOQUITA.  
 En *El Día*, La Plata, 1913, 25 de mayo, pág. 4.  
 En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1918, julio, III, 27, con dibujo de Peláez.
9. — LA VÍCTIMA.  
 En *El Día*, La Plata, 1913, 1º de junio, pág. 5.  
 En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1918, octubre, III, 30, con dibujo de Álvarez.
10. — LAS DESORIENTADAS.  
 En *El Día*, La Plata, 1916, 9 de julio, págs. 17-18.  
 En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1919, enero, IV, 33, con dibujos de Peláez.
11. — EL BAGUAL.  
 En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1917, julio, II, 15, con dibujo de Peláez.  
 En *Fray Mocho*, Buenos Aires, 1920, 13 de enero, IX, 403, 2 págs.  
 En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 15 de abril, III, 33, págs. 42-45, con ilustr. de Mario León.  
 Fue recogido en antología. Ver V, b, 1, de esta bibliografía.
12. — COMO LOS HOMBRES.  
 (Drama en el gallinero, en 3 actos.) En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1917, diciembre, II, 20, con dibujo de Álvarez. Fábula teatralizada.
13. — TOLEDANA.  
 En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1918, febrero, III, 22, con dibujo de Centurión.
14. — EL HOMBRE BUEY.  
 En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1919, mayo, IV, 37, con ilustr. de Zavattaro.
15. — LOS CORDEROS DE "LA FANITA".  
 En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1920, 25 de diciembre, XXIII, 1160.
16. — CON VENTAJA.  
 En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1921, abril, VI, 60, con ilustr. de Fortuny.

- En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 22 de julio, III, 40, págs. 64-66, con ilustr. de Maldonado.
17. — LA MOSCA VERDE.  
En *Plus Ultra*, Buenos Aires, 1921, octubre, VI, 66.
18. — EN EL CIRCO.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1922, 17 de setiembre.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1935, 13 de noviembre, II, 22, páginas 65-67, con ilustr. de Fantasio.
19. — EL DESQUITE DEL OESTE.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1923, 10 de junio, con ilustr. de Juan Carlos Huergo.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 8 de enero, III, 26, págs. 12-15, con ilustr. de Gálvez Elorga.
20. — LA VIRGEN DEL CARMEN.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1924, 17 de febrero, continúa en forma de folletín desde el 18 al 20 del mismo mes, con ilustr. de Juan Carlos Huergo.
21. — YO UNA VEZ SEÑORA.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1926, 21 de marzo, Letras-Artes, II, 39, págs. 8-9, con ilustr. de [Alejandro] Sirio.
22. — TENGO MI MORO.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1926, 22 de agosto, Letras-Artes, III, 61, con ilustr. de [Alejandro] Sirio.  
En *El Argentino*, La Plata, 1948, 10 de octubre, con ilustr. de Francisco A. De Santo.
23. — POST TENEBRAS.  
En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1928, 7 de abril, XXXI, 1540, 8 págs. (La novela del jueves. Especial para *Caras y Caretas*).  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 17 de febrero, IV, 55, páginas 6-9, con ilustr. de Raúl Valencia.
24. — UN PATRÓN ENDEVERAS...  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1928, 3 de junio, Letras-Artes, VI, 153, con ilustr. de Juan Peláez.
25. — CHUPE CANEJO!  
En *Mundo Argentino*, Buenos Aires, 1928, 19 de setiembre, XVIII, 922, pág. 5.

26. — LOS DIENTES DE LA VACA.  
 En *Mundo Argentino*, Buenos Aires, 1928, 19 de diciembre, XVIII, 935, págs. 5, 48 y 54.  
 Fue recogido en antología. Ver V, a).
27. — LOS CHIMANGUITOS.  
 En *La Nación*, Buenos Aires, 1928, 2 de diciembre, Letras-Artes, VII, 179, págs. 8-9, con ilustr. de Ernesto Arancibia.
28. — LA TORTA.  
 En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1929, 16 de febrero, XXXII, 1585, 2 págs., con dibujos de Rechain.
29. — LA CABEZA DE EULOGIO.  
 En *Mundo Argentino*, Buenos Aires, 1929, 20 de mayo, XIX, 948, págs. 5 y 34, 28, con dibujo de Pintos Rosas.  
 En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 19 de febrero, III, 29, páginas 100-102, con ilustr. de Fantasio.
30. — AGACHADAS.  
 En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1929, 25 de mayo, XXXII, 1599, 2 págs., con ilustr. de Luis Macaya.  
 En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 19 de abril, III, 32, págs. 22-23, con ilustr. de Raúl Valencia.
31. — DON PAJARITO.  
 En *Mundo Argentino*, Buenos Aires, 1929, 5 de junio, XIX, 959, págs. 5 y 10, con dibujo de Pintos Rosas.  
 En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 5 de febrero, III, 28, páginas 30-33, con ilustr. de Raúl Valencia.  
 En *Leoplán*, Buenos Aires, 1959, 5 de agosto, XXV, 600, páginas 46-48.
32. — LA SORTIJA.  
 En *Mundo Argentino*, Buenos Aires, 1929, 31 de julio, XIX, 967, págs. 5 y 34, dibujo de Hohmann.  
 En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 27 de mayo, III, 36, páginas 35-37, con ilustr. de Raúl Valencia.
33. — GENTE MALA.  
 En *La Nación*, Buenos Aires, 1929, 3 de noviembre, Magazine, I, 18, págs. 5 y 31, con ilustr. de Luis Macaya.  
 En *Leoplán*, Buenos Aires, 1935, 2 de octubre, II, 19, págs. 62-65, con ilustr. de Fantasio.

34. — EL CANCHADOR DE VÍBORAS.  
En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1929, 14 de diciembre, XXXII, 1638, 4 págs., con dibujos de Rechain.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 13 de mayo, III, 35, págs. 44-47, con ilustr. de Fantasio.  
Fué recogido en antología. Ver V, a), 1.
35. — JUSTAMENTE.  
En *El Hogar*, Buenos Aires, 1930, 7 de marzo, XXVI, 1064, págs. 5 y 20, con ilustr. de Rodolfo Claro.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1935, 21 de agosto, II, 16, páginas 43-45, con ilustr. de Díaz Romero.
36. — EL ZAINO DEL VIGILANTE.  
En *El Hogar*, Buenos Aires, 1930, 6 de junio, XXVI, 1077, págs. 5 y 61-63, con ilustr. de Mario López Osorno.
37. — HOSPITALITAS.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1930, 6 de julio, Revista semanal, I, 53, pág. 5, con ilustr. de Luis Macaya.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1935, 16 de octubre, II, 20, páginas 57-59, con ilustr. de Fantasio.
38. — ESO ES "TRIATO"!.  
En *El Hogar*, Buenos Aires, 1930, 22 de agosto, XXVI, 1088, págs. 5, 69 y 70, con ilustr. de Rodolfo Claro.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1935, 27 de noviembre, II, 23, páginas 62-64, con ilustr. de Fantasio.
39. — LA DIPLOMACIA DE LA PATRONA.  
En *El Hogar*, Buenos Aires, 1930, 12 de diciembre, XXVI, 1104, págs. 5 y 66-68, con ilustr. de Rodolfo Claro.
40. — EN LA NOCHE...  
En *El Hogar*, Buenos Aires, 1931, 27 de marzo, XXVII, 1119, pág. 5, con ilustr. de Rodolfo Claro.
41. — EL AGREGADO.  
En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1931, 22 de agosto, XXXIV, 1716, 8 págs., con ilustr. de Valdivia.  
Ver EL CASAO SU CASA QUIERE en I, 11, b.

42. — AL LADO DE UN ÁRBOL.

En *El Hogar*, Buenos Aires, 1932, 17 de junio, XXVIII, 1183, págs. 16-17, con ilustr. de Rodolfo Claro.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 18 de marzo, III, 31, páginas 26-28, con ilustr. de Scotti.

43. — CRUDELITAS.

En *El Día*, La Plata, 1934, desde el 5 al 16 de agosto inclusive en forma de folletín, con ilustr. de Rodolfo Claro. Especial para *El Día*.

44. — AQUEL HIJO.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1934, 26 de agosto.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 24 de junio, III, 38, págs. 13-15, con ilustr. de Mario León.

Fue recogido en antología. Ver V, b, 3.

45. — VIEJOS TOROS.

En *Crítica*, Buenos Aires, 1934, 3 de noviembre, suplemento en colores.

46. — EL NIÑO Y LA ALUBIA.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1934, 4 de noviembre, con ilustr. de Alejandro Sirio.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 9 de diciembre, III, 50, página 41, con ilustr. de Raúl Valencia.

47. — LA CUATRERITA.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1935, 24 de febrero.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 14 de octubre, III, 46, páginas 16-17, con ilustr. de Raúl Valencia.

48. — DEBILITAS.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1935, 28 de abril, con ilustr. de Juan Carlos Huergo.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 7 de julio, IV, 65, págs. 18-22, con ilustr. de Juan José.

49. — DISFRAZADO DE MONO.

En *La Nación*, Buenos Aires, 1935, 13 de octubre.

En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 28 de abril, IV, 60, páginas 6-7 y 95, con ilustr. de Raúl Valencia.

50. — EL HOMBRECITO.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1935, 30 de octubre, II, 21, páginas 24-30, con ilustr. de Fantasio.
51. — NO ES LO MESMO.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1935, 11 de diciembre, II, 24 pág. 6, con ilustr. de Fantasio.
52. — EL RUISEÑOR.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1936, 12 de enero, con ilustr. de Alejandro Sirio.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 26 de mayo, IV, 62, págs. 68-69, con ilustr. de Raúl Valencia.
53. — LA GLORIA DEL MALACARA.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 22 de enero, III, 27, páginas 58-61, con ilustr. de Scotti.
54. — ¡COMO A CHINOS!.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1936, 19 de abril, con ilustr. de Juan Carlos Huergo.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 9 de junio, IV, 63, págs. 84 y 96, con ilustr. de Carlos Hugo.
55. — CONTRASTES.  
En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1936, 11 de julio, XXXIX, 1971, págs. 18-22, dibujos de Valdivia.  
Es el mismo cuento publicado con el título de *Tormentas* en *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 24 de noviembre, IV, 75, páginas 26-29, con ilustr. de Juan José.  
El autor publicó otro cuento con el título de *Tormentas* en *De los campos porteños*. Ver I, 12, a.
56. — ¡ESTAS MUJERES, SEÑOR!...  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1936, 23 de agosto.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 21 de julio, IV, 66, págs. 28 y 47, con ilustr. de Vieytes.
57. — ¿PROCEDIMIENTOS?  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 2 de setiembre, III, 43, páginas 62-65 y 85-88, con ilustr. de Juan Ramiro.
58. — MI PERRO.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1936, 16 de setiembre, III, 44, páginas 30-31.  
En *El Día*, La Plata, 1954, 26 de julio.

59. — DISCREPANCIAS.  
En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1936, 12 de octubre, XXXIX, 1984, número extraordinario dedicado al Día de la Raza, páginas 24-29.
60. — POLLOS Y MIRASOLES.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1936, 22 de noviembre, con ilustr. de Juan Carlos Huergo.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 27 de octubre, IV, 73, páginas 26-27 y 53, con ilustr. de Fantasio.  
En Cócaro, Nicolás: *Benito Lynch*, Buenos Aires, 1954, páginas 20-24.
61. — DE CABALLO.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1937, 3 de enero, con ilustr. de Alejandro Sirio.
62. — EL LANCE DE RENATO LORY.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1937, 7 de marzo, con ilustr. de Juan Carlos Huergo.
63. — CLEMATIS HILARII.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1937, 6 de junio, con ilustr. de Alejandro Sirio.
64. — NO HAY CAMAS.  
En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1937, 10 de julio, XL, 2023, págs. 8-11, con dibujos de Valdivia.
65. — CORAJUDO, EL ALFÉREZ.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1937, 8 de agosto.
66. — HASTA AYER A LO MENOS.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 18 de agosto, IV, 68, pág. 97, con ilustr. de Corvalán.
67. — CON MUJER Y CINCO CRIATURAS.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1937, 29 de setiembre, IV, 71, páginas 6-7 y 51, con ilustr. de Fantasio.  
En *Leoplán*, Buenos Aires, 1959, 1º de julio, XXV, 598, páginas 36-38.
68. — COMO ESCUERZO ENTRE MAJADA.  
En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1937, 16 de octubre, XL, 2037, págs. 8-11, con dibujos de Arístides Rechain.

69. — EL SOBRINO DEL PATRÓN.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1937, 17 de octubre, con ilustr.  
de Juan Carlos Huergo.
70. — LAS LLAVES.  
En *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1938, 15 de octubre, XLI,  
2089, págs. 8-11, con dibujo de Valdivia.
71. — EL TALERAZO.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1939, 4 de junio, con ilustr. de  
Alejandro Sirio.
72. — DEL CARDAL.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1939, 13 de agosto, con ilustr.  
de Alejandro Sirio.
73. — EL QUE LE GUSTABA A LA SEÑORITA.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1940, 1 de enero, con ilustr. de  
Alejandro Sirio.
74. — MEDALLAS DE ORO.  
En *La Nación*, Buenos Aires, 1941, 1º de enero, con ilustr. de  
Alejandro Sirio.



#### IV. — TEATRO

75. — EL CRONISTA SOCIAL.  
(Comedia). En *El Día*, La Plata, 1911, desde el 27 de octubre al 9 de noviembre inclusive.
76. — EX UNGUE LEONEM.  
(Ensayo dramático). En *El Día*, La Plata, 1912, desde el 6 al 11 de noviembre inclusive.

#### V. — ANTOLOGÍAS

a) de cuentos y fragmentos de novelas del autor exclusivamente.

1. — Lynch, Benito: *Antología escolar*. Lecturas para enseñanza secundaria y especial. Selección y notas de Renata Donghi de Halperín. Buenos Aires, Cabaut y Cía., "Librería del Colegio", 1936, 252 págs., 19 cm.  
Contiene: *Plata dorada (Esthercita sale sola)*, págs. 9-16; *Raquela (La quemazón de los campos)*, págs. 19-36; *Los caranchos de "La Florida"* (cap. I, V, VII y XVIII), págs. 39-85; *El inglés de los güesos* (cap. I, VI, XIII, XXV, XXXI y XXXII), págs. 89-142; *Palo verde* (cap. I), págs. 145-153; *De los campos porteños (El potrillo roano)*, págs. 157-168 (*Un negocio en pieles*), págs. 169-198 (*Limay*), págs. 199-222. Cuentos varios: *Los dientes de la vaca*, págs. 225-236, y *El "canchador" de víboras*, págs. 237-250.

b) que recogen cuentos del autor.

1. — *Los mejores cuentos*. Selección y prólogo de Manuel Gálvez. [Buenos Aires], Editorial Patria, 1919. (Pequeñas Antologías Argentinas).  
Contiene: *El Bagual*, págs. 164-175.

2. — *El paisaje y el alma argentinos*. Descripciones, Cuentos y Leyendas del terruño. Trozos seleccionados por Carlos Ibarguren, Antonio Aíta y Pedro J. Vignale. Buenos Aires, Comisión de Cooperación Intelectual, 1938, 392 págs.  
 Contiene: *Travesiando*, págs. 253-258.  
 Versión française de Arturo Orzábal Quintana. Buenos Aires, Comisión Argentina de Coopération Intellectuelle, 1938, 404 págs.  
 Contiene: *Espliegleries* (Travesiando), págs. 269-274.
  
3. — *Cuentistas rioplatenses de hoy*. Prólogo de Julia Prilutzky Zarny de Zinny. Buenos Aires, Vértice, 1939, 425 págs., 18 cm.  
 Contiene: *Aquel hijo*, págs. 309-320, con breve noticia sobre el autor e ilustr. de Rodolfo Castagna.
  
4. — Walsh, Gertrude M.: *Cuentos criollos*. Edited with Introduction, Notes, Exercises and Vocabulary. Boston (United States of America), D. C. Heath and Company, 1941, 207 págs. con 25 ilustr. de artistas americanos, 21 cm.  
 Contiene: *El potrillo roano*, págs. 64-72, con nota sobre Benito Lynch en pág. 64.
  
5. — *Spanish American Short Stories*. Graded for Elementary Students. Preface by Sherman H. Eoff and Paul C. King. New York, Washington University, St. Louis, The Macmillan Company, 1944, 204 págs., 20,5 cm.  
 Contiene: *La espina de junco*, págs. 18-26. Con vocabulario traducido al inglés y noticia del autor transcrita de *De los campos porteños*, Buenos Aires, Librería y editorial "La Facultad", 1940.
  
6. — *Cuentos de nuestra tierra*. Estudio preliminar, selección y notas de Antonio Pagés Larraya. Buenos Aires, Editorial Raigal, 1952.  
 Contiene: *El potrillo roano*, págs. 192-198. Se refiere a la obra de Benito Lynch en las págs. 10, 40 y 41 de su *Estudio preliminar*.
  
7. — Danero, E. M. S.: *Antología gaucha* (Cuentos). Santa Fe, República Argentina, Librería y Editorial Castelví, 1956, 236 páginas.  
 Contiene: *Travesiando*, págs. 152-154.

## VI. — BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA

1. AITA, ANTONIO. *Algunos aspectos de la literatura argentina*. Buenos Aires, Nosotros, 1930, págs. 12 y 40-42.
2. — — — *La literatura argentina contemporánea*. (1900-1930). Buenos Aires. Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso. 1931, págs. 48-50.
3. AMIGOS DE LA CALLE 7. *Benito Lynch*. La Plata, Edición Almafuerte, 1956, 23 de diciembre. (Edición homenaje de...), 8 páginas con dos fotografías y dos retratos de Benito Lynch y una fotografía de su casa.  
Contiene: Herrero, Antonio: *Palabras para Benito Lynch*; Sureda, Jaime: *Benito Lynch y el sentido de su novela*; Lynch, Benito: *La cola del zorro*; Trigo Viera, Manuel: *Benito Lynch, el hombre y el artista, un concepto sintético*; Kraiselburd, David: *La vieja casa de Benito Lynch*; y Oyhanarte, Rodolfo: *Benito Lynch* [poesía].
4. ANDERSON IMBERT, ENRIQUE. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954, págs. 276, 292 y 293-295.
5. — — — *La voz del nuevo gaucho. El novelista argentino Benito Lynch habla por el hombre de la pampa*. Américas, Washington, D. C. La Unión Panamericana. Estados Unidos de América, 1952, julio, págs. 9-11 y 31.
6. ANDREETO, MIGUEL ANGEL. *Una novela inédita de Benito Lynch*. [Carta dirigida al diario por...] *El Día*, La Plata, 1958, 1º de junio.

7. — — — *Reedición de obras de Benito Lynch*. [Carta dirigida al diario por...] *La Nación*, Buenos Aires, 1958, 22 de febrero.
  8. BALLESTEROS, MONTIEL. *Escritores de América. Benito Lynch, un clásico criollo*. *Revista Nacional*, Montevideo, 1949, abril, XLII, XII, 124, págs. 54-60.
  9. BARBAGELATA, HUGO D. *La novela y el cuento en Hispanoamérica*. Montevideo (R. O. del U.). Talleres Gráficos de Enrique Míguez y Cía., 1947, págs. 97-102.
  10. BARREDA, ERNESTO MARIO. *En un lejano día, con Benito Lynch. Recuerdos de mi vida literaria*. *El Hogar*, Buenos Aires, 1953, 27 de marzo, pág. 8.
  11. — — — *Benito Lynch el novelista de la pampa*. *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1925, 6 de junio, 1392.
  12. *Benito Lynch en el círculo amistoso*. Con caricatura del escritor por Redoano. *Casi 3/4 de siglo*. Reflejos vivos de la trayectoria de La Plata. Edición extraordinaria de Publicidad Atlántida, 1956, noviembre.
  13. *Benito Lynch. Anuario de La Razón*, Buenos Aires, año 1923, pág. 275. [A. A.]
  14. BESOUCHET, LIDIA. *La pampa y su mayor expresión literaria. Davar*. Buenos Aires, 1946, mayo-junio, 6, págs. 79-87.
- BONET, CARMELO M. *La estancia y sus novelistas*. *La Nación*, 1958, 20 de abril.
16. — — — *Gente de novela*. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura, Sección Crítica, 1939, II, 1, págs. 24-30.
  17. — — — *El gringo en la literatura rioplatense*. *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, 1948, octubre-diciembre, XVII, 66, págs. 637-638.
  18. — — — *La novela. Panorama nacional de la novela*. En Arrieta. Rafael Alberto. *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1959, IV, págs. 144-154.

19. — — — *La novela argentina en el siglo XX. Benito Lynch, novelista de la pampa. Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, 1952, 41, págs. 57-81.
20. — — — *Novelistas argentinos: Benito Lynch, "El inglés de los güesos", obra psicológica y pampeana. El Hogar*, Buenos Aires, 1950, 26 de mayo, 46, 2115, pág. 8.
21. BURGOS, FAUSTO. *Benito Lynch en la bibliografía. Biblioteca*, La Plata, 1951, 4, págs. 43-47.
22. CAILLET-BOIS, JULIO. *Temas y perspectivas en la novela rural de Benito Lynch. Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1958, abril-junio, Quinta época, III, 2, páginas 206-214.
23. CANTO, ESTELA. *Benito Lynch o la inocencia. Sur*, Buenos Aires, 1952, setiembre-octubre, 125-216, págs. 109-113.
24. CARILLA, EMILIO. *Literatura argentina. 1800-1950. (Esquema generacional)*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1951, págs. 55-56.
25. CASTELNUOVO, ELÍAS. *Los novelistas de la oligarquía criolla. La Prensa*, 1953, 28 de junio.
26. — — — *El sentido social en la novela del campo argentino. La tierra vista por los propietarios de la tierra. La Prensa*, Buenos Aires, 1953, 14 de junio.
27. CÓCARO, NICOLÁS. *Benito Lynch y algunos aspectos de su obra. La Nación*, Buenos Aires, 1951, 16 de diciembre.
28. — — — *Benito Lynch. Algunos aspectos de su obra. Bibliografía, Credo estético*, Buenos Aires, Ediciones Oeste, 1954.
29. DEFANT DURÁN, ALBA. *Los muchachos en la obra de Lynch. Revista Humanitas*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1959, VII, 11, págs. 167-172.
30. ESPÍNDOLA TRASANDE, ANÍBAL O. *Apuntes para un retrato de Benito Lynch. La Prensa*, Buenos Aires, 1955, 25 de setiembre.
31. ETCHEBARNE MIGUEL D. *Benito Lynch y la reiteración de un desencuentro. La Nación*, Buenos Aires, 1957, 1º de setiembre.

32. FERNÁNDEZ, BELISARIO. *Escritores de ayer. Benito Lynch* (1885-1951). *La Prensa*, Buenos Aires, 1956, 14 de octubre.
33. — — —; ÁLVAREZ, ANTONIO T. *Benito Lynch. 1885-1951. Nómina bibliográfica de sus obras. Boletín del Instituto Amigos del Libro Argentino*. Buenos Aires, 1955, setiembre-octubre, pág. 9. Incluyen *Los gauchitos*, cuento apócrifo al que se refiere la publicación de Lea Sis que figura en este mismo apartado.
34. FISHEROVA BECK, VERA. *Las heroínas en la novelística argentina. Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, 1944, julio-octubre, X, 3-4, págs. 238-239.
35. GARAT, MARÍA CONCEPCIÓN. *Una comedia y un drama de Benito Lynch. Revista de la Universidad*. La Plata, 1959, enero-abril, 7, págs. 118-120.
36. GARCÍA, GERMÁN. *Benito Lynch y su mundo campero. Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, 1954, setiembre, XLV, 266, páginas 170-192.
37. — — — *Benito Lynch y su mundo campero*. Bahía Blanca, Colegio Libre de Estudios Superiores, Filial Bahía Blanca, 1954, 23 págs.
38. — — — *La novela argentina. Un itinerario*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1952, págs. 144-152.
39. GHIANO, JUAN CARLOS. *El protagonista en la novela argentina. Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, 1954, setiembre, XLV, 266, pág. 63.
40. — — — *El testimonio en la novela argentina. Revista de Educación*, La Plata, 1956, enero, I, 1, pág. 131.
41. — — — *El testimonio en la novela argentina*. Buenos Aires, Ediciones Leviatán, 1956, págs. 2, 59 y 119-124.
42. GIROUD, AURELIO. *Benito Lynch. Armas y Letras*, Nueva León, Monterrey, 1953, julio, X, 7, págs. 3 y 8.
43. GIUSTI, ROBERTO. *Ampliación de la literatura argentina*. En: Prampolini, Santiago. *Historia universal de la literatura*, Buenos Aires, Uteha Argentina, 1941, XII (Literatura iberoamericana), págs. 545-546.

44. — — — *Benito Lynch. Nosotros*, Buenos Aires, 1924, setiembre, XVIII, 184, págs. 92-102.
45. — — — *Crítica y polémica*. 3ª serie, Buenos Aires, Cooperativa Editorial Limitada, 1927, págs. 24-40.
46. — — — *Literatura argentina*. En: Prampolini, Santiago. *Historia universal de la literatura*. Buenos Aires, Uteha Argentina, 1941, XII (Literatura iberoamericana), pág. 512.
47. — — — *La novela y el cuento argentinos. Nosotros*, Buenos Aires, número aniversario 1907-1927, agosto-setiembre, 219-220, págs. 92-93.
48. — — — *Nuestros novelistas. Anales del Instituto popular de conferencias*, 1926, XII, Buenos Aires, Vaccaro, 1927, pág. 104.
49. — — — *Panorama de la literatura contemporánea. Nosotros*, Buenos Aires, 1941, noviembre, VI, 68, pág. 136.
50. GLANZER, NATALIO. *A treinta años de la desaparición del autor de "Don Segundo Sombra"*. *El Día*, La Plata, 1957, 6 de octubre.
51. KENNETT LESLIE, JOHN. *Similes campestres en la obra de Benito Lynch*. *Revista Iberoamericana*, Iowa, E. U. A., State University of Iowa, Iowa City, agosto 1951 enero 1952, págs. 331-338.
52. LYNCH, MARTA F. DE. *Benito Lynch, historia y leyenda. Esto es*. Buenos Aires, 1956, 2 de febrero, págs. 30-31.
53. MACHLINE, ANA LUISA. *Benito Lynch. Lo gauchesco en "El inglés de los güesos"*. *Boletín del Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, 1939, julio 10, págs. 26-27 y 33-38.
54. MAGISTER PRUNUM. *Al azar de las lecturas*. [Comentarios sobre las obras de Benito Lynch.] *La Nación*, Buenos Aires, 1924, 26 de octubre.
55. MANDOLINI, HERNANI. *Plástica y psicología en la novela argentina. Nosotros*, Buenos Aires, 1934, febrero, XXVIII, 296-7, páginas 68-69.

56. NAYA DIMITRI, JAVIER. *Benito Lynch, el gran escritor que huía a la fama. Esto es*, Buenos Aires, 1954, 21 de diciembre, páginas 28-30.
57. NEYRA, JOAQUÍN. *Benito Lynch el gran novelista de la pampa. Vea y Lea*, Buenos Aires, 1955, 21 de julio, págs. 13-16.
58. ONETTI, CARLOS MARÍA. *De la novela gaucha. Benito Lynch. Valoraciones*, La Plata, 1926, noviembre, 11, IV, págs. 89-95.
59. OWRE, J. RIIS. *Los animales en las obras de Benito Lynch. Revista Iberoamericana*, Iowa, E. U. A., State University of Iowa, Iowa City, 1941, mayo, 3, 6, págs. 357-369.
60. PEDRO, VALENTÍN DE. *Benito Lynch, lejos del mundanal ruido. Aquí Está*, Buenos Aires, 1948, 5 de setiembre, págs. 30-31.
61. PORCIO, CÉSAR. *Benito Lynch, hombre hurraño y cordial. La Nación*, Buenos Aires, 1929, 15 de setiembre, Magazine, año 1, 11.
62. QUIROGA, HORACIO. *Carta abierta al señor Benito Lynch. Nosotros*, Buenos Aires, 1916, setiembre, X, 89, págs. 316-318.
63. QUIROGA, ROBERTO OSCAR. *El "difícil" Benito Lynch. El Mundo*, Buenos Aires, 1958, 16 de noviembre.
64. RAY, GORDON B. *The artistic novel and Benito Lynch. Papers of the Michigan Academy of Science, Arts and Letters*, Michigan, 1951, 37, págs. 165-469.
65. RÉBORA, JUAN CARLOS. *Benito Lynch y sus amigos íntimos. El Día*, La Plata, 1958, 2 de marzo.
66. REGA MOLINA, HORACIO. *Sobre Benito Lynch. El Mundo*, Buenos Aires, 1955, 14 de agosto.
67. RIVERA, HÉCTOR M. *La Plata, sus poetas y sus escritores. El Día*, La Plata, 1957, 19 de noviembre, pág. 12.
68. SALAMA, ROBERTO. *Benito Lynch*. Buenos Aires, Editorial La Mandrágora, 1959, 318 págs. (Clásicos argentinos del siglo XX.) Contiene un índice de las obras de Benito Lynch en págs. 307-314 y una bibliografía sobre el autor en págs. 315-318.

69. SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO. *Nueva Historia de la Literatura Americana*. Buenos Aires, Editorial Guaranía, Asunción del Paraguay, impresa en Buenos Aires, 1950, pág. 529.
70. — — — *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*. Madrid. Editorial Gredos, 1953, págs. 458-459 (Biblioteca Románica Hispánica).
71. SBARRA, NOÉL H. *Carta al Director. Boletín del Instituto Amigos del Libro Argentino*, Buenos Aires, 1955, noviembre-diciembre, pág. 36.
72. SIS, LEA. *El rey de papel. Vida y obra de Alejandro Magrassi*. Buenos Aires, Editorial Patricios, 1953, cap. III, *Mutismo inteligente, un duelo con Benito Lynch*, págs. 15-18.
73. SOTO, LUIS EMILIO. *El cuento*. En: Arrieta, Rafael Alberto. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1959, IV, págs. 349-355.
74. SUÁREZ CALIMANO, E. *Directrices de la novela y el cuento argentinos. Nosotros*, Buenos Aires, 1933, diciembre, XXVII, páginas 358-359 y 365.
75. SUREDA, JAIME. *Benito Lynch y el sentido de su novela. La Prensa*, Buenos Aires, 1953, 1º de febrero.
76. — — — *Leyenda y verdad sobre Benito Lynch. La Prensa*, Buenos Aires, 1952, 2 de noviembre.
77. TORRENDELL, JUAN. *Año literario 1918*. Buenos Aires, Editorial Tor, [s. a.], págs. 132-135.
78. — — — *Crítica menor*. Buenos Aires, Editorial Tor, 1933, cap. XXVI, págs. 162-166.
79. TORRES RÍOSECO, ARTURO. *Benito Lynch, Atenea*. Santiago de Chile, Universidad de Concepción, 1939, diciembre, 58, 174, págs. 306-365.
80. — — — *Benito Lynch*. En su: *Novelistas contemporáneos de América*. Santiago de Chile, Editorial Nacimiento, 1939, páginas 151-209.
81. — — — *Grandes novelistas de América hispana*. Berkeley, California, University of California Press, 1941, págs. 111-174.

82. — — — *La gran literatura iberoamericana*. Buenos Aires, Emecé, 1951, págs. 187, 195-198.
83. TRIGO VIERA, MANUEL. *Benito Lynch en la cuna de nuestras letras*. (Fragmento de un capítulo biográfico.) *El Día*, La Plata, 1959, 2 de marzo.
84. — — — *Benito Lynch. Hombre sedentario y escritor silencioso*. (Fragmento de una biografía del gran novelista de la pampa porteña). *El Día*, La Plata, 1957, 2 de marzo.
85. — — — “*El potrillo ruano*”, de cómo el autor Benito Lynch leyó este cuento a su bautista literario. *La Nación*, Buenos Aires, 1955, 11 de agosto.
86. — — — *Un rasgo de carácter de Benito Lynch en su mocedad*. *El Día*, La Plata, 1957, 22 de diciembre.
87. VARELA, HORACIO. *Benito Lynch y sus novelas*. *El Hogar*, Buenos Aires, 1955, 25 de marzo, Suplemento literario, 25.
88. VARGAS MOLTENI, OSVALDO. *Benito Lynch y la novela del campo*. *Mundo Argentino*, Buenos Aires, 1952, 16 de enero, pág. 20.
89. VATTEONE, AUGUSTO CÉSAR. *Reencuentro sentimental con Benito Lynch a 28 años de un reportaje*. *La Nación*, Buenos Aires, 1958, 4 de mayo.
90. VIÑAS, DAVID. *Benito Lynch y la pampa cercada*. *Cultura Universitaria*, Caracas, 1954, noviembre-diciembre, 46, págs. 40-53.
91. — — — *Benito Lynch: la realización del “Facundo”*. *Contorno*, Buenos Aires, 1955, setiembre, págs. 16-21.
92. WAPNIR, SALOMÓN. *Benito Lynch*. En su: *Imágenes y Letras*. Buenos Aires, Editorial Instituto Amigos del Libro Argentino, 1955, págs. 33-61.
93. WILLIAMS ALZAGA, ENRIQUE. *La Pampa en la novela argentina*. Buenos Aires, Editorial Estrada, 1955, págs. 216-234.

## VII. — CRÓNICAS PERIODÍSTICAS

### EL ARGENTINO.

1. — Se rendirá un emotivo homenaje a Benito Lynch en la Plazoleta que lleva el nombre de aquél. La Plata, 1952, 29 de diciembre.
2. — En homenaje a Benito Lynch se inaugura el “Rincón del Novelista”. La Plata, 1958, 25 de abril.
3. — En una emotiva ceremonia declaróse inaugurado el “Rincón del Novelista”. La Plata, 1958, 26 de abril.

### EL DÍA.

4. — Benito Lynch: un valor auténtico de la literatura nacional. La Plata, 1932, 19 de noviembre.
5. — Benito Lynch ha escrito para *El Día* una novela corta de ambiente local, [El paquetito]. La Plata, 1933, 25 de mayo.
6. — Mañana comenzaremos a publicar la novela corta de Benito Lynch. La Plata, 1933, 10 de junio.
7. — *Crudelitas*, de Benito Lynch, se empezará a publicar en *El Día*. La Plata, 1934, 4 de agosto.
8. — La teatralización de “El romance de un gaucho” es auspiciada por Benito Lynch con viva simpatía. La Plata, 1938, 12 de marzo.
9. — Benito Lynch en la Universidad. [Se le otorga el título de doctor honoris causa.] La Plata, 1938, 12 de agosto.
10. — Murió Benito Lynch, el insigne novelista del campo bonaerense. La Plata, 1951, 24 de diciembre.

11. — Un emotivo homenaje se tributará hoy a la memoria de Benito Lynch. [Organizado por la Asociación Amigos de la calle 7.] La Plata, 1952, 29 de diciembre.
12. — Se tributó ayer un homenaje a la memoria del escritor Benito Lynch. La Plata, 1952, 30 de diciembre.
13. — El tercer aniversario de la muerte de Benito Lynch cúmplese hoy. La Plata, 1954, 23 de diciembre.
14. — Hace 50 años. Gran incendio. La Plata, 1955, 10 de mayo.
15. — Serán evocadas hoy sus figuras. [Dardo Rocha, F. Ameghino, J. Vucetich, Almafuerte, Benito Lynch y José Podestá.] [Celebración del aniversario de la fundación de La Plata.] La Plata, 1958, 19 de noviembre.

#### EL DIARIO.

16. — Gran autor criollo. Antología escolar de Benito Lynch. (Renata Donghi de Halperín.) Buenos Aires, 1936, 22 de noviembre.

#### LA NACIÓN.

17. — Academia Argentina de Letras. Presentó su renuncia otro miembro. [Benito Lynch.] Buenos Aires, 1931, 3 de setiembre.
18. — Antología escolar por Benito Lynch. Buenos Aires, 1936, 27 de setiembre.
19. — Sufrió un percance el escritor Benito Lynch. Buenos Aires, 1948, 9 de noviembre.
20. — Benito Lynch. Falleció ayer en La Plata. Buenos Aires, 1951, 24 de diciembre.
21. — Benito Lynch. Inhumación de sus restos. Adhesión del Ministerio de Educación. Buenos Aires, 1951, 25 de diciembre.
22. — Rindió homenaje la SADE a Benito Lynch. Buenos Aires, 1951, 29 de diciembre.
23. — En una asamblea recordóse al escritor Benito Lynch. [Sociedad de Escritores de la Provincia.] Buenos Aires, 1952, 4 de enero.

24. — Rendirá homenaje la SADE a Benito Lynch. Buenos Aires, 1952, 9 de mayo.
25. — Tributo homenaje la SADE a Benito Lynch. Buenos Aires, 1952, 10 de mayo.
26. — Una plazoleta llevará el nombre de Benito Lynch. Buenos Aires, 1952, 17 de diciembre.
27. — Tributo homenaje a la memoria de Benito Lynch. [Asociación Amigos de la calle 7.] Buenos Aires, 1952, 30 de diciembre.
28. — Propiciarase la erección de un monumento a Benito Lynch. La Plata. [Sociedad de Escritores de la Provincia.] Buenos Aires, 1953, 12 de enero.
29. — Se rindió homenaje a la memoria de Benito Lynch. [Asociación Alborada y Biblioteca Florentino Ameghino.] Buenos Aires, 1953, 15 de marzo.
30. — Una entidad rindió homenaje a la memoria de Benito Lynch. [La Sociedad de Escritores de la Provincia.] Buenos Aires, 1953, 31 de diciembre.
31. — A Benito Lynch se le rindió homenaje. [Sociedad de Escritores de la Provincia, Agrupación Teatral, Asociación Amigos de la calle 7 y Sindicato de Escritores.] Buenos Aires, 1955, 30 de mayo.
32. — Hace 75 años nació Benito Lynch. Buenos Aires, 1955, 21 de julio.
33. — Concurso sobre la obra y la vida de Benito Lynch. [Asociación Amigos de la calle 7.] Buenos Aires, 1955, 19 de setiembre.
34. — Acto en memoria de Benito Lynch. Buenos Aires, 1956, 26 de diciembre.
35. — Reaparecen los libros de Benito Lynch. Buenos Aires, 1958, 16 de febrero.

#### NOTICIAS GRÁFICAS.

36. — Sufrió un accidente el escritor Benito Lynch. Buenos Aires, 1948, 8 de noviembre.

#### LA PRENSA.

37. — Falleció ayer Benito Lynch. Buenos Aires, 1951, 24 de diciembre.

38. — Hoy se inaugurará *El Rincón del Novelista* en la Ciudad Capital. Buenos Aires, 1958, 25 de abril.

#### LA RAZÓN.

39. — Horacio Quiroga nos habla hoy acerca del actual movimiento literario y de nuestra producción bibliográfica. Buenos Aires, 1929, 21 de setiembre. [Encuesta.]

40. — El escritor Benito Lynch ha sufrido un grave accidente. Buenos Aires, 1948, 8 de noviembre.

41. — Hace 75 años nació el autor de "El inglés de los güesos" que se disfrazaba de valet de Benito Lynch para despistar visitantes. Buenos Aires, 1955, 26 de julio.

## VIII. — ÍNDICE DE TÍTULOS DEL AUTOR

1. — Agachadas. III, 30.
2. — Agregado, E. III, 41.
3. — A la fuerza. I, 12, a y b.
4. — Al lado de un árbol. III, 42.
5. — Angelito gaucho, Un. I, 12, a y b.
6. — Antojo de la patrona, El. I, 10.
7. — Aquel hijo. III, 44.
8. — Bagual, E. III, 11.
9. — Blasfemia, III, 4.
10. — Cabeza de Eulogio, La. III, 29.
11. — Canchador de víboras, E. III, 34.
12. — Caranchos de "La Florida", Los. I, 2.
13. — Caritas. I, 12, a y b.
14. — Cartas y cartas. I, 16.
15. — Casao su casa quiere, El. I, 11, a y b.
16. — Cave ne cadas. III, 2.
17. — Clematis Hilarii. III, 63.
18. — Cola del zorro, La. I, 4, a y b.
19. — Como a chinos. III, 54.
20. — Como escuerzo entre majada. III, 68.
21. — Como los hombres. III, 12.
22. — Con mujer y cinco criaturas. III, 67.
23. — Contrastes. III, 55.
24. — Con ventaja. III, 16.
25. — ¡Corajudo, el altérez!... III, 65.
26. — Corderos de "La Fanita", Los. III, 15.
27. — Cosas trucas, Las. III, 7.
28. — Cronista social, El. IV, 75.
29. — Crudelitas. III, 43.
30. — Cuatrerita, La. III, 47.
31. — Chimanguiatos, Los. III, 27.

32. — Chuña, La. I, 9, a y I, 12, a y b.
33. — Chupe canejo. III, 25.
34. — Debilitas. III, 48.
35. — De caballo. III, 61.
36. — Del cardal. III, 72.
37. — De los campos porteños. I, 12.
38. — Desorientadas, Las. III, 10.
39. — Desquite del Oeste, El. III, 19.
40. — Diplomacia de la patrona, La. III, 39.
41. — Dientes de la vaca, Los. III, 26.
42. — Discrepancias. III, 59.
43. — Disfrazado de mono. III, 49.
44. — Don Fabián. III, 5.
45. — Don Pajarito. III, 31.
46. — Don Simón, III, 3.
47. — Dura Lex, III, 6.
48. — El que le gustaba a la señorita. III, 73.
49. — En el circo. III, 18.
50. — ¡En la noche...! III, 40.
51. — Espina de junco, La. I, 12, a, b y c.
52. — Eso es "triato". III, 38.
53. — Esquiladora, La. I, 12, a y b.
54. — Estanciero, El. I, 13.
55. — ¡Estas mujeres, Señor!... III, 56.
56. — Evasión, La. I, 4.
57. — Ex lungue leonem. IV, 76.
58. — Favor de amigo. I, 15, a y b.
59. — Gallo que volvió de las trincheras, El. I, 4, a y b.
60. — Gente mala. III, 33.
61. — Gloria del malacara, La. III, 53.
62. — Hasta ayer a lo menos... III, 66.
63. — Hombre buey, El. III, 14.
64. — Hombrecito, El. III, 50.
65. — Hombres y teros. I, 12, a y b.
66. — Hospitalitas. III, 37.
67. — Inglés de los güesos, El. I, 8.
68. — ¡Justamente! III, 35.
69. — Lance de Renato Lory, El. III, 62.
70. — Libreta de Anselmo, La. I, 15, a y b.
71. — Limay. I, 12, a, b y c.
72. — Locura de honor. I, 6 y I, 11, a.
73. — Loquita, La. III, 8.
74. — Llaves, Las. III, 70.
75. — Mal calladas, Las. I, 7.

76. — Medallas de oro. III, 74.
77. — Mi perro. III, 58.
78. — Mosca verde, La. III, 17.
79. — Negocio en pieles, Un. I, 12, a, b y c.
80. — Nene, El. I, 10, a y b.
81. — Niño y la alubia, El. III, 46.
82. — No hay camas. III, 64.
83. — No es lo mismo. III, 51.
84. — Palo verde. I, 11, a y b.
85. — Paquetito, El. I, 11, a y b.
86. — Patricia. II, 1.
87. — Patrón endeveras, Un. III, 24.
88. — Pedro Amoy y su perro. I, 15, a y b.
89. — Plata dorada. I, 1.
90. — Pollos y mirasoles. III, 60.
91. — Por su madre. I, 4, a.
92. — Post tenebras. III, 23.
93. — Potrillo roano, El. I, 9 y I, 12, a.
94. — Pozo, El. I, 5.
95. — ¿Procedimientos? III, 57.
96. — Raquela. I, 3.
97. — Redomón, El. I, 15, a y b.
98. — Romance de un gaucho, El. I, 14.
99. — Ruiseñor, El. III, 52.
100. — Sacrificio de Blas, El. I, 12, a y b.
101. — Serrucho. III, 1.
102. — Sobrino del patrón, El. III, 69.
103. — Sortija, La. III, 32.
104. — Talerazo, El. III, 71.
105. — Tengo mi moro. III, 22.
106. — Toledana. III, 13.
107. — Tormentas. I, 12, a, y nota a Contrastes en III, 55.
108. — Torta, La. III, 28.
109. — Travesiando. I, 9, b. y I, 12, a, b y c.
110. — Vaca empantanada, La. I, 4, a.
111. — Víctima, La. III, 9.
112. — Viejos toros. III, 45.
113. — Virgen del Carmen, La. III, 20.
114. — Yo una vez señora. III, 21.
115. — Zaino del vigilante, El. III, 36.



## Í N D I C E

<i>La novela de Benito Lynch</i>	9
I. — <i>El campo actual, limitado y adverso</i>	11
1. El campo. — La población. — 3. El paisaje.	
Notas	16
II. — <i>Dramatis personae</i>	25
1. La jerarquía necesaria. — El campo, juzgado por la ciudad: la clave de <i>Raquela</i> . — 3. La ciudad, juzgada por el campo. — 4. El mundo rural desde dentro y desde afuera.	
Notas	33
III. — <i>La imagen sentimental del mundo</i>	37
1. La novela de los impulsos. — 2. El instinto, “padre y defensor de la vida”. — 3. Los afectos no condicionados: el cariño maternal, el amor de la esposa, la niñez ingenua y pura. — 4. Los animales, como los hombres...	
Notas	55
IV. — <i>Las raíces del pesimismo</i> .....	63
1. “Existir es padecer, sobrevivir es acostumbrarse. — 2. “El escepticismo teórico que se adquiere en los libros. — 3. El orden moral entrevisto.	
Notas	73
V. — <i>La expresión literaria</i> ..... ..	77
1. La corteza exterior: entre modernista y realista. — 2. Los recursos de la objetividad.	
Notas	88
	139

<i>Bibliografía de Benito Lynch</i>	93
I. — <i>Novelas y cuentos publicados en libros y folletos</i>	95
II. — <i>Novelas inéditas</i>	111
III. — <i>Cuentos y narraciones publicados exclusivamente en revistas y periódicos</i>	121
IV. — <i>Teatro</i>	121
V. — <i>Antologías</i>	121
VI. — <i>Bibliografía sobre el autor y su obra</i>	123
VII. — <i>Crónicas periodísticas</i>	131
VIII. — <i>Índice de títulos del autor</i>	135

DEPARTAMENTO DE LETRAS

*Jefe*

Profesor JULIO CAILLET-BOIS

*Secretaria Técnica*

Profesora AMELIA SÁNCHEZ GARRIDO

*Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana:* Director, Profesor JUAN CARLOS GHIANO.

*Instituto de Literaturas Modernas:* Director, Profesor BRUNO L. B. CARPINETTI.

PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO

*Boletín de Investigaciones Literarias*

Nº 1 a 7.

*Monografías y Tesis*

Tomo I: ALMA NOVELLA MARANI, *La poesía de Giovanni Pascoli*.

Tomo II: LIDIA N. G. DE AMARILLA, *El ensayo literario contemporáneo*.

Tomo III: JULIO CAILLET-BOIS, *La novela rural de Benito Lynch*; ALBERTINA SONOL, *Bibliografía de Benito Lynch*.

*En prensa*

*Monografías y Tesis, IV:* ÁNGEL HÉCTOR AZEVES, *La elaboración literaria del "Martín Fierro"*.

*Textos bilingües, I:* FRANZ GRILLPARZER, *Medea*. (Versión española, prólogo y notas de Ilse T. M. de Brugger.)

ESTE LIBRO  
*se terminó de imprimir*  
*el 24 de Mayo de 1960*  
*en los Establecimientos Gráficos*  
*E. G. L. H.*  
*calle Cangallo 2585,*



